DOS NARRACIONES EDIFICANTES

BAJO EL IMPERIO DEL KATIPUNAN

DESDE EL

11 DE AGOSTO DE 1898

HASTA EL

29 DE NOVIEMBRE DE 1899

Tiene indice en la

pag. 157

Nota

La Corporacion Dominicana por

prudencia no quiere se divulgue

este libro en Filipinas

Fr. J. [illegible]

RELACIÓN

DE TODO LO OCURRIDO DESDE QUE SALIMOS DE NUESTROS COLEGIOS DE VIGAN Y TUGUEGARAO HASTA NUESTRA VUELTA Á MANILA

POR LAS MM.

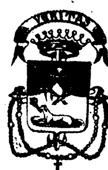
Sor Mercedes de la Ascensión

Y

Sor María de la Coronación de Espinas,

Religiosas Dominicas

To Hon. Worcester
from Fr. J. Malumbres



CON LAS LICENCIAS NECESARIAS.

MANILA

IMPRENTA DEL COLEGIO DE SANTO TOMAS

1900

Mercedes de la ascensión, sor.

DOS PALABRAS AL LECTOR

A ruego de varias personas piadosas y amigas, y sobre todo de mis queridas Hermanas, que con impaciente deseo anhelaban les diésemos una sucinta noticia de todo lo acaecido á las Religiosas de Tuguegarao en nuestro cautiverio, prisión ó aislamiento, como se quiera llamar, pues de todo hubo, me vi precisada hace seis meses á trazar unos cuantos renglones, en los cuales no procuré otra cosa que decir la pura y sencilla verdad, tal y como sucedieron las cosas, escribiendo familiarmente y sin ningún aliño de palabras.

Por igual motivo, la M. Sor Mercedes escribió también en Diciembre de 1898 otra relacioncita de lo que á ella y demás hermanas de la Escuela Normal de Vigan sucedió, desde que tuvieron que abandonar esa ciudad hasta su ansiada venida á Manila.

Pues bien; únicamente también por complacer á esas personas que lloraban nuestra suerte creyéndonos infelices y casi sin esperanzas de volver-

nos á ver, es por lo que ahora salen á luz estas relaciones, cosa que tanto á la M. Mercedes como á mí, nos repugna y ruboriza, por creerlas llenas de pequeñeces y boberías que no merecen el honor de publicarse. Pero esas personas muestran gran empeño en que se editen, para así poderlas conservar más fácilmente y para que puedan leerlas muchas otras personas que lo desean, pues hasta de España y de China nos lo han suplicado varias Hermanas; y ya nos ha parecido que sería soberbia y poca amabilidad no acceder á tantas instancias, por lo cual nos decidimos á dejar que se dén como están á la imprenta, confiando en Dios nuestro Señor que ningún daño podrán causar y acaso produzcan algún bien.

Siguiendo el orden cronológico, irá primero la Relación de la M. Mercedes, y después la mía; y ella y yo rogamos humildemente á cuantos estén, ó se crean aludidos, en estas páginas, no lo tomen á mal, pues no es nuestro ánimo, ni el de nuestras compañeras de fatigas, ofender ni remotamente á nadie, sino referir lisa y llanamente los hechos tal y como acaecieron, y nosotras los presenciamos.

Nuestro dulcisímo Jesús conceda á todos su santo amor, y no permita que este nuestro país se haga indigno de sus bondades, apartándose de las enseñanzas y preceptos de la Santa Madre Iglesia, por seguir (cual por desgracia, y lo digo con lágrimas, lo hacen algunos desdichados

filipinos) las malditas lecciones de la masonería y otras sectas, antes desconocidas en el archipiélago.

Antes de dejar la pluma, un favor he de pedir con el mayor encarecimiento á cuantos lean este librito, y principalmente á las personas á cuyas instancias se publica, y es que nos encomienden al Señor, y en sus oraciones rueguen mucho por la prosperidad de los Religiosos y Religiosas de Filipinas; y en particular por nuestras celosas Hermanas que en China se dedican á salvar de las garras del demonio á infinidad de criaturitas abandonadas por sus padres, y que si sus posibles se lo permiten, se acuerden también de mandarles una limosnita en beneficio de la gran obra de la Santa Infancia.

Manila, Beaterio-Colegio de Santa Catalina, 30 de Abril de 1900.

Su servidora en Jesucristo,
Sor María de la Coronación de Espinas.



RELACIÓN PRIMERA

ó de lo que han pasado las Religiosas de la Normal de Maestras del Santísimo Rosario de Vigan, en los meses que han estado cautivas bajo el gobierno revolucionario de los *katipunan*.

I.

Cuando más entusiasmado estaba Vigan, el Sr. Obispo, las alumnas que teníamos y también nosotras, al ver casi terminada la magnífica obra del Colegio, abierta la Normal de Maestras, sueño dorado del Sr. Hevia, que tantos afanes y disgustos le costara en seis años de perseverante trabajo, siendo el único colegio en todo Luzón que durante la guerra, en lugar de disminuir las colegialas, como sucedió en todos, aumentó el número de ellas, á pesar de las circunstancias que atravesábamos; cuando contra todos los contratiempos iba viento en popa; cuando el Sr. Hevia tocaba con los manos algunos frutos de su celo por las almas, se deshizo en cuatro horas su fundación, en donde invirtió todos sus ahorros y sus desvelos. Yo que lo presencié, aún me parece que fué por modo de encanto, en tres ó cuatro horas quedarse aquel castillo (que por la

solidez de la construcción eso parecía) bullicioso y alegre con la encantadora alegría de la infancia y juventud que en él se cobijaban, desierto, silencioso y triste; sólo quedaban en él el Santísimo Sacramento y nosotras, esperando los quiles para marcharnos también dejando sólo al Señor Sacramentado.

Esto sucedió en la octava de la fiesta de N. P. Sto. Domingo. A las siete de la mañana fué al Colegio el secretario del Sr. Obispo con orden de éste para despachar á todas las niñas (cerca de 60 internas) á casa de sus padres, y á las que no los tuvieran en Vigan, á la de sus encargados ó amigas, y nosotras hacer un atadito con una muda para salir á la mayor brevedad para Ilocos Norte, y en Laoag embarcarnos en un pontín que nos condujera á Cagayan y desde Aparri esperar un vapor para ir á Hong-kong, porque ya no había esperanza de poder resistir á los insurrectos que se habían apoderado ya del primer pueblo de Ilocos Sur y entrarían en Vigan dentro de pocos días. El día anterior se habían marchado todos los españoles peninsulares de Vigan; nosotras fuimos las últimas que salimos el memorable día 11 de Agosto, á la una y media del día. Aquello fué sufrir y ver sufrir; las niñas lloraban sin consuelo al separarse de nosotras, y nosotras, también llorando algunas, y todas sin saber lo que nos pasaba, pálidas y desencajadas, preparando nuestra ropa en un tampipi (especie de maleta de viaje de caña) y atendiendo á tantas despedidas de niñas, y encargando nos guardasen las cosas que dejábamos, que fué todo, excepto el tampipi de ropa que llevábamos para el viaje; pero todo esto maquinalmente, por estar atontadas: fortuna que fué breve el tiempo. A las doce del dia ya no quedaba ninguna niña en

el colegio: nosotras salimos á la una y media, despidiéndonos antes del Santísimo Sacramento, que lo dejábamos para sumirlo el Cura de la Catedral al día siguiente. No puedo expresar la dolorosa despedida que hicimos al Señor; sentir, sí, porque lo pasé. Solas ante la presencia de Dios y á los pies de la imágen de la Sma. Virgen del Rosario y en circunstancias de tener que salir huyendo de nuestra casa, dejando tantos intereses, y sobre todo, dejando tantas almas inocentes abandonadas en poder de lobos... la imaginación, sin vislumbrar la suerte que la Providencia nos deparaba, sólo pintaba en aquellos momentos, trabajos, infortunios y peligros; y las que aun no habían llorado no pudieron contener sus lágrimas, saliendo todas de la presencia de Jesús Sacramentado mudas, silenciosas y llorando, pero consoladas y resignadas á sufrir mucho y á pasar por todo, antes que ofender al Señor.

El Sr. Obispo, los PP. Casimiro é Hilario salieron mucho antes que nosotras de Vigan, y en Sto. Domingo, primer pueblo donde paramos, nos reunimos, habiendo confirmado allí el Sr. Obispo, por última vez quizás en su diócesis. Así continuamos el viaje por tierra hasta Laoag, pasando por los conventos para descansar y comer, y que los caballos hiciesen lo mismo, (pues con la prisa que se les daba se negaban, á veces, á continuar tirando de los quiles) teniendo que pasar por ríos y torrentes, ya en los mismos vehículos que se hundían hasta la caja en el agua, ya en balsas de caña, ya también llevadas por hombres en sillas, incluso el Sr. Obispo y los Padres. ¡Qué dolor ver á un príncipe de la Iglesia de Dios huyendo con sus pajes, en un coche tirado por dos parejas de caballos, con acompañamiento de varios ministros del Señor, ocho monjas y cuatro seglares, llevándonos casi

siempre por delante, y él detrás, por si nos pasaba algo! Y ¡qué dolor ver en las iglesias quitar el Santísimo, en muchas sin él ya y sin Cura, sólo quedaba el Coadjutor; y en otros pueblos ver amontonados en el convento hombres y mujeres llorando y suplicando, á fin de que no los dejara huérfanos el Padre!

En la noche del día 12 nos reunimos en el convento de Laoag unos sesenta PP. Agustinos, que era para alabar á Dios, verlos, no sólo resignados, sino alegres y con humor para reir y hacer reir, reinando entre todos la mayor fraternidad y unión, como si todos fueramos de una misma Orden, lo cual nos animaba y consolaba, edificándonos mucho las virtudes que les veíamos practicar. Después de la cena, que presidió el Sr. Obispo, cual venerable padre rodeado de sus amantes hijos, nos retiramos á descansar. Pero ¡qué! no habría pasado una hora, cuando oímos á los Padres, que subían y bajaban las escaleras; mas nosotras no nos atrevíamos á salir del cuarto y preguntar lo que ocurría, ni á comunicarnos nuestros temores por no aumentárnoslos mútuamente, y estuvimos muy quietas reprimiendo los latidos del corazón. No fué pequeño el susto que nos llevamos, pues creimos serían los insurrectos que entraban en el pueblo; hasta el dia siguiente que nos enteraron de que éramos mucha gente para sólo dos pontines de que se podía disponer, y que por ese motivo los Superiores habían acordado que fueran por tierra hasta Bangui los Padres jóvenes, los cuales teniendo que ir á caballo y pasar por muchos parajes difíciles, sin pérdida de tiempo se marcharon del convento de Laoag hácia las once de la noche.

En este convento rezamos, por última vez hasta volver á Manila, los Maitines en la iglesia haciendo las inclina-

ciones, y tuvimos la oración mental ante el Santísimo Sacramento.

Ya he dicho que eramos ocho religiosas, á saber, Sor María de la Purificación, Directora, Sor Magdalena de la Encarnación, Sor Mercedes de la Ascensión, Sor Concepción de Jesús, Sor María de la Encarnación, Sor María Socorro de los Mártires, Sor Josefa de Jesús y María, y Sor Tomasa del Corazón de María.

II.

Del 13 al 14 lo pasamos en la playa, en la casucha del cabo de mar. Muy de mañana nos pusimos en camino: fuimos las primeras que llegamos á aquella memorable playa, pasando tantos sustos como horas estuvimos allí detenidas. Nos encontramos con un pontín viejo sin timón y sin arraez, y una barra que parecía bramaba de ira, que de sólo pensar teníamos que atravesarla embarcadas en el pontín de tan feo aspecto, se erizaban los cabellos. Así que llegó el arraez, todo era poner dificultades para hacerse á la vela, hasta que se le ofrecieron quinientos pesos por el flete del barco, y más doscientos de gratificación al dueño. Mas ¿sólo fué esto? nó, que también por parte del Capitán del puerto, del Gobernador de ambos Ilocos y de la colonia peninsular, hubo entre ellos sus dimes y diretes, y lo pagamos los Padres y nosotras, recibiendo sucesivamente oficios, ya de embarque, ya de oposición á salir del puerto.

Lo que más nos hizo sufrir en aquella playa fué la orden

de no embarcarnos porque no era puerto oficial; lo cual se arregló por fin, comisionando el Sr. Obispo á dos Padres para que se levantara esa prohibición. Pero en la tarde de ese mismo día se recibe nueva orden en la cual se prohibía el embarque de los Padres, permitiendo sólo marchar al Sr. Obispo y á las Religiosas. El Sr. Hévia resueltamente contestó: «si no vienen conmigo los Padres, yo no me embarco; que se marchen solas las hermanas.» Al oir esto nosotras, todas á una contestamos lo mismo, resueltas á caer en manos de los insurrectos y sufrir la suerte de los Padres. ¡Qué angustia oirlos exclamar: «porque somos frailes, por eso nos tratan de esta manera!» Muchos de los Padres se volvieron á Laoag; y como el cura del citado pueblo trajo los platos y cubiertos y al cocinero para todos los que estábamos en la playa, el muchacho al volverse su amo al convento, no sólo se contentó con llevarse la vajilla y los cubiertos, sino que se llevó las gallinas y carne cruda dejándonos sin cenar. Probamos bocado, gracias á algunas latas de comestibles que otros Padres llevaban.

A media noche llegaron los carretones con el equipaje del Sr. Obispo y nuestros tampipis, lo cual nos alarmó por el ladrar de los perros y las voces de los carretoneros, en la soledad de aquellas playas, creyendo ser los insurrectos, que se echaban encima para asesinar á los Padres y á nosotras. Luego que nos tranquilizamos un poco, si posible era tener tranquilidad en aquellas circunstancias, llega otro hombre buscando al Sr. Obispo y á los Padres con un oficio. Estos se alarmaron, teniendo que contestar inmediatamente: gracias que era contra-orden al de la tarde, permitiendo se embarcaran los Padres. Casi ninguna dormimos una hora seguida: el más ligero ruido nos atemorizaba: el silencio de la noche y de aquella desierta playa, junto con

el chocar de las olas en la extensa barra, se prestaba á mi fantásticas ilusiones, y por lo que hace á mí, no podía figurarme otros cuadros que de sangre, de gritos desesperantes y de terror. Pasamos la noche en una habitación inmediata á donde estaban los Padres, tan reducida, que parecíamos sardinas en lata, y gracias que no la tuvimos que pasar al aire libre. No estaban mejor acomodados el Sr. Obispo y los pobrecitos Padres. Amaneció, y nos levantamos con la aurora: como se pudo, se hizo café y chocolate; y lo tomamos dos y cuatro en un plato. En la comida pasó otro tanto: por cuchara y tenedor teníamos los dedos y por cuchillo los dientes, comiendo dos y tres en un plato. En aquella casita celebró Misa el Sr. Obispo el domingo 14, para que todos cumpliéramos el precepto de la Iglesia

El P. Hilario y algunos PP. Agustinos fueron los primeros que se unieron á nosotros en la playa; y para guarecernos de un chaparron, nos metimos bajo un techo donde había algunos trozos de madera y un pequeño rebaño de cabras. Allí quiso el P. Hilario confesarnos, porque hacía más de una semana que no habíamos recibido este sacramento; mas fué tal nuestra vergüenza y risa, que fueron inútiles todas sus amonestaciones, no logrando convencer ni siquiera á una. Pero antes de embarcarnos en el pontín, nos confesamos en la casita del cabo de mar, como los hombres por supuesto, á cara descubierta y á vista de todos, en medio de la habitación donde pasamos la noche.

Por fin el 14 por la tarde nos embarcamos en el pontin la «Purísima Concepción,» metiéndonos por único camarote, bajo una tolda de nipa que aquel tenía, sin poder estar de pié por lo bajo, ni completamente tendidas por el número de personas; y en postura tan incó

moda pasamos cinco días, saliendo del pontín casi baldadas. Salimos de las playas de Laoag el 15 por la mañana, pasando la barra con mucho peligro; y por la tarde fondeamos en el puerto de Nagabuñgan, donde encontramos el pailebot «Rosario» con todos los peninsulares de ambos Ilocos y bastantes religiosos Agustinos. En nuestro pontín venían unos veintiséis, el Sr. Obispo, el P. Provisor, el P. Hilario, los pajes del Sr. Obispo y un médico con su esposa y tres hijos. No sin especial providencia, y sin que ninguno dijera nada al arraez, este dirigió el pontín al puerto, con intención de pasar allí la noche cómodamente y hacerse á la vela al amanecer; pero á media noche se declaró un báguio, por lo cual tuvimos que estar dos días en Nagabuñgan.

Así que se serenó el tiempo, al arraez y al dueño del barco todo se les volvía poner dificultades para salir del puerto: ya decían que no era suficiente el viento para pasar por entre los arrecifes, ya que se tenían que componer las velas, ya que el mar estaba aun alborotado. Mas todo se allanó á la presencia de un Comandante de nuestras tropas, que venía de retirada, porque los insurrectos avanzaban y nos dijo que á toda prisa convenía irnos, el cual amenazó al arraez con cuatro tiros, y que no saldría de la playa hasta ver el barco fuera del puerto. El arraez, al ver su vida en peligro, allanó todas las dificultades, y salimos á las dos ó tres horas del puerto de Nagabuñgan el día 17 con muchísimo miedo, porque nos atemorizó mucho el arraez, ponderando los peligros de la salida del puerto lleno de arrecifes; y en efecto las olas se estrellaban en las peñas, elevándose las aguas á dos metros de altura; solo por medio estaban tranquilas las aguas; así es que cuando se puso en movimiento el barco, todos nos pusimos á rezar el santo Rosario y el trisagio, incluso el Sr. Obispo que rezó con

nosotras hasta que pasamos el mayor peligro, sin que el viejo pontín se balanceara, como lo hizo en la barra de Laoag, que parecía iba á hundirnos y sepultarnos en las embravecidas olas de la gran barra. Gracias á Dios que nos favoreció con viento en popa todo el día; y así pasamos felizmente el cabo Bojeador sin darnos cuenta de ello. Tan tranquilas estaban las aguas, que más no podrían estarlo las de un río; y tan grande fué la calma que cesó casi por completo el viento, y estuvimos más de un día en el mar de China, por donde navegábamos, como si el barco estuviera anclado en el puerto más resguardado, llegando el 19 á las diez de la noche á Aparri.

Como los pontines no son para pasaje, carecen de cuanto es necesario para la vida; y por esta razón algunos Padres fueron cocineros, limpiando pollos, guisando y ayudando á un seglar peninsular, que de muy buena voluntad se ofreció á desempeñar el oficio de cocinero durante el viaje. También sacaban agua del mar, y ayudaban á los marineros á desplegar las velas, á mover el timón y á tirar del ancla. En cuanto á la manera de comer y á la vajilla fué peor, que en la casita de la playa: comimos en la misma palangana donde algunas habían arrojado, y tal era la escasez de platos, que hasta la tapadera del caldero sirvió para poner la morisqueta.

Los pobrecitos Padres participaban de todo esto, y el mismo Sr. Obispo, que rechazó toda distinción, negándose hasta á tomar una copa de vino en la comida y á fumar, porque no había para todos los Padres, estando los cinco días que duró el viaje á sol, agua y sereno. En la bodega, donde iba el cargamento de arroz, se guarecían algunos Padres y dormían sobre los sacos de arroz; pero no podían estar mucho tiempo porque se asfixiaban. Rezába-

mos el santo rosario todas las tardes en común; lo ofrecía el P. Provisor; y era cosa de alabar á Dios ver á los Padres tan diligentes en el rezo del oficio divino, tan sufridos sin exhalar una queja, dando ejemplo de muchas virtudes, sobre todo de humildad y de santa alegría en los trabajos que por Dios padecían.

Nosotras, aunque no acostumbradas á semejantes correrías y viajes, rezábamos cumpliendo con lo de Constitución, cada una en particular, ora á grupos, ora en común, según se presentaban las circunstancias, ya en el coche, ya en las paradas, ya medio tendidas y sentadas en el pontín. Hermanas hubo, especialmente cuando estábamos en el pontín, que se pasaban casi todo el día rezando el santo rosario.

III.

Salieron á recibirnos en Aparri los PP. Julián Malumbres y Colinas, y sin esperar al día siguiente, desembarcamos á las diez de la noche. El Sr. Obispo y los Padres fueron al convento, y nosotras á la casa de una viuda,

Los comisionados para fletar un vapor que nos condujera á Hong-kong no tenían amplías facultades, y al pedirles el capitán del buque quinientos pesos por cada dia que estuviera detenido en el puerto esperando la Colonia y Religiosos de ambos Ilocos, lo dejaron marchar, encontrándolo nosotros en el mar casi á la desembocadura del río, y al verle, por temor á que fuera un vapor americano, apagamos las luces del pontín. ¡Dios así lo permitió para que padeciéramos cautivas!

Nos conformamos con este nuevo contratiempo, esperando en Aparri que llegase otro vapor de un día para otro. Del 20 al 25 oímos Misa en la iglesia y comulgamos todos los días, para desquitarnos de los quince que pasamos sin recibir al Señor: nos confesamos con un P. Agustino muy venerable, el P. Zallo.

El dia 25 después de la Misa, que celebró el Sr. Obispo, por gracia especial, en casa de la viuda y á su petición, asistiendo á ella el gobernador Sr. Polo, otras personas y gran número de parientes de la dueña de la casa, anuncian la entrada de un vapor en el río. Nosotras y todos nos pusimos muy contentos, creyendo sería el vapor que nos había de conducir á Hong-kong; pero ¡cual sería nuestra sorpresa y pánico al ver que desembarcaban gente armada, resultando ser insurrectos y no americanos, como al principio algunos conjeturaban! A las amenazas de bombardeo y á las mentiras de que eran tantos y cuantos, y que venían más buques, con grandes cañones contra treinta ó cuarenta soldados que había en Aparri, dijeron que era temeridad y no valentía el resistirse, y por eso se rindieron con la condición de respetar vidas, dinero, hacienda, honra y alhajas, y conducir á los españoles á donde éstos desearan quedarse. Se escribieron todas las citadas condiciones, como resultado del parlamento, firmando la capitulación los jefes de los insurrectos. Se entregaron á éstos las armas de los soldados españoles; y el pueblo recibió á los revolucionarios con música y repique de campanas.

IV.

¿Cumplieron lo pactado? No; hasta ahora gimen cautivos todos los españoles, ensañándose contra los Padres, á los cuales prendieron con música, poniéndoles enseguida guardias, para que no bajasen del convento, y privándolos de decir Misa. A los seglares les han tenido más consideraciones, y á muchos nada les han hecho, consiguiendo algunos la libertad.

A la primera parte donde los insurrectos fueron á saquear fué al convento. Duró más de una semana el registro, quitando á los pobrecitos Padres hasta los zapatos que tenían puestos, si eran algo nuevos, la vajilla y cubiertos: cavaron la tierra, secaron el pozo, y removieron el excusado en busca de oro, que es ya lo último que puede hacer la codicia, maltratando á algunos á palos y empellones, amenazando quitarles la vida, y á todos, incluso al venerable Sr. Obispo, dirigiendo insultos, los más sucios y soeces que imaginarse pueden, y todo por el dinero y por el bárbaro gusto de ver padecer. Quisieron quitar el pectoral al Sr. Hevia, y como éste dijera que nada valía por ser de tumbaga, se lo dejaron.

El 15 de Setiembre se los llevaron de Aparri, reuniendo á todos los Padres en el convento de Alcalá y á los seglares en Tuguegarao. ¡Quién le hubiera dicho al P. Casimiro Gonzalez que el convento hecho por él serviría de prisión á más de ciento cuarenta sacerdotes, entre Agustinos y

Dominicos, incluso él! Allí fueron peor tratados que en Aparri; pasaron mucha escasez en las cosas necesarias á la vida; comida, poca y mala; días hubo de tener que comer maiz cocido por falta de arroz; pan, ni pintado; cubiertos no todos tenían, gracias que tuvieran una cuchara; los platos estaban suplidos por charetas (corteza de coco) y los vasos por pedazos de caña. En cama solo dormía el Sr. Obispo y los Vicarios provinciales, y los demás en el suelo, faltando á muchos el petate, sábana ú almohada. Por el estilo andaba la ropa de vestir; consolándolos en medio de tantos sufrimientos piadosas mujeres y algunos buenos cristianos, que despreciendo peligros y burlas de los malos, les socorrian tanto en la comida, como en la ropa, y les lavaban la sucia. A ningùn Padre dejaban celebrar Misa, excepto al Sr. Obispo, al cual consentían dar la Comisión á los Padres casi diariamente. Se conoce que se proponíase que el pueblo se acostumbrará á no ver en los Religiosos función alguna sacerdotal.

Bien quisiera referir lo que cada uno de nuestros Padres padeció por amor de Jesús; pero me es imposible hacerlo por no tener aptitud para ello y por no saber á punto fijo sus nombres, ni conocerlos; pero anotaré siquiera algunas de las más fuertes noticias que por Aparri oíamos del martirio que los katipuneros daban á los religiosos, y las que según creo tienen completa certeza.

Al P. José Brugués, por no encontrar el dinero que constaba en los libros parroquiales le dieron más de doscientos palos, le pasearon desnudo por las calles de su pueblo, y le tuvieron en su mismo convento dos meses metido en el cepo con centinela de vista, día y noche. Esto contado por él mismo, pues que tuvimos el gusto de conocerle y hablar con él cuando sálió de la prisión. La casa donde

paramos estaba muy cerca del pantalán, y le vimos cuando desembarcó en Aparri con cuatro soldados armados que le custodiaban: le rodearon una porción de gente como si fuera una cosa rara, llamándole algunos *ladrón*; y él como si nada oyera, siguió su camino. Iba con el santo hábito, su rosario al cuello, y sin capilla. Según dijeron se dirigió á la Comandancia, y al subir las escaleras uno le dió un bofetón; y como buen imitador de Jesucristo no se defendió, ni volvió mal por mal: continuó su camino hasta donde estaba el Comandante; y le presentó un escrito. A este le cayó en gracia, y le dejó en libertad, dándole un pase para que nadie le atropellara. Desde entonces vivió en el convento de Aparri: iba vestido de seglar; fué á despedirse de nosotras en el vapor, y el pueblo le daba limosna con la que se mantenía.

Al P. Hilario, después de tres meses de prisión, sin que le maltrataran, porque sabían que no tenía dinero como los párrocos, por cierto resentimiento que contra él tenía uno de los pajes del Sr. Obispo, le denunció al cruel y vengativo Villa, comandante katipunero. Va éste á Alcalá, pregunta por él, y así que le señalaron quién era, le abofetea, le tira el suelo y sigue maltratándole á puntapiés y con la culata de un fusil, que lo dejó casi muerto, con la cara bañada en su sangre.

Con tantos golpes la cara se le inflamó, y lo que creyeron ser vómito de sangre, por fortuna fué sangre de las heridas del oido y cerca del ojo. Cuando salimos de Aparri nos dijo el P. Casimiro que estaba mejor, y que no le había afectado ni al ojo, ni al pecho según creyeron al principio, aunque quedó sin movimiento, privado de los sentidos casi dos horas.

Al P. Venancio Peña poniéndole un revolver al pecho,

le quisieron obligar á que dijera no estaba Nuestro Señor en la Hostia y que cuanto había predicado sobre la Misa, sacramentos y culto era mentira; y como esto no es posible que lo dijera el Padre, le maltrataron á palos é hicieron con él crueldades y salvajadas delante de muchos indios; y no le mataron, porque decían, que no querían que después le declarasen mártir. Al anciano P. Romualdo Aguado le pusieron un collar de perro, le hicieron á la fuerza y con un embudo tragar mucha agua hasta privarle de los sentidos; luego le amarraron de piés y manos como á un cerdo y subiéndole en una pinga, le dejaban caer de golpe, y esto por bastante tiempo y varias veces, hasta que violentamente vomitaba toda el agua; y le echaron en la cara y el pecho gotas de cera hirviendo.

Al P. Primo Calzada, la colgaron cabeza abajo y le subían y bajaban de esta manera en las letrinas, quedándole una pierna estropeada. Al P. Deogracias le amarraron el cuello un cordel y le bajaron al fondo de los excusados, le hicieron dos ó más veces, tragar mucha agua hasta hincharle y luego le pisaron el vientre complaciéndose en ver salir el agua por todas partes; y no contentos con esto, le dieron muchos palos y culatazos. Al P. Domingo del Campo le pegaron, hasta dejarle exámine; al P. Díez por poco le matan á palos, pues le dieron innumerables; y á todos, ó casi todos los demás Padres los castigaron é insultaron terriblemente, sin respetar ni viejos, ni enfermos: en fin, que parecía aquello el infierno y el salvajismo desatados, sobre los benditos Padres.

Estarían reunidos todos los Padres en Alcalá cosa de mes y medio, cuando los separaron unos para Ilagán, otros para Gamú y otros para otros pueblos, quedándose en Alcalá dieciséis Padres, entre ellos el Sr. Obispo, PP. Secre-

tario, Provisor, Prieto y algunos Agustinos por enfermos. Los que marcharon para otros pueblos, ya los sacaban el atrio de la iglesia para limpiarlo, ya los hacían marchar por las calles como en procesión con música obligándoles á tocar sin saber todos los instrumentos, uno el bombo, otro el tambor, otro el bombardino, etc., todo para que fueran la irrisión y mofa del pueblo.

También nos contaba la gente asustada que los gobernadorcillos se metían en todas las cosas de la Iglesia, cogiendo sus fondos, prohibiendo procesiones, obligando á los clérigos á pedirles permiso para entierros y otros actos del culto, y diciendo que en adelante ya nadie tenía que casarse ante la Iglesia sino ante ellos; y hasta hubo quien se subió al púlpito para decir barbaridades masónicas.

Estas, y otras á cual más tristes, que por la razón dicha callo, eran las noticias, que nos daban á diario, de una y otra parte, acibarando todas las horas del día, dando lugar á temer hicieran con nosostras otro tanto que habían hecho con los religiosos. Intentonas no faltaron, por parte de los que se titulaban jefes. Dios nos guardó, como porción mas débil con una especialísima providencia. No, no teníamos la fortaleza de los Padres, ni la virtud de ellos, y tal vez por esto Dios no nos quiso poner á pruebas tan duras y á tan extraordinarios sufrimientos.

V.

Poco interesante es lo que tengo que notar de lo que hemos pasado durante los tres meses y días que estuvimos en Aparri: todo se reduce á mucho sufrimiento moral y á no pocos sustos.

Desde que desembarcamos en Aparri hasta salir hemos estado en casa de la ya citada viuda, Maximiana del Rosario, tan buena cristiana que cuanta alabanza se diga de ella, como también de su hermana, hija, yerno y nietos, es pálido ante los favores que le debemos y de que nos ha colmado sin interés de ninguna clase. La gratitud hácia la familia de Antonio Pablo, ha quedado grabada indeleblemente en nuestros corazones. Cuando algunas familias conocidas, y también los parientes, les decían que nos echasen de su casa para evitar los sustos y disgustos que sufrían por nosotros, contestaban: «¿donde irán esas pobres, sin conocer á nadie en el pueblo? somos cristianos; usemos de caridad con ellas». Esto no una, sino repetidas veces, se lo proponían á causa de los frecuentes sustos y disgustos que nos ocasionaban las continuas y desagradables visitas de los katipuneros. Maximiana y Antonio Pablo nos han guardado y defendido como lo hacían con sus hijas, considerando que éramos tan delicadas y débiles como aquellas prendas de su corazón. La vieja Maximiana y su hermana lloraban cuando nos veían llorar, y cuando la tristeza se traslucía en nuestros sem-

blantes, perdiendo hasta las ganas de comer, inventaban guisados, y ellas mismas los hacían, á fin de que comiéramos. Nos cedió la mejor habitación de su casa, nos puso los cubiertos de plata (¡qué cautivas! en los tres meses largos de cautiverio usamos buena vajilla, comimos bien y usamos plata). Puso catre para la M. Directora con colgaduras de encaje: las demás, aunque dormíamos en el suelo y sin mosquitero, las fundas de las almohadas estaban bordadas. A Misa íbamos en quiles nuevo, tirado por briosos caballos, menos los dias que llovía mucho, que entonces nos metíamos en una especie de carretón tapado, tirado por un vacuno. Lo raro y notable es, que la mayor parte de las veces, las dueñas del quiles y del carretón iban á Misa á pié.

La tarde del día 25 de Agosto, en que fondeó en Aparri el malaventurado vapor «Filipinas» el pueblo se hallaba alborotado por las amenazas de bombardeo, que divulgaban por todas partes los insurrectos de allí; y nos hallábamos sin saber qué hacer, á dónde ir, ni á quien acudir para enterarnos de la verdad de lo que ocurría. En tanto apuro nos ocurrió disfrazarnos, á fin de que cuando comenzase el bombardeo y el pueblo huyese al interior, correr también y confundirnos con la plebe, pues como queda dicho la casa de Maximiana estaba cerquita al fondeadero, y por consiguiente sería la primera que volaría al primer cañonazo y se incendiaría. La mayor parte ya estábamos disfrazadas, unas de india del pueblo, y otras de mestiza, esperando, sin atrevernos á salir del cuarto, el momento de huir, cuando como ángeles llegan el P. Colinas y un P. Agustino, tranquilizándonos con la noticia de que Aparri se entregaría sin combate, y que el divulgado bombardeo eran fanfarronadas de los katipuneros. En

el momento las ya disfrazadas se ponen de nuevo el santo hábito para no volverselo á quitar, por más que los revolucionarios lo intentaron muchas veces. Al siguiente dia 26 volvieron otra vez el P. Colinas y otro P. Agustino con el mismo fin del de la tarde anterior; y antes de despedirnos para no volvernos á ver, rezamos todos reunidos el santo rosario, al clamoreo ya del pueblo frenético que recibía á los insurrectos.

Al siguiente día de ser tomada Aparri por los revolucionarios, se presentan en casa unos veinte hombres armados, pidiendo entregáramos armas y dinero del Sr. Obispo. Se les entregó parte del dinero del Colegio que teníamos; armas era cosa imposible porque no las poseíamos. No se dieron por satisfechos, y comenzaron á registrar, sin mas licencia que la propia, cuanto había en la casa, aparadores, cajones, baules, fardos de tabaco, urnas de santos, nuestros tampipes de ropa; y hasta subieron con luces al quízame, tocaron el piano por ver si estaba obstruido de plata, (pero Dios los cegó y no vieron lo que ante los ojos tenían,) depositando en la caida cuanto encontraban, custodiando este robo dos soldados con fusiles cargados. A las dueñas de la casa también les quitaron el dinero que encontraron de ellas, con el pretesto de que también era del Sr. Obispo.

Esto fué á las doce del día, en ocasión que estábamos en la mesa sin empezar aún á comer, y tan insolentes y atrevidos fueron que entre tanto iban de uno á otro lado diciendo mil *lindezas* propias de ellos, que su sólo recuerdo ruboriza. Uno de ellos (que después nos enteramos era el desdichado Villa) cogió de la mesa donde estábamos la botella de vino, sin permiso como si estuviera en su casa; la empinó, y dió de beber á sus compañeros. Se marcharon cuando terminaron de registrar hasta el último

rincon, sin decir ni adiós, dejando á los soldados armados que custodiaban la caja del dinero.

A las cinco de la tarde viene otro titulado Comandante de apellido Perea, pero sin las ínfulas y despotismo de los de la mañana, y llamando aparte á la M. Directora la preguntó si teníamos más dinero. Se le contestó, como debíamos, que no; el infeliz se lo creyó. y estuvo cerca de una hora en conversación con nosotras, hablando necedades y contando mentiras, Nos enseñó una preciosa cruz de oro con reliquias (después nos enteramos que fué robada á un Agustino) y que su padre le dió, *cuando llegó de Suiza, que eran reliquias ¡del Padre Eterno*! y que por ellas se había librado de varios peligros de la vida. ¡Mayor desatino no se puede decir! También nos contó parte de su historia; sus catorce años de servicio al gobierno español; que estuvo en el combate con los americanos en la bahía de Manila, cuando se perdió nuestra pequeña escuadra; y que desde entonces se pasó á los insurrectos, viendo que no había probabilidad de vencer á los americanos. Al despedirse, unas de enfado, otras al ver las manos donde habíamos caido, y otras trasluciendo el porvenir que nos aguardaba, no pudimos contener el llanto, y con lágrimas le pedimos se llevara el dinero allí custodiado, á fin de perder de vista á los guardias, suplicándole que no nos molestaran con semejantes visitas. Al vernos llorar, lloró también el comandante y nos prometió su protección.

A las siete de la noche, vuelven otra vez los hombres de la mañana y en la misma forma á contar el dinero, y mientras contaban las monedas, insultaban á las dueñas de la casa, llamándolas alcahuetas y ladronas. Si alguna vez ha palpitado el corazón de miedo, nunca con más fuerza, ni duración que en los meses de cautiverio.

Las dos horas que pasaron contando el dinero en la caida, las pasé echada en una butaca, sujetándome el pecho; y en toda la noche no pude descansar de dolor y fatiga.

¿Eran ya suficientes las malas impresiones que pasamos en todo el día? No; aún nos restaba una cuarta visita, y esta fué á las diez de la noche... cuando ya teníamos tendidas las camas para descansar, y fué la del coronel Tirona, acompañado del mismo que en el registro de la mañana hacía de jefe y subió al quizáme y decía ser cubano. Pero era porque el hombre se avergonzaba de decir ser valenciano, pues había manchado sus manos en sangre de tres españolés, que asesinó para apoderarse del vapor «Filipinas,» el cual entregó á los insurrectos; que si no fuera por disponer de este malhadado vapor no nos hubieran cogido, como en ratonera, á centenares de Religiosos y seglares. Una hora larga duró la visita del Coronel, y como á pesar de lo intempestivo de la misma, le recibimos con mucha cortesía, sin mencionar para nada lo que nos hicieron aquella mañana, estuvo más tratable que los otros, prometiendo nos dejaría ir á Hong-kong en el primer vapor que llegase, y que en caso de no estar él en Aparri, cuando hubiera vapor, que le telegrafiásemos para darnos el pase.

Desde esta fecha hasta el 18 de Setiembre estuvimos sin salir de casa, sin oir Misa y sin recibir Sacramentos, porque nos prohibieron ir á la iglesia, sin saber el por qué; pero después nos enteramos que fué porque estaban los Padres en el convento. No fueron pocos, ni pequeños, los malos ratos que llevábamos á cada noticia que teníamos de cómo trataban á los Padres, sin poderlo nosotras remediar, ni enviarles el más leve socorro. Como el pueblo entero tenía puesta la atención en las escenas sacrílegas que ocurrían en el convento de Aparri, cuanto en él se verificaba se esparcía como

el viento por la población, y unas veces ponderado, otras disminuido y casi siempre desfigurado, según la comprensión é imaginación de quien lo propagaba, llegaba hasta nosotras á la media hora de ocurrir. Una siesta llevaron la noticia de que habían matado al Sr. Obispo, según testimonio de uno de los guardias, confirmándolo los varios tiros que se oyeron en el convento. La hermana que recibió esta noticia, despertó sollozando á las que dormíamos para rezar por el Sr. Obispo. ¡Qué despertar tan desagradable tuvimos! Gracias que no fué verdad.

No apareciendo en el convento el tan decantado oro de los Padres, tras el cual iban desalados los insurrectos, se susurró que lo teníamos nosotras escondido bajo tierra; por lo cual se esparció el rumor de que volverían á registrar la casa y cavarían sus cimientos. Con este motivo molestaron muchísimo á los dueños de la casa, especialmente á Antonio Pablo, hasta que éste, indignado, dijo con entereza: «Doy licencia para que caven todos los bajos de la casa de mi suegra, y si encuentran dinero, les daré la casa y cuantos muebles hay en ella.»

Como era hombre veraz y muy considerado en el pueblo, le creyeron y desistieron de su intento.

VI.

A principios de Setiembre llegó un vapor; y conforme á lo hablado, acudimos al Coronel pidiendo nos dejase marchar según su promesa. La contestación fué un telegrama, en el cual manifestaba que sus compañeros lo impedían por grandes escándalos (que en el mismo telegrama

tuvo la *delicadeza* de expresar) en las religiosas de Tuguegarao, calumniándolas con la mayor publicidad hasta lo último que se puede decir de una persona honrada, pidiendo se lo comunicáramos al Sr. Obispo, y que le participáramos la resolución de éste.

¡Un rayo que hubiera caido en medio de nosotras no nos hubiera impresionado más!

Esto, junto con los rumores de que llevarían á los prisioneros á Alcalá y á Tuguegarao y á nosotras á Lal-lo, á fin de quitarnos del puerto, fué causa de que la M. Directora, que ha dos años padecía del pecho, empezara á arrojar sangre, encontrándola los katipuneros en este estado, cuando fueron á intimarnos la orden de partida, y á las demás nos encontraron llorando.

La joven Eutropia Formoso, agradecida á la educación que recibió de nosotras en Santa Catalina, se interesó mucho por nosotras, como también sus padres, y fueron á Perea suplicando nos dejara en Aparri; pero todo fué en vano. También Maximiana y su hermana se presentaron al comandante para alcanzar la gracia de no sacarnos de su casa; pero todo fué inútil. Hasta Dios parecía que dormía y no oía nuestra oración. Y es que no había llegado la hora dispuesta por Él para socorrernos, y esta hora fué cuando, tal vez pensaban arrancarnos á viva fuerza de aquella casa y de entre aquella familia que tan bien nos guardaba, para llevarnos á puntos donde pudieran á sus anchas abusar de nosotras. Dios cambió repentinamente aquellos corazones empedernidos en corazones compasivos, al ver enferma á una, á las otras llorando, y los escupidores y pañuelos empapados en sangre. Fueron unos quince hombres, algunos armados y de sólo vernos dijeron: «no es posible que se embarquen;» y allí mismo escribieron un

oficio á Tirona dando cuenta de lo que pasaba. Tal fué la compasión del citado comandante Perea que lloró y hasta se atrevió á limpiar las lágrimas á Sor Josefa con su pañuelo sucio de seda; llamó á su médico, otro katipunero; mandó nos llevaran ración de carne, ocho libras, una para cada una, y las recetas del médico las firmaba él para que no cobraran en la botica; y por último nos dió permiso para ir á Misa, porque ya los Padres no estaban en el convento. Aprovechamos este permiso para confesarnos y comulgar; mas no pudiendo ir en quilez la M. Directora, pedimos al presbítero don Doroteo, coadjutor de Aparri, le llevara la comunión, y este le dió el viático con mucho sigilo, por no sé que escrúpulos y temores á los insurrectos.

Trascurridos pocos días después de lo referido, viene Perea á despedirse de nosotras, y á pedir oraciones para que Dios le favoreciera en el viaje que tenía que emprender en asuntos del servicio; y aunque preguntamos á donde se dirigía, no quiso decirlo, contestando que eran ordenes secretas. Conjeturamos, á vista de tanto misterio, adonde iría, y nos horrorizamos. No nos equivocamos: fué á Batanes. Volvió á la semana, trayendo prisioneros á los Padres de esas islas; y del vapor se dirigió á hacernos una visita, interesándose mucho por la salud de la M. Directora á quien dejó enferma, y diciendo, cual si fuéramos tontas, que debido á nuestras oraciones volvía victorioso. Vayan notando desatinos, que yo no quiero ponderarlos y los dejo para quien esta relación leyere. Por demostrar Perea el sumo interés que por nosotras tenía y su *mucha finura*, estuvo tan empalagoso en esta última visita, que determinamos recibirle mal si volvía.

Poco nos duró la licencia de ir á Misa. En la octava

de la fiesta del Santísimo Rosario, yendo á la iglesia Sor María Gutierrez, Sor Concepción y su servidora en el quilez, un grupo de hombres, desde los balcones de una casa de piedra, nos gritaron: «¡hipócritas!» Siempre que íbamos á Misa sufríamos risas, burlas poco disimuladas, y tarareos de canciones deshonestas. Por lo cual desde este dia, para evitar mayores insultos, determinamos dejar de cumplir el día de precepto. Cuando ya estábamos en la iglesia tiraban tiros por el atrio y al rededor de la iglesia, como si se entretuvieran en cazar las palomas que había en el convento, todo para asustarnos y aburrirnos.

Me parece que no pasaron dos dias á nuestra determinación de no ir á la iglesia, y recibimos orden de no salir con el santo hábito si no queríamos ser atropelladas; y hasta hubo quien nos dijo que nos fusilarían.

Una noche fué uno diciendo que al día siguiente tendríamos que ir á la comandancia para esplorar nuestra voluntad; teniendo que ir vestidas de seglares, como iban las religiosas que estaban en Tuguegarao: mas esto fué mala intención para hacernos sufrir, pues no se verificó la orden. Otro día recibimos aviso de Tirona para que fuerámos unas cuantas, y entre estas la profesora de piano, á la casa donde estaba, en la cual se celebraba una pequeña fiesta en obsequio á Leiva, que aquel día tomó posesión de la comandancia de Aparri; y por más que se empeñaron, repitiendo el aviso tres veces y enviando quilez y personas que nos convencieran, nos negamos en redondo, resueltas á sufrir cualquier cosa, antes que asistir á sus reuniones y darles música.

Nos mandaron bordar la bandera, que nos costó más de un mes de trabajo, marcar pañuelos y calcetines, hacer escarapelas para sus sombreros, (Leiva pidió se las hicieran especiales, de crochet, que se las hizo la M. Directora)

y coser pantalones y camisas de chino para los enfermos del hospital, y esto con oficio, poniendo en el sobre: «A las religiosas filipinas.» Por todos estos trabajos no dieron ni un céntimo, y no siempre daban el material necesario para hacerlos. Maximiana lo compraba abonando su importe, por no verlos subir por las escaleras y tener el menor trato posible con gente tan... ¡Dios les perdone!

VII.

La mayor batalla que sostuvimos fué el empeño de que continuáramos la enseñanza entre ellos. El coronel nos ofreció el convento de Buguey y toda su protección; más viendo nuestra resistencia y nuestros grandes deseos de marcharnos y perderlos de vista, se dieron por muy ofendidos, y determinaron, quieras ó no quieras, mandarnos al convento de Alcalá para abrir un colegio, y por esta razón sacaron de allí á los Padres, mandándolo limpiar para llevarnos á viva fuerza, sólo á las filipinas, dejando en libertad á las peninsulares de quedarse en Aparri ó en Alcalá hasta que dispusieran de ellas, mandándolas á España ó á Hongkong, según gustasen. Hasta lo último se mantuvieron obstinados en esto, desoyendo cuantas razones se les ponían y las instancias de varias personas á quienes hablamos; y desde entonces todas las noticias que nos daban se referían al dichoso colegio. Con sólo oir el nombre de Alcalá nos descomponíamos: á mí repentinamente se me helaban los pies y las manos.

De cada día se empeoraba nuestra situación: los vapores los veíamos con tristeza llegar y marcharse sin esperanza de poder ir en uno de ellos, á pesar de que los revolucionarios nos repetían á todas horas que las religio-

sas no éramos prisioneras de guerra. Varias veces escribimos á Manila, y agotamos todos los medios humanos sin que nos viniese socorro: los Superiores trabajaban allí por nuestra libertad, pero sin fruto.

La vida, fuera de nuestro centro, se nos hacía de cada vez más pesada; ya habían trascurrido dos meses sin confesarnos, sin recibir al Señor y sin oir Misa, y reducidas ocho personas á estar de continuo en una habitación para dormir, vestirse, trabajar, rezar y recrearse, mezcladas, fuera de las horas de sueño, con seglares, que apenas nos entendíamos por no saber el ilocano. A los katipuneros les dió la manía de visitarnos: con cualquier pretesto, querían vernos y pasar el rato; así es que, cuando iban á Aparri los *calificados* entre ellos, nos hacían una visita por lo menos de cumplido. Esta fué la causa de conocer al mal afamado Fernando, presidente local de Alcalá, á su mujer é hijos; al presidente local de Lal-lo y á su mujer é hijos; á Nepomuceno, *Gobernador* de Cagayan, el cual nos dijo seríamos llamadas al día siguiente á la comandancia, y que traía orden del comandante Leiva de que no saliéramos con el santo hábito; y á una porción de jóvenes educadas en nuestros colegios ó en otros y, á variedad de personas que por afecto ó por curiosidad hacían la visita; y por último para no dejarnos en paz ni en las horas de descanso, nos daban serenata á media noche, cantando canciones profanas aplicándolas á nosotras: recuerdo bien el estribillo que decian: «asómate que te espera tu amante.»

Desde el primer día calumniaron atrozmente á algunas de nosotras, y en los términos más soeces, cual si fueran bárbaros ó herejes corrompidos, sin respetar ni al Sr. Obispo, á quien desvergonzadamente y en público atribuían horrores. Y aunque á otras no nos calumniaban directa-

mente, sufriamos como propias esas injurias, y como si nos envenenara la ponzoña que arrojaban aquellas lenguas de áspides.

VIII.

Llegó el vapor «Saturnus» el 19 de Noviembre; y fué á visitarnos un clérigo vestido de seglar diciendo que venía por nosotras para llevarnos á Manila y también á las Religiosas de Tuguegarao; que era íntimo amigo de Aguinaldo, y que de éste había conseguido para bien de la Iglesia separar el gobierno eclesiástico del civil y que tenía mucho interés en mejorar la suerte de los Padres prisioneros. Nos anunció además que venía en el «Saturnus» una señora con pase de Aguinaldo para llevarnos á Manila, y que el Sr. Obispo vendría á Aparri.

Nos parecía un sueño lo que oíamos y nos costaba mucho dar crédito al clérigo, hasta pasado un buen rato en que la alegría inundó nuestros corazones, para sumergirlo, poco después en baño de amargura. Llega D.ª Sixta del Rosario, nos enseña el pase para nosotras de Aguinaldo, conseguido por ella misma que fué á Malolos, (á instancias por supuesto de nuestros Padres y Hermanas de Manila,) y venía con víveres para los Padres y dinero para nuestro pasaje. Se marcha á la Comandancia para presentar el oficio que llevaba y para que nos dejen salir; allí la detienen, diciendo de ella qne iba fraudulentamente á libertar á los frailes; y la forman sumaria por eso y por las cartas que cogieron en su maleta de viaje para algunos de los Padres prisioneros, y eso que no tenían nada de particular. A esta señora ya no la vimos hasta el momento de embarcarnos,

que también se vino con nosotras en el vapor, y desde el 19 hasta el 25 por la tarde estuvo presa en la comandancía de Aparri.

El clérigo (que se llama don Gregorio Aglipay) se declara nuestro *protector* y es quien danza en medio. Por telégrama llama á las Religiosas de Tuguegarao: él se entiende con el Coronel y Comandante de los insurrectos, (como que es uno de ellos); llama de Alcalá, al Sr. Obispo y lo trae á Aparri con el P. Casimiro y tres PP. Agustinos; consigue la devolución de los ornamentos del Sr. Obispo, por supuesto bastante estropeados, y que le entreguen treinta y cuatro cajones de víveres de la procuración general que llevaba D.ª Sixta para el Sr. Hévia, los Padres y las Hermanas. Arregla todos los *supuestos obstáculos* á nuestra marcha; vence la oposición del Coronel y Comandante (Tirona y Leiva); y hasta arregla la causa que empezaron á formar á una de nosotras por una carta que trajo Sixta para la citada religiosa y porque contestando ésta en las tres veces que fueron á pedir dicha carta y tomarle declaración por escrito, se habían ofendido por sus respuestas; y por último consigue también la libertad de D.ª Sixta detenida por sus denuncias.

Llegan á Aparri el Sr. Hévia y las Hermanas de Tuguegarao; nuestra alegría al abrazar á nuestras Hermanas para marchar reunidas á nuestra amada casa de Sta. Catalina es inexplicable; mas la M. Directora de Tuguegarao no venía, y al preguntar por ella nos contestaron que había ido al convento á saludar al Sr. Obispo. A las dos horas llegó dándonos la desagradable noticia de que solamente las cuatro españolas irán á Manila y todas las demás, doce Religiosas, se quedarán en el colegio de Vigan para continuar la enseñanza, por disposición del Sr. Obispo

y de acuerdo con varios Padres, accediendo á lo pedido por Aglipay. Como es de suponer no hubo conformidad en esta distinción tan marcada, estando todas en igualdad de circunstancias; y esta es la pura verdad, y los hechos lo confirman. El Sr. Obispo fué á la casa en que estábamos, á hablarnos, una por una y aparte, á fin de convencernos. Pero omito tantas menudencias, y paso al resultado que fué el quedarse nueve en Vigan y siete volverse á Manila, cinco de las que estaban en Vigan y dos del colegio de Tuguegarao; mas al desembarcar las Hermanas de Tuguegarao pidieron al P. Aglipay se viniera con nosotras una más, de las del colegio de Tuguegarao, Sor María Cruz de la Purificación, y lo concedió, quedando, en último resultado, ocho que habrían de estar en Vigan para dedicarse á la enseñanza y ocho que habríamos de venirnos á Manila, como así sucedió.

No fué pequeño el susto que en el puerto de Vigaa pasamos, como último y despedida de tantos como habíamos sufrido. El vapor no había de parar más que tres horas, de cuatro á siete de la noche. Habiendo desembarcado el señor Aglipay para acompañar á las que se quedaban en Vigan y hablar con las autoridades katipuneras sobre las Hermanas, se empeñaron la M. Directora de Vigan y otra en bajar también, por ver si podrían recoger algo de la que habíamos dejado allí á nuestra escapada. No vuelven al vapor hasta las doce de la noche; el capitán del buque se enfadaba porque no le querían firmar el rol hasta que volviesen Aglipay y las Religiosas, y desembarcara D.ª Sixta. Se recibió orden de detención para nuestra amiga Sixta con el fin de continuar en Vigan la sumaria comenzada en Aparri, y quieras ó no quieras, tuvo la buena señora que desembarcar con guardias que vinie-

ron por ella. De Vigan la llevaron hasta Malolos y allí estuvo detenida varios meses. Las que nos habíamos quedado á bordo, viendo que no volvían las dos que saltaron á tierra y que llevaban presa á nuestra amiga D.ª Sixta temimos, no nos pasara igual desgracia, y este temor embargaba especialmente á las que volvíamos al Beaterio sólo, sólo, sólo porque Dios lo quiso é inspiró á Aglipay que no insistiera en dejarnos. ¡Bendito sea!

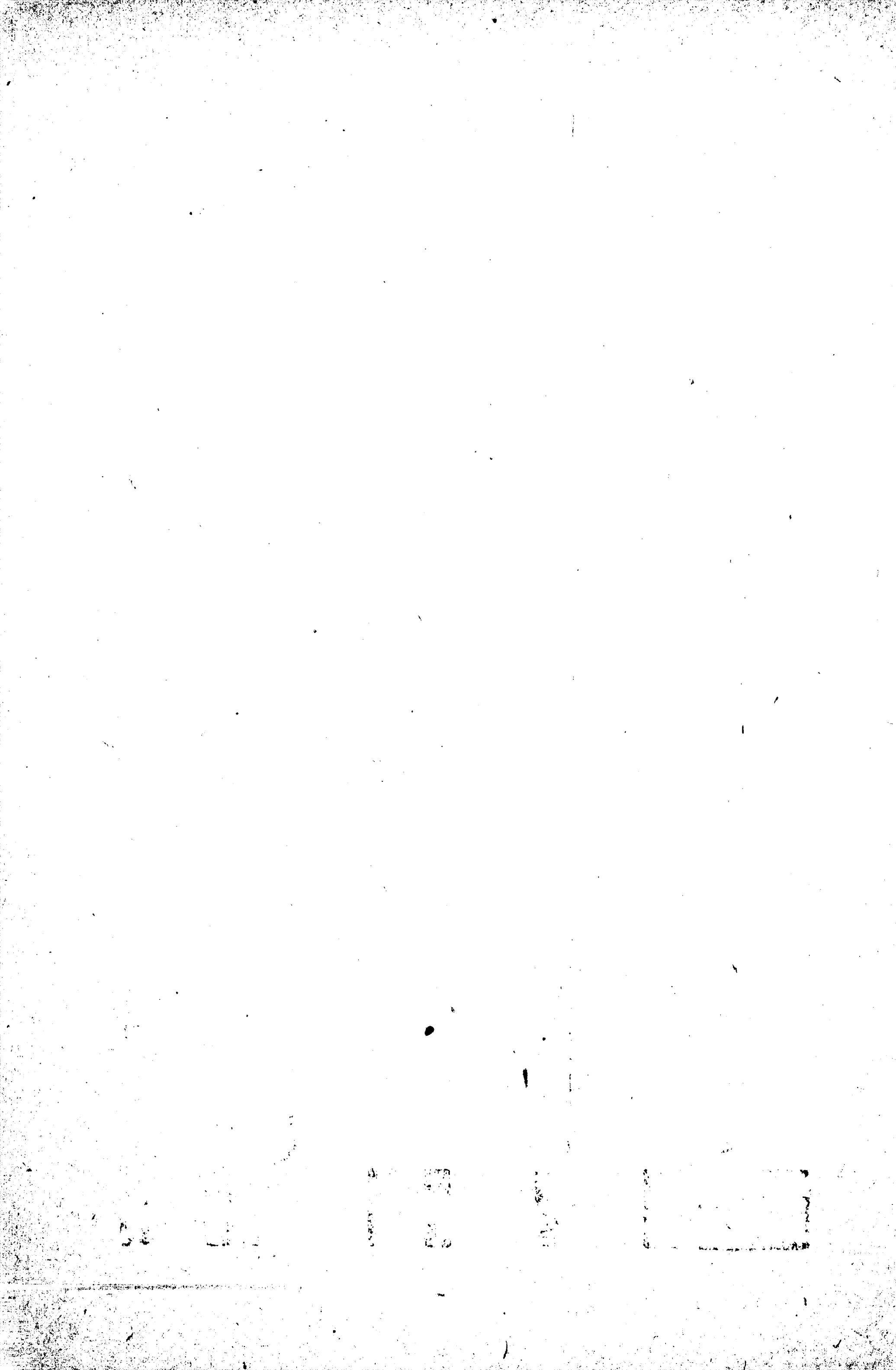
Salimos el jueves 25 de Noviembre de Aparri á las cinco de la tarde. En casa de Maximiana se reunió un inmenso gentío, ya por ver al Sr. Obispo y P. Provisor que estaban allí, ya por despedirse de nosotras los innumerables parientes y conocidos de Maximiana y de Antonio Pablo, y ya porque allí se encontraban las autoridades katipuneras para despedirse de Aglipay. Música no faltó, y tan llena estaba la calle hasta el embarcadero como la casa, que no se podía dar un paso sin tropezar con alguno.

Llegamos al Beaterio el 27 á las diez de la mañana, teniendo un viaje feliz: algunas nos mareamos mucho; pero todas las incomodidades de este viaje nada son comparadas con un solo día de cautiverio.

Fué á buscarnos al vapor el P. Campa, vestido de caballero y Fr. Braulio lo mismo, ¡qué tiempos! Paso por alto el recibimiento en el Beaterio, en el que unidas las Hermanas en una misma y propia casa reanudamos nuestra tranquila y feliz vida del claustro.

Manila y Diciembre de 1898.

Sor Mercedes de la Ascensión.



RELACIÓN SEGUNDA

ó de todo lo que nos aconteció desde que dejamos nuestro colegio de Tuguegarao hasta nuestra ida á Vigan, y luego hasta nuestra vuelta á Manila.

PRIMERA PARTE.

LO OCURRIDO HASTA NUESTRA IDA Á VIGAN.

I.

Salimos del Colegio de Tuguegarao el 26 de Agosto de 1898 á las siete de la mañana para ir á un pueblecito cerca (Enrile), porque se supo que los insurrectos habían desembarcado en Aparri la tarde anterior. Allí estuvimos en el Convento en compañía de algunos Padres que también habían ido á refugiarse, hasta que los insurrectos entraron en Tuguegarao que fué un sábado víspera de la Vírgen de la Correa, y al otro día fueron á Enrile adonde entraron á las seis de la tarde, si bien cuando fueron al Convento eran ya las diez de la noche. Llegó Leiva con toda su comitiva que serían más de trescientos hombres; cercaron el Convento; gritaban unos vivas que nos parecían á los judíos cuando prendieron á Nuestro Señor, y todo nos daba tristeza: los Padres y nosotras esperando en la caida á

esa tropa de judios; impuso silencio Leiva y después de darse unos cuantos paseos, para darse autoridad, se sentó y con voz entrecortada dijo: ¡Vengo á reconquistar la tierra que VV. robaron á nuestros abuelos!! Después habló en tagalo á nosotras una porción de disparates contra los Padres. Hasta en esto obró traidoramente, pues si había quejas ciertas, haberlo dicho en lenguage que todos entendieran para que pudieran disculparse, y no así que ninguno le entendía: ¡tanto valor, y para hablar cara á cára no se atreve!

Después pasó á registrar la caja de dinero del Convento: apresó á los criados, pero ya se habían marchado muchos, motivo por el cual los Padres se quedaron sin cena, pues entre los muchachos y los insurrectos se llebaron la que había. Preguntó por el Cura; se presentó: le pidió las cuentas; pero todo esto lo acompañaba con unos disparates, dignos tan sólo de su boca. Luego mandó pasar á registro nuestros baules: nosotras al oir aquello, fuimos cada una á abrir nuestros baules, pero enfadadas, ¡Dios nos perdone! y empezamos á tirar toda la ropa y decíamos: ¿qué se creen éstos que somos unas ladronas? Ellos se avergonzaron; se excusaron que el comandante lo mandaba, y no quisieron continuar más el registro: sólo dijeron que estaban buscando los relojes de bolsillo de los Padres. Una de nosotras al oir esto, descolgó un reloj de pared despertador que había, y les dijimos que aquello se lo colgaran en la cintura. Acto seguido mandaron á los Padres que se entraran en la sala y pusieron guardias en la puerta; pasaron registro á sus sacos de noche, y sacaron todo lo que quisieron. Con decir que entraron medio desnudos y descalzos, y cuando salieron de la sala estaban todos vestidos con zapatos y medias está dicho todo. Un

Padre, como se quedó parado en la puerta de la sala, Leiva le dió un solemne empellón en la espalda, diciéndole: ¡entra maldito!!. Si el Padre no se cayó, fué porque Dios no quiso.

Se marchó Leiva con su comitiva á casa de Guzmán donde iban á cenar, quedando más de trescientos soldados con el capitán, para custodiar la casa y los Padres. Ya eran las doce de la noche; los Padres y nosotras sin cenar; gracias que una familia muy caritativa llevó cena para nosotras: rogamos al capitán que nos dejara entrar aquella cena para los Padres, y después de oir unas palabrotas muy sucias y feas, nos dejó entrar; hicimos que los Padres cenaran; los pobres no tenían gana, y ¿cómo la habían de tener, viendo tanta maldad y el castigo que Dios preparaba á Filipinas? Tampoco durmieron; pasaron la noche sentados, esperando qué es lo que les iban á hacer.

Allí, como á la una, recibimos un volante de Leiva mandando que las filipinas fuéramos allá: no hicimos caso. Mandó otro y otro, tampoco quisimos hacer caso, temiendo nos quisiesen hacer algo; pero los Padres nos aconsejaron que fuéramos por darles gusto, y que volviéramos enseguida, y también fuimos para ver si mejoraba algo la situación de los Padres.

Nos esperaban para cenar; dijimos, para salir del paso, que ya habíamos cenado, pero no habíamos probado bocado, pues no teníamos gana, y de oir lo que decían y la gran fiesta que hacían, nos daba enfado y tristeza: enseguida nos despedimos y volvimos al Convento.

Toda la noche la pasamos sentadas, y de cuando en cuando íbamos á ver al Padre enfermo, á darle alimento, que para esto teníamos permiso del capitán.

Nunca nos podrémos olvidar de aquella triste noche; pa-

amos unos sustos, que á cada paso creíamos llegado el momento de entregar el alma á Dios, que era preferible á presenciar aquellas terribles escenas; si no nos morimos aquella noche fué porque Dios no quiso, pero ya había para caerse muertas.

¡No quiera Dios que volvamos á presenciar escenas semejantes, porque nos parece que íbamos á ser capaces de cualquier cosa, aunque fuera coger el puñal ó el bolo, que ellos llevaban, para matarlos!

El día que entraron los insurrectos, por la mañana, llevamos el poco dinero que teníamos y el de los Padres á casa de Guzmán, para que lo guardara y sacarlo cuando lo necesitásemos, creyendo que era un defensor y protector nuestro, pero en la ocasión se vió que era un traídor; porque, si lo hizo por miedo, no había para tanto: con decir, que el dinero que él tenía era de las Madres, sin mencionar nada de los Padres, estaba concluido.

Lo que es en esta ocasión se vieron muchos desengaños: los que se pensaba que iban á favor de la Religión, éstos fueron, acaso por miedo á los revolucionarios, los más encarnizados enemigos que tuvieron los Religiosos; los más protegidos, los más allegados fueron los más sinvergüenzas en ponerles las manos y en acusarlos; y aquellos que no recibieron ningún particular beneficio, ó quizás se pensaba malamente de ellos, éstos fueron los que defendían á los Padres, y si no lo podían hacer al descubierto, les daban ocultamente limosna é iban á favor de ellos. Esto ha pasado en todas partes donde hemos estado, y lo hemos visto.

Los guardias puestos en las puertas, pues había una docena en cada puerta, después que hubieron cenado y bebido á su placer, porque todo lo que los Padres y nosotras teníamos en la despensa fueron sacando, se durmie-

ron todos, quedando los Religiosos y nosotras despiertos y dueños de todo el Convento; y hubiéramos podido escaparnos todos, si hubiéramos querido.

Un Padre que estaba bastante malo conseguimos del Capitán que nos dejara entrar á darle alimento, y entramos dos ó tres veces durante la noche: sin embargo, Leiva deseaba que se muriese, como él dijo, cuando apresó á los otros: «¡al enfermo dejarle allí hasta que se muera!» Pero Dios velaba por todos y no quiso que se muriera, para que todos viesen su Providencia y cómo cuidaba de los suyos.

No quiero pasar en silencio un favor grandísimo que la Santísima Virgen hizo á este Padre: por tal lo tenemos nosotras, y lo pondré aquí como prueba de la especial providencia que Dios tiene de sus ministros perseguidos.

Hay que advertir que, de resultas de haber estado de párroco cerca de ocho años en uno de los pueblos más húmedos de Cagayán, contrajo la enfermedad del hígado, dolencia que padecía con bastante frecuencia.

Hacía unos quince días que estaba enfermo en el convento de la cabecera, á la llegada del katipunan; mas como el Párroco oyera decir que iban á soltar á todos los presos de la cárcel, como así lo hicieron, para que no le sucediera nada, estando grave como estaba, creyó prudente enviarle también á Enrile, y esta fué la causa de encontrase allí con nosotras.

Como le veíamos tan enfermo, llamamos al médico filipino Fernando Ricerra, muy amigo suyo antes, por tres veces, y no se presentó hasta que fué acompañando al katipunan la noche que fueron á prenderlos.

No sabíamos qué hacer, viendo que el médico no venía, ni sabíamos ya qué medicinas darle, porque el pobre lo pa-

saba muy mal, hasta que se le ocurrió á una de nosotras, que tenía un frasquito de agua de Ntra. Sra. de Lourdes, darle una poca. Se lo dijimos á él, y que tuviera fé, por si la Virgen le quería curar: le dimos el agua por tres veces, rezando antes dos ó tres de nosotras ante el catre del en- fermo tres Ave Marías con la jaculatoria ¡Virgen de Lour- des rogad por nosotros!, una salve á la Santísima Virgen y un Padre nuestro al Señor S. José. Y siempre que le dá- bamos algún alimento mezclábamos en el agua una cu- charita del agua de la Virgen, esperando sólo de allí ar- riba el remedio ó el alivio en tan crítica y desesperada ne- cesidad.

En aquel día, que fué la víspera de la llegada de los katipuneros, no notamos nada; pero al día siguien- te, cuando creíamos que el enfermo se agravaría por el susto de aquella algazara que formaron en el Convento los soldados, vemos que el enfermo ya no se quejaba y podía estar de pié, cosa que los días anteriores apenas po- día hacerlo sino con bastante trabajo; y no sólo de pié, sino que cobró tantas fuerzas, que pudo seguir, andando, á los demás Religiosos, cuando los sacaron para Tuguegarao.

Al llegar nosotras á Tuguegarao, lo primero que pregun- tamos fué por el enfermo, pues ya humanamente le dábamos por muerto. ¡Tanto nos preocupaba el pobre, pues sabíamos su estado gravísimo! Así es que viendo que seguía bastante delicado, procurábamos mandar alguna comida, en particular, propia de un enfermo en aquellas circunstancias, pues nos en- teramos que no les daban nada hasta las dos de la tarde, y lo que les daban á esa hora, era un poco de moris- queta y cerdo, y eso bien escaso.

Cómo se curó este enfermo, no lo sabemos; lo que sí sa- bemos es, que fué acentuándose la mejoría, y de día en día iba

adquiriendo fuerzas, y en los diecisiete meses que estuvo cautivo ó preso, no le volvió atacar el mal del hígado ¿Cómo es que en todo este tiempo no ha vuelto á recaer, cuando antes no pasaba un año sin que tuviese que subir á la cabecera á curarse? Si antes, estando tan bien cuidado en su convento, cualquier vientecillo le ponía enfermo ¿cómo es que en las catorce noches que pasó con otros ochenta y dos Padres en el río, en una gabarra, durmiendo á la intemperie, y como Dios les daba á entender, no fué atacado? Pues de los meses que pasaron en Gamú y Echagüe, no diré nada, por ser casi peores las casas donde vivieron, que la misma gabarra del río.

Sólo sé decir que no ha vuelto á ser atacado hasta el presente, y que está muy bueno. Favor, pues, de nuestra amada Madre la Santísima Virgen ha sido este, la cual se ha compadecido de este Padre, para que se vea de una vez más cómo cuida de los suyos, y, como que es Madre de misericordia, manifiesta su compasión en oir las oraciones de estas pobres y miserables pecadoras; pues bien veía ella lo que sufríamos de ver á este Padre tan enfermo, y más en tiempo tan tumultuoso. Sufríamos más que si nosotras tuviéramos el mal.

Bendita sea mil veces tanta bondad; alábenla todos, y muy en especial los religiosos que tanto deben á su amor maternal, y más aún los hijos de nuestro P. Sto. Domingo, que tan buena Madre tenemos y su amor nos lo ha manifestado en varias ocasiones, especialmente en esta que estamos atravesando.

¡Loor y prez á la Santísima Virgen, que así ha favorecido á los hijos de N. P. Sto. Domingo, á quien Ella solía llamar su querido hijo!

II.

Siguendo el relato, diré que al otro día por la mañana, lúnes 5 de Septiembre, tampoco pensaron en dar algo á los Padres para el desayuno. ¿Qué hacemos? como Dios nos asistió, cocimos un poco de chocolate, que recogimos el día anterior con un poco de pan, y en dos ó tres tazas se lo llevamos para que lo tomaran, pues los pobres ya no probarían bocado en todo el día. Ellos nos obligaban á que lo tomásemos nosotras; pero más lástima les teníamos á ellos, pues no todos los días tendrían qué comer, viendo lo crueles que eran sus enemigos.

Así como á las diez de la mañana, viendo que todavía no se marchaban, les dimos un poco de vino; y á las once, cuando más calentaba el sol, los sacáron del Convento entre guardias como unos facinerosos, y á pié los llevaron por la cuesta de Enrile, y en un barangayan los metieron á todos.

Fuimos á despedirlos, á pesar de estar allí los guardias, y que hablasen lo que quisieran de nosotras: ¡de todos modos hablaban! les besamos la mano, y lloramos hasta más no poder. Se nos figuraba que la maldición de Dios iba á caer sobre todos los pueblos y sobre ellos, viendo cómo trataban á los ministros de Jesucristo los que todo lo de-

bían á estos, y el pago que se les daba, después de tantos trabajos.

Salieron escoltados por aquellos judíos, y los tuvieron más de una hora con aquel sol de justicia, haciéndolos esperar, Leiva y secuaces, con sus órdenes, que á todo esto nada hacían, y no tenían nada preparado, con sólo e contento de verlos padecer y de tenerlos en aquel estado humillante.

Nos quedamos las ocho religiosas en poder de trescientos hombres y de todo el que quisiera entrar y salir en el Convento.

Al poco vienen mandando sacar á las dos religiosas peninsulares; nosotras al oir esto, y de ver que nos quedábamos solas, no queríamos darlas: las abrazamos y dijimos que iríamos juntas á donde ellas fueran. El que llevaba la orden nos engañó: nos dijo que volverían otra vez; sólo que Leiva las tenía que preguntar, no dijo qué cosas: las dejamos salir, pero empezamos á llorar gritando tanto, que se alborotó aquello.

Estábamos como unas locas, sin saber qué hacer en poder de tantos hombres; asi es que nuestra fuerza eran nuestras lágrimas y nuestras voces. Se conoce que como gritábamos demasiado, y aún á los que venían á consolarnos contestábamos mal (¡Dios nos perdone!), y no admitíamos nada, el capitán que estaba durmiendo se despertó, y se apercibió de la desesperación en que estábamos, y nos dijo muy enfadado que éramos unas escandalosas. Una de las que estábamos allí le contestó: «¿qué tienes tu qué ver con nosotras, demonio?» Éste se calló; y de ahí tomamos pié para ver que, usando de valentía y no haciendo caso de lo que dicen, se callan son cobardes.

Nos fuimos reponiendo del susto, y empezamos á recoger las cosas del Convento, como petates, almohadas, comestibles y otras cosillas; pero los infames se habían llevado casi todo, y lo poco que aún quedaba lo estaban llevando. Nosotras les dijimos, por qué se habían atrevido á tocar aquello que era nuestro. Nos contestaron que creían que era de los Padres. Allí, como Dios nos asistió, fuimos empacando todo; pero no teníamos clavos ni martillos para cerrar las cajas, así es que las atamos solamente. Mas, como todos eran ladrones, en cuanto salíamos para hacer ó buscar otra cosa, enseguida volvían á abrir lo que estaba atado, y se lo llevaban: sólo tres cajas de vino tinto pudimos salvar, porque estaban clavadas. Toda la santa mañana estuvimos liando las cosas: siquiera ya que habíamos perdido mucho, no perderlo todo.

A la una se presentó Leiva con música, invitándonos á comer. No pensábamos en nada, ni teníamos gana, en vista de que nuestros Padres estaban presos, y sin saber adónde los iban á llevar; y todavía estábamos en ayunas, y sin haber merendado ni cenado la tarde y noche anteriores.

Nos dijo la mar de cosas contra los frailes; y como estábamos tristes y llorando, pues no se podía hacer otra cosa, habiendo presenciado y pasado lo que pasamos, nos habló de quitar el hábito. A esto le contestamos que no queríamos, puesto que éramos religiosas, y que queríamos serlo hasta el fin, llevando el santo hábito; y una le dijo: puesto que así nos ha de tratar, mátenos ya, pues es preferible la muerte á vivir sin hábito del modo que ustedes quieren. ¡Jesús! cómo se puso el hombre al oir eso: se puso colérico y blandió su espada diciendo:

«A mí no me importa matarlas, ¿se creen VV. que me importa algo? con dar orden á cuatro hombres, y con cuatro

tiros las matan; sino que no tengo permiso de matar á nadie, porque si lo tuviera, ni VV. ni los frailes se quedaban con vida. ¿De esa manera nos pagan VV. el sacrificio que hacemos por la nación? VV. por querer á los frailes, que toda la vida las han estado engañando y engañando á todos, no miran el beneficio que les hacemos en libertarlas de esa esclavitud y dominio en que las tenían».

A esto contestamos que no éramos, ni habíamos sido nunca esclavas de nadie; pero callamos luego, y no continuamos más, porque aquel hombre estaba dejado de la mano de Dios; y por no oir los disparates de aquella boca.

Fuimos á comer á casa de Guzmán, donde estaban convidados Leiva y los insurrectos; ¡pero qué comida! no podíamos pasar un bocado, porque lo que alli se daba era hiel, pues las palabras y las burlas que hacían de la Religión, de los Padres y de los españoles, era una cosa que no lo podíamos pasar, y más nos herían aquellas palabrotas tan blasfemas y sucias, que si nos hubiesen dado de palos.

Concluida la comida, dijimos á Leiva que á la tarde nos dejara ir á Tuguegarao. Guzmán y familia se oponían: nosotras firmes en marcharnos; y así estuvimos hasta la tarde, y viendo que ningún aparejo tenían, suplicamos á una buena familia que cuidara de mandarnos nuestras cosas, y con un carretón nos dirijimos al río, y alli esperamos que Leiva llegara, pues se marchaba también á Tuguegarao.

Una vez puestas en el barangay, nos metimos todas juntas en un camarote, resueltas á callar á todo lo que oyéramos: oímos mil palabras, las de siempre, contra la Religión y los Padres; y al fin quiso Dios que llegáramos á Tuguegarao, á las 8 de la noche, y en casa de una co-

legiala, Luisa Lasan, nos metimos, dando mil gracias á Dios de vernos libres de las garras de aquellos lobos infernales.

Parecía que estábamos en el cielo, por la tranquilidad que allí había; por lo menos no oíamos aquellas palabras tan malas; y eso que la casa era bastante pequeña; pero ¿qué importaba? ellos eran buenos, y esto bastaba para estar tranquilas de que allí no nos vinieran á molestar. Enseguida nos acostamos sin respirar, pues ya teníamos necesidad de descanso, habiendo pasado casi dos días terribles de ansiedad y angustia congojosa.

III.

Al otro día por la mañana nos mudamos á otra casa, también propiedad de los mismos, aunque bastante destartalada, porque en la primera no cabíamos: dos familias y nosotras, que también componíamos una familia, eran ya tres; y por no molestarles preferimos pasar á la otra casa.

Lo primero que hicimos fué preguntar dónde vivían nuestras dos hermanas, M. Margarita y Sor Rosario, á quienes violentamente habían separado de nuestro lado. Nos señalaron la casa: estaba muy cerca de la nuestra; era una casita levantada por el Cura de Tuguegarao para un panadero catalán con su familia, nuevecita y recién pintada.

Allí estaban las pobrecitas solas; los primeros días con guardias, que á lo mejor se subían diciendo barbaridades y

porquerías: las pobrecitas estaban siempre metidas en el cuarto, sin ninguna llave ni tranca para su resguardo; así es que las pobres pasaban unos miedos... Para todo lo que necesitaban estaba encargado el Presidente Local, Turigan, que lo hizo bastante bien, desviviéndose él y sus hijas en darles, no sólo cuanto necesitaban, sino hasta regalándolas, como podían; y al último, con permiso de las autoridades, se las llevó á su casa, por estar más cerca, y poderlas proveer de todo, y que tuvieran compañía.

A pesar de la prohibición que teníamos de no irlas á ver al principio, después de dos días que estábamos en Tuguegarao, cuando ya no tenían guardias, íbamos á verlas al anochecer; después perdimos el miedo, é íbamos á cualquier hora del día, mucho más cuando íbamos á misa á la parroquia en los días festivos. Pero íbamos de una facha que con la capa bien cogida escondíamos el hábito blanco, de modo que pareciéramos esas mujeres que usan *lambon* (velo largo y negro que lo ponen en la cabeza y las cubre hasta los piés).

Cuando pasaron á la otra casa, ó sea á la del Presidente Local, estaban mucho mejor: nada les faltaba; esta familia las quería mucho; y los días festivos iban al Convento, donde estábamos; allí oían misa con la familia de Turigan en el coro del Convento. En esa casa estuvieron hasta que nos marchamos todas de Tuguegarao: sintió mucho el dejarlas esta familia.

Quisimos saber también donde estaban los Padres, porque este era también nuestro principal objeto al salir pronto de Enrile, procurar el alivio de nuestros buenos Padres y hermanos. Nos enteramos qué les habían hecho, y quién los mantenía: nos dijeron que muy mal eran tratados por los soldados, y que algunas personas les daban

*

de comer, y que el mismo cocinero que tenían antes continuaba guisándoles la comida.

Entretanto fueron llegando nuestras cosas que dejamos en Enrile: lo desempacamos, y fuimos arreglándonos como pudimos en aquella casita.

Se me olvidaba decir que por el camino, de Enrile á Tuguegarao, las personas que nos acompañaban trataban de separarnos, llevándonos á vivir en sus casas, dos de nosotras con cada familia, diciendo que así era más facil mantenernos. Nosotras contestamos que no queríamos separarnos, pues preferíamos pedir limosna á separarnos; que les dábamos las gracias y que no se molestaran por nosotras, porque ya, gracias á Dios, teníamos casa donde quedarnos, ¿Saben porqué querían hacer esto? Por su propio interés. Unos querían para enseñarles el piano; otros para que enseñáramos á sus hijas labores y otras cosas; así es que ya nos tenían repartidas las familias que nos iban á recoger; pero todo se les frustró, viendo nuestra firme resolución de no separarnos.

Nosotras á todo esto siempre estábamos procurando adquirir noticias de los Padres, y el cómo se les podía mandar alguna cosa que necesitaran. Al fin quiso Dios que topáramos con un muchacho de los Padres: le llamamos y preguntamos si iba por el Convento, adondé los habían llevado; nos contestó que sí: le dijimos que les preguntara qué necesitaban, si querían petates y almohadas, y qué era lo que les hacía falta; y por la noche, á eso de las ocho, mandábamos de lo que nos pedían un poco cada vez, para no llamar la atención de los guardias.

Cuando los Padres estaban en el Convento, el día de la Natividad de la Virgen fuimos á confesarnos: nos confesó un clérigo, porque á los Padres no los dejaban ni ba-

jar á la Iglesia, y los vimos en la ventana. Ibamos ¡qué pena! con traje de mestiza, porque se nos prohibió terminantemente que saliéramos por la calle con el hábito, porque, según la orden de Leiva, nos harían pedazos el hábito, y nos profanarían; y asi para que nos dejaran en paz, y por ver si podíamos buscar algún medio de proporcionar á los Padres algún alivio, transigimos con aquella exigencia. Con el hábito era imposible atenderles, pues enseguida que nos lanzábamos á la calle éramos conocidas, y se agrupaban las gentes siguiéndonos, y no nos era posible hacer nada por ellos, pues de todo, y todos se enterarían; y el saber entonces que se les hacía algún bien, era empeorar su situación. ¡Qué gente aquella!

IV.

A los pocos días los trasladan á los Padres al Colegio. Otra vez nuevas necesidades. ¡Empezaban los pobres á estar un poco bien, y los llevan á otra parte, y todo con el fin de hacerlos sufrir más! No tienen otra vez nada, ni ropa, absolutamente nada, ni siquiera quién les dé de comer, porque la gente tenía ya miedo de darles. Viendo su desamparo, no hacíamos más que pensar en ellos, y cómo les podríamos mandar algo, saber de ellos, y cómo estaban. Después de dos días supimos que los pobres apenas comían;

y eso lo que sobraba á los soldados, pues, si no había sobras, se quedaban sin comer.

Vimos á un tal Grimber, extrangero ó, mejor dicho, judío de nación; preguntamos si él iba al Colegio á ver á los prisioneros, porque hay que saber que nuestro colegio sirvió de cárcel á todos los españoles: allí estaban los soldados españoles, allí los empleados civiles y allí nuestros Padres y hermanos que fueron cogidos los primeros y eran veintiuno.

¡Cuánto sentimos entonces (Dios nos perdone, si faltamos, porque grande era la pena que aquel espectáculo nos produjo) no haber quemado el colegio antes de marcharnos, para que no les sirviera á los Padres de prisión, y de alojamiento á tantos bandidos como allí estaban, echándolo todo á perder, sólo por el gusto de hacer mal!...

A este judío, pues, le suplicamos que llevara unas cuantas pastillas de chocolate y huevos para los Padres: había para todos y para quedarse él con algunas: nos dijo que sí; pero el tunante se quedó con lo que quiso, y parte dió á los katipuneros que allí estaban, de modo que los Padres se quedaron sin nada.

Un domingo, después de tanto cavilar y pensar en los medios de hacer algo por los Padres, nos decidimos á ir nosotras mismas al Colegio; pero dispuestas también á sufrir todo lo que nos dijeran, porque mucho malo íbamos á oir, si bien decididas á no hacerles caso. A eso de las ocho, vamos dos con el traje de mestiza, llevando un poco de ropa y dos botellas de vino, resueltas á entregarlo á los mismos Padres. Pero ¿cuál fué nuestro asombro y miedo cuando, al entrar en el colegio, nos vemos cercadas de quinientos hombres que nos seguían por todas partes? Nosotras aparentamos serenidad que no tenía-

mos, y dimos pretesto de que queríamos hablar á Leiva para que no nos atropellaran aquellos hombres.

Leiva estaba con Villa en el salón donde estaban los Padres, repartiéndoles, rato hacía, á su gusto palos, que se oían los chasquidos por toda la casa. Al ver aquello ya perdimos la serenidad; nos arrodillamos pidiendo que los perdonáran. Por aquel día se les perdonó: les entregamos la ropa que llevábamos limpia y recogimos la sucia, marchándonos á toda prisa y sin gana de volver á presenciar aquellas escenas.

Entre tanto las otras hermanas, que se quedaron, estaban guisando la comida para los Padres, y llevársela á la hora de comer: no era buena la comida, porque no teníamos dinero de donde sacar, sólo lo que no entregamos, y lo poco que nos dió un Padre antes de separarnos en Enrile. Hicimos raciones para que hubiera para todos; compramos pan, huevos y unas seis libras de carne y una gallina; y después de arreglarlo como mejor pudimos, lo pusimos en una fiambrera, y el pan y los huevos en una cesta; y á eso de la una lo llevamos al colegio, llevando también platos y cubiertos.

Cuando llegamos al colegio, los mismos hombres y la misma procesión, de por la mañana: nos pedían lo que llevábamos, y que ellos lo entregarían á los Padres; nosotras, previendo que se lo iban á quedar, y lástima entonces de cansancio y de trabajo, dispuestas á arrostrarlo todo, dijimos que no. Los bandidos, entonces, nos dicen que no podemos ver á los Padres sin permiso del Comandante: vamos al Comandante, y nos dice que lo pidamos al juez instructor, el excomulgado Villa.

Fuimos: ¡Jesús! qué palabras tan feas y sucias nos dijo! Por toda respuesta le contestamos que él no tenía que ver nada

con eso, y que nuestra conducta no le importaba; y viendo nuestra entereza, y que aguantábamos todos los disparates y calumnias, y que íbamos resueltas, incluso á pelear con él, cambió de lenguaje y nos preguntó de dónde sacábamos aquellas cosas, si no teníamos dinero: le contestamos (para salir del paso, y sabiendo que él no era autoridad para nosotras) que pedíamos limosna, sin decir cuánto, ni cómo. Nos dijo entonces que por aquella vez nos dejaba; pero para otra vez ya no.

Volvimos al colegio después de tantas estaciones; llegamos hasta la puerta del salón donde estaban los Padres escoltados por trescientos ó quinientos hombres que nos apretaban: los empujábamos sin miedo, diciendo que nos respetaran y abrieran paso. Sino fuera por que era una obra agradable á Dios y por el bien de nuestros hermanos, no pasábamos tantas humillaciones y vejaciones.

Puestas en la puerta, el capitán no nos deja entrar, y nos quedamos á la puerta con nuestra carga; y al poco rato vienen los soldados españoles trayendo á los Padres la comida. Pero ¡qué comida!, la morisqueta en un caldero y los pedazones de carne, como leña, en una palangana: lo mismo que si se hubiese de dar á los cerdos; y los Padres tenían que ir al caldero, y con los dedos sacar la morisqueta y la carne. Aquello nos angustió: entregamos á los soldados la comida que llevábamos y los platos y cubiertos, para que comieran siquiera como personas.

Estábamos esperando que terminaran, para recoger los platos, cubiertos etc. con el fin de que no los cogieran los insurrectos, cuando recibimos una invitación del Comandante que fuéramos á verle, porque él también estaba enfermo.

Pasamos con mucha repugnancia á su habitación; pero, ¡cuál fué nuestro horror, cuando vemos que el Capitán, al en-

trar con nosotras, cerró la puerta! Temblando y sin podernos contener dijimos: ¡no cierren la puerta!; y procurando serenarnos, le preguntamos cómo estaba, qué tenía y si había tomado purga. A todo esto oíamos la voz, pero no vimos al enfermo; y como nos dijo que tenía calentura, y si sabíamos donde habría quinina, le contestamos que en nuestro botiquín del Colegio había, y que iríamos á buscarla.

Salimos, á Dios gracias, de aquel lugar; fuimos al botiquín, aunque presumimos que ya no había; pero eso fué una como excusa para poder salir de aquel sitio que tanto horror nos causaba, temiendo nos hicieran algo. Una vez fuera, no volvimos á aquella casa, sino que tomamos el camino para abajo, y encargamos al muchacho y á los soldados españoles que recogieran todo y nos lo llevaran á casa. Tal fué el horror que nos causó, que hasta en la calle corríamos, creyendo que todavía podían venir detras de nosotras aquellos desvengozados; y sólo cuando estuvimos lejos del colegio, cesamos de correr.

Desde este día ya pudimos mandarles la comida y lo que necesitaban, por medio de los soldados españoles; así es que todo el día, unas se empleaban en hacer la comida, otras en buscar leña, y otras en lavar y coser la ropa que los Padres nos pedían. Por la mañana hacíamos un poco de comida, pan y huevos, y les mandábamos; por la noche, pan y huevos y algunas latas, según nuestros escasos haberes, que, por lo menos, les servía para no morirse de hambre, y dos botellas de vino diarias, mientras había; cuando se concluyó, paciencia.

A nosotras también nos sostenía esta familia con quien vivíamos: parte de la comida lo gastábamos nosotras y parte ellos.

V.

Casi todos los dias venían á vernos unos ú otros katipuneros. No les haciamos caso: al principio por urbanidad nos sentábamos; pero viendo que menudeaban las visitas, y lo insolentes que eran, los despachábamos, diciendo que el Comandante no quería que recibiéramos visitas y que teníamos órden de despacharlos. Así nos dejaban quietas.

Los Padres ya empezaban á estar un poco bien, porque ya encontrábamos medios de irles mandando algo de lo que necesitaban, no como queríamos, sino como buenamente se podía.

Antes que se concluyera el mes de Septiembre llegamos á saber que los iban á mandar á Alcalá: les ponemos en un papel avisándoles, para que lo tuvieran todo preparado y no les pasara como la otra vez; porque ropa, ya no había de donde sacar, ni telas ya se vendían, pues los insurrectos habían robado todo lo de las tiendas. Sin atender á las autoridades revolucionarias, deciamos que queríamos marcharnos á Aparri, para estar más cerca de Manila, cuando hubiera proporción de embarcarnos; pero nuestro objeto era salir de Tuguegarao, y estar en Alcalá, para poder cuidar de los Padres. Llegó el día en que los Padres se iban á marchar, les mandamos aviso, pero nos contestan que no se les había dicho nada, ¡ay, los infelices aún no estaban

convencidos de la crueldad de sus perseguidores! Un poco antes de la hora de marcharse les intiman la orden que se carguen sus cosas para marcharse: era entonces cerca de la una de la tarde; siempre buscaban la hora que más les pudiera mortificar. Aprisa y corriendo se les llevó la comida, que la tuvieron para el barangayán; allí les hicieron esperar á los pobres con aquel sol abrasador á que llegaran los que los iban á conducir.

Nos quedamos solas en Tuguegarao y sin darnos por entendidas. Como por estos días llegó uno de Lal-loc convidándonos para su casa, aprovechamos esta ocasión para pedir pase para ese pueblo. Después de mucho rogar se concedió el pase; preparamos nuestras cosas para marcharnos al día siguiente, cuando á las siete de la mañana del otro día recibimos un telegama del coronel Tirona suspendiendo nuestra marcha; ¡Jesús, cómo nos pusimos!, pero no había remedio; había que tener paciencia y esperar en Dios que nos sacara de tantos apuros en que estábamos. Todo el mes de Septiembre estuvímos en casa de esta colegiala que nos mantenía, según sus escasos recursos lo permitían.

Por Octubre pedimos que nos dieran el Convento para vivir, porque estando allí no tendríamos más necesidad de salir para oir Misa, confesar y comulgar, que lo hacíamos como en tiempos normales. Cuando estábamos en el Convento oíamos la Misa todos los días, pero mientras estuvimos en casa particular sólo los días festivos, por estar lejos la Iglesia; pero la oración y el rezo de comunidad como siempre; la confesión semanal y la Comunión tres veces á la semana y los días festivos extraordinarios. Era un triunfo el poder comulgar; porque el clérigo don Esteban, que era el primero que decía la Misa,

nunca quería dar la comunión; teníamos que esperar á la otra Misa, y en los días festivos hasta cerca las nueve, aún no habíamos comulgado.

Aquí en el Convento ya no nos quitábamos el hábito, porque ya no pasábamos por la calle. Cuando Tirona vino á Tuguegarao dijo que podíamos ir con el hábito á cualquier parte. Una cosa muy chistosa nos pasó con este.

Nos habló de volver otra vez al Colegio; pero habíamos de tenerlo en Alcalá. Por no estar bajo el dominio de ellos, contestamos que no queríamos; que lo que deseábamos era volver á Manila. Nos contestó que «¿por qué cuando estaba el Gobierno español le ayudábamos, admitimos el colegio y enseñábamos; y ahora que es el gobierno filipino, y que VV. deben mirar más por la nación, ahora no quieren enseñar?». A esto contestamos: «El gobierno español no nos daba ni un cuarto; si teníamos colegio, era porque nuestros Superiores, á quienes debemos obedecer, lo mandaban; ahora que nuestros Superiores no pueden mandarnos, porque están presos, no queremos obedecerles á VV.» Tirona contestó literalmente: «no quereis obedecer, pues tendreis que hacerlo de grado ó por fuerza: escojan VV. ó el colegio ó *prisioneras de guerra*». Contestamos: «*prisioneras de guerra*», sin saber, por supuesto, lo que decíamos.

A esto manda Tirona que venga un piquete de soldados para llevarnos á la cárcel. Nosotras, al ver los soldados, y sabiendo las mil barbaridades que habían hecho con varias mujeres á las que habían pegado, desnudándolas antes, nos asustamos, temiendo nos hicieran lo mismo, pues, según decía Tirona, que no nos quejáramos, que en la cárcel se nos había de tratar cual mere-

cíamos y peor, por el poco amor que teníamos á la Pátria, y que teníamos que salir sólo con la ropa puesta. Nosotras dijimos que como prisioneras nos entregábamos, pero no en la cárcel, sino que nos pongan donde estaban nuestras dos hermanas las peninsulares. No quiso, sino en la cárcel. Nosotras, previendo las barbaridades que nos iban á hacer, y que lo del colegio estaba todavía por ver, dijimos que, si las Madres que estaban en Aparri aceptaban, entonces iríamos con ellas á Alcalá; pero que si no, tampoco aceptábamos.

Así se quedó la cosa. Los soldados se marcharon; pero sólo Dios sabe el apuro que pasamos al ver aquella tropa de soldados, y llevarnos á la carcel, y estar entre aquellos bandidos sin temor de Dios y sin conciencia. Ellos lo habrán hecho por meternos miedo; pero tampoco consiguieron lo que deseaban, sino con las condiciones dichas.

Como se trataba de establecer el colegio en Alcalá, los Padres también tenían que moverse: se los trasladó á la Isabela, pues de ninguna manera querían los infames que estuviéramos donde estaban aquellos.

Cuando llegaron á Tuguegarao de paso para la Isabela, nos pasaron recado pidiéndonos medicinas, pues la mayor parte venían enfermos. Mandamos á la botica por medicinas con dinero en mano para pagarlo enseguida; se da cuenta el boticario, Pablo Guzman, de que eran para los Padres, y se niega á darlas, diciendo que no las tiene. Concebimos gran enfado á semejante hombre, viendo hasta donde llegaba su odio contra los Padres, pues ni medicinas para aliviarlos un poco quería vendernos. Ya lo pagará todo el día que Dios le pida cuenta de lo que haya hecho, pero sobre todo de esa falta de caridad.

A los pocos días después de esto se presenta el

padre del boticario, don Vicente Guzman, á visitarnos: estábamos todas sentadas en la caida del Convento trabajando; le saludamos, preguntamos por la familia, y después callamos, porque ya no teníamos que hablar, estando bastante rato calladas. Él viendo esto, lo tomó á mal, se levantó, y dijo: ya que VV. me tratan así, ya no volveré á poner los pies en esta casa; así me pagan todo lo que he hecho y hago por VV. Le dejamos que se marchara, y á la tarde recibimos un volante de la hija también reprochándonos el mal trato que habíamos dado á su padre.

No sabemos qué mal trato sea ese; no le hablamos más que lo de cristiana cortesía, por que bien lo hemos estado viendo lo que ellos eran para con los Padres; y que nos perdonen, pues sabe Díos que nos alegraríamos mucho de poder alabarlos, porque era una familia apreciada nuestra. Para qué habíamos de fingir una cosa contra lo que teníamos tan clavado en el corazón? Así se cortaban las visitas, menos tiempo perdiamos, y que se convenciesen que tampoco nosotras les queríamos tratar, en vista de lo que hacían.

VI.

Pronto se quisieron vengar y darnos un susto mayúsculo. Todas las autoridades vivían en su casa, Leiva, Tirona y otros como ellos. Una tarde, cuando más llovía y no se veía transitar ni gente, ni quilez por las calles, á eso de las seis vemos un quilez que venía en dirección al Convento. ¿Qué querra, y á estas horas, y con este tiempo? Se apea un hombre, y trae un documento disponiendo, que se presente Sor Cruz inmediatamente á la Jefatura, y que, si resiste, será pasada por consejo de guerra.

En seguida Sor Cruz con Madre María se ponen en camino, no sin encomendarse á Dios y á todos los Santos de la corte celestial; y entre tanto las otras hermanas se quedaron rezando el Rosario. Vamos á ver qué querían, aparentando una serenidad que no teníamos; s Dios no nos hubiese sostenido, hubiéramos caído al suelo de lo temblorosas que estábamos. Tirona salió de su gabinete, le saludamos y preguntamos la causa porque nos llamaba; nos contestó que era para hacernos unas preguntas referentes á los frailes, sobre lo que decían de la insurrección, y que al otro día iría también con un notario y esribiente al convento, para preguntar á las otras y formar un expediente contra los Padres. Contestamos: los Padres nunca nos han hablado de la insurrección, ni

nunca les hemos oido nada, y en cuanto á ir el notario y el escribiente, ya pueden VV. ahorrarse ese trabajo, porque nosotras no sabemos ni hemos oido nada; no podemos inventar lo que no sabemos.

Nos dijo que queríamos ocultar los defectos de los Padres. Les contestamos que nada sabíamos y, no sabiendo, no podíamos decir nada. Con esto concluyó el interrogatorio. Después mandó á Sor Cruz que tocara un poco al piano; tocó y enseguida nos retiramos, diciendo que se hacía de noche. El enfado que tuvimos, la manera de dar sustos y la falta de formalidad que tenian en sus cosas nos hacían aborrecerlos á ellos y sus cosas. Todo esto sucedió en casa del boticario.

Volvimos al Convento y encontramos á nuestras hermanas todavía rezando, y que nos esperaban con ansia; les contamos todo, y todas nos enfadamos. Ni al otro día, ni al siguiente fueron al convento á tomar las declaraciones que tenían dicho.

Siempre venían á vernos los oficiales de Tuguegarao: nadie se desmandaba, ni hablaba cosas que pudieran ofendernos. Sólo una vez que fué Villa con otros insolentes como él, empezó Villa á hablar mil cosas contra los frailes, pero tan feas y sucias, que ya no pudimos aguantar, y le dijimos que no viniese á hablarnos de esas cosas, porque no necesitabamos saber nada, y que los frailes sean ó dejen de ser así, no nos importaba, y que si habían de hablar de esa manera, sin tenernos miramiento ni consideración, que no queríamos sus visitas, que se podían ya ir á donde quisiesen, que á nosotras ninguna falta nos hacían. Villa, con ser tan descarado, se acortó, no se atrevió ni siquiera á sentarse, se quedó parado, y, después de un rato de un silencio sepulcral, se despidieron, pidiendo perdonáramos su imprudencia.

Por este estilo había algunos descarados que venían á pedirnos algún favor; les haciamos sí, pero cuando preguntaban por el pago, les contestamos que no queríamos otro, sino que moderaran sus lenguas en hablar contra los Padres y contra nosotras, y les señalábamos: «V. y V. han dicho en la calle esto y esto, entiendan ustedes que no somos el juguete de ustedes.» Se quedaban avergonzados, y delante de nosotras no se atrevían á levantar los ojos, y ya no se oian por las calles aquellas cosas tan indecentes y feas contra nosotras. Por eso llegó á ser un dicho entre los insurrectos que las Madres de Tuguegarao éramos muy valientes.

Ya se vé; éllos eran tan descarados, y querían encontrar en nosotras aquella timidez y miedo de las mujeres cagayanas, que no se atrevían ni á practicar las cosas de Religión, ni á hacer obras de caridad por miedo de ellos; nosotras, con la ayuda de Dios, hacíamos todo lo contrario: no les dejábamos pasar nada, cuando llegaba la ocasión de hablar.

Nos llegaban al alma todas las barbaridades que se decían contra nosotras, y procurábamos con nuestra conducta desmentirlos, y hacer todo el bien que pudiéramos, sin tener miedo de lo que ellos dijeran ó dejasen de decir. En esto estábamos firmes. Nos hacíamos la cuenta: sino salimos por la virtud, por miedo de ellos, ahora que la Religión y los religiosos estan tan abatidos, ¿para cuándo guardamos la virtud? en estas ocasiones se ha de ver si nuestra virtud es oro ú oropel. Además, como religiosas teníamos más obligación de mostrarnos intrépidas, sin respeto humano, mirando sólo á Dios y su honra y gloria: con estas razones nos animábamos.

Tal vez en algunas cosas nos hayamos desmandado en algo, pero será por falta de reflexión; pero siempre con el

deseo de agradar á Dios, salir por su honra y la de los Padres.

En una ocasión estábamos paseándonos en la azotea del convento con otras que habían estado de colegialas, cuando en la calle, muy cerca de nosotras, oimos: «¡Cochina estás todavía con ese hábito?» Nos asomamos para ver quién lo decía, y á quién. Esto se repitió por tres ó cuatro veces. Ya no dudamos que aquello se decía por alguna de nosotras ó por todas, sino que no podían ver á las otras porque estaban sentadas. La que estaba de pié se encara con él y le dice: «Animal, ¿qué tienes tú que ver con nosotras? descarado, otra vez que te atrevas á decir estas cosas lo pagarás bien caro, porque daremos parte al Comandante, para que te castigue como mereces.» Se quedó callado y echó á correr.

Cuando estábamos en el Convento, como no teníamos ni una llave, todo estaba abierto y nos amenazaban escalar el convento. Admitimos dos soldados españoles para que nos guardáran; ellos se quedaban en la caida y nosotras bien atrancadas por dentro,. y los balcones y puertas de la calle bien cerrados, y puestos los pestillos para que por la noche no nos dieran ningún susto: gracias á Dios no se atrevieron á tanto.

VII.

Por Octubre llegó el P. Diez, y le pusieron en el colegio preso. La algazara que armaron por haberle encontrado y tenerle entre sus garras, especialmente un tal Maguigad, no es para dicho. Este Maguigad en una reunión, donde estábamos y estaban muchas personas y colegialas con nosotras, dijo que una de nosotras tenía guardado el dinero del P. Diez. Le contestamos que sí, y si lo quería; se avergonzó y nos dijo que lo decía jugando. De modo que él hacía y decía por avergonzarnos, y resultó, con nuestra aceptación, que él quedó avergonzado. Ya no volvió á echar indirectas ni otras cosas que solía.

Mientras estuvimos en el Convento, nos daban ración de carne para la comida y cena, con orden del comandante Victa, que nos apreciaba, de que nos facilitaran cuanto pidiéramos. El arroz él nos lo mandaba de su casa, y cuando se concluia mandaba más.

Las niñas colegialas, algunas nos daban también limosna, arroz y gallinas; así es que, por la misericordia de Dios, nada nos faltaba, y podíamos dar limosna á las familias españolas prisioneras y á los soldados que no tenían quién les diera de comer, porque muchos principales de Cagayán tenían para su servicio dos ó tres soldados españoles, haciéndoles trabajar todo el día, y no les daban de comer,

así es que su refugio era ir á pedir limosna al Convento.

Al P. Diez también nos enteramos quién le daba de comer: nos dijeron que nadie; que, cuando se acordaban de él, le daban algo, y sino, pues nada. También estaba el Teniente Luna, español, preso con él; y que desde que el Teniente estaba con él, éste repartía con él su comida. Al saber esto, dijimos á los asistentes que llevaban la comida á Luna, que pasaran todos los días por el Convento, y que mandaríamos para el P. Diez. Así lo hacían, é iban por el desayuno, comida y cena.

A los pocos días se marchó Luna para el cuartel, quedando solo el P. Diez; continuamos mandándole la comida por los soldados españoles que venían al Convento, hasta por agua, porque nadie se acordaba del bendito Padre. Esto lo llegaron á saber al poco tiempo las autoridades y comandante; éste, como nos apreciaba, hacía la vista gorda y lo dejaba, así es que nadie dijo nada, ni se opuso. ¡Bendito sea Dios!

El 21 de Noviembre recibimos un volante mandando que todas las Religiosas, sin exceptuar las peninsulares, nos marcháramos á Lal-loc, y de allí á Aparri á recibir órdenes. Muy contentas, fuimos empacando las cosas, pues al otro día á las siete era la marcha. Sólo sentíamos dejar al P. Diez, que no había quién se acordase de él; pero lo recomendamos á una familia, y al Comandante le suplicamos que lo llevara al cuartel con el Teniente Luna, siquiera para que tuviese compañía y no estuviera solo.

Los soldados, á quienes hacíamos favores, vinieron á ayudarnos á empacar nuestras cosas y llevarlas al carretón; ¡pobrecitos, estaban tan agradecidos por lo poco que hacíamos por ellos!

También las familias españolas vinieron á despedir-

nos, acompañándonos hasta el río, y no nos dejaron hasta que perdieron de vista el barangay, y eso que eran las doce del día, hora bien intempestiva y en que más calienta el sol. Todos sentían nuestra salida; pero se alegraban de vernos ya libres.

Para nuestra salida el comandante Victa nos mandó el quilez y el carruaje, para que nos condujeran al río. Cuando ya estaba todo nuestro equipaje en el barangay, recibimos un volánte que se suspendía nuestra marcha, por no haber barangayán que nos llevara; vamos con el quilez á ver al Comandante y saber de quién procedía esa orden. La jefatura la tenían en la casa del Vicario del Colegio; como el Comandante nada sabía, se extrañó, y dió orden al jefe de la Tabacalera que enseguida pusiera á nuestra disposición todos los barangayanes que necesitásemos; así se hizo.

Una vez puestas allí, como el día anterior estuvieron á despedirse algunos oficiales y empleados civiles españoles, y nos rogaron que, puesto que los jefes insurrectos nos apreciaban y respetaban, les pidiéramos por último favor la libertad de poder pasearse é ir por el pueblo, para el Teniente Gonzalez y el Teniente Luna, que eran los ùnicos que todavía estaban presos sin poder salir, aprovechamos esta ocasión, y con súplicas y ruegos conseguimos que se extendiera el pase, como lo pedíamos, para dichos Sres. y del que nosotras mismas fuimos portadoras.

También pedimos ir á despedirnos del P. Diez, que estaba el pobre solo é incomunicado en el Colegio. Iban á acompañarnos dos guardias; pero como sabemos lo que son, que no tienen educación, ni nada, suplicamos al Comandante viniera con nosotras, y como fuimos con él nadie se atrevió á seguirnos. Antes de llegar á la puerta

donde estaba el P. Diez, se entretuvo y nos dijo que pasásemos adelante, y entramos solas, y estuvimos con el Padre todo el rato que quisimos, sin que nadie nos molestara.

Con el Comandante estaba Maguigad y nos acompañó al salir, pidiéndonos mil perdones, pues este era uno de los que más habían hablado contra los frailes y nosotras: él muy bien sabía que estábamos enteradas de todo.

Dimos aviso á las otras hermanas que se habían quedado en la casa, que ya nos podíamos marchar: nos metimos en el barangay, y entre despedidas y que nos traían la comida, para que no nos marcháramos sin comer, se pasó una hora, así es que á la una de la tarde echamos á andar, dejando sumidos en la mayor tristeza á todos los españoles y á algunas colegialas que aún nos conservaban cariño.

Nosotras también estábamos tristes, por dejar á nuestros Padres sin saber nada de ellos y sin esperanza de conseguir su libertad, y de no verlos más hasta el cielo; también lo sentíamos por los españoles que nos apreciaban todos.

VIII.

Emprendimos la marcha contentas y tristes: tristres por lo que ya llevamos dicho, y contentas por que ya nos habiamos de ver libres de aquella vida tan azarosa que llevábamos, pues entre tantas calumnias y deshonras ya no daba gana de nada. Pero éramos religiosas y teníamos que hacer frente á los dardos tan acerados de tantos enemigos, ó ir en favor de la virtud, por más que veíamos que nadie se declaraba por ella; porque los clérigos eran los que más temían, eran los que más cobardes se mostraban. Así que, dejando nuestra honra en manos de Dios, que sabía la verdad de todo, no nos importaba ya nada; sólo cumplíamos el deber de la caridad, y hablábamos mirando sólo á Dios, y que vieran nuestros enemigos que no éramos de su bando.

Toda la noche estuvimos andando. Cuando llegamos á Alcalá, donde estaba el Sr. Obispo y algunos Padres, mandamos á los bogadores que pararan; saltamos á tierra; nadie sabía el camino, la noche oscura, y tropezando y cayendo, pues había llovido, y los que han estado en Alcalá saben lo que es aquello, y cómo son aquellos caminos tan montuosos, que tienen tantas subidas y bajadas, y llegar á hora tan intempestiva, pues eran las 12 de la noche, sin más guía que los perros que nos seguían y

ladraban que era una delicia, los vecinos durmiendo que, si se hubiesen despertado, hubieran creido que los frailes se habían escapado y se habían metido á ladrones para robar al pueblo. Estuvimos andando hasta encontrar el Convento; pero antes tuvimos que pasar á casa del Presidente para que nos dejara ver á los Padres y despedirnos de ellos.

¡Cuál fué nuestra sorpresa, cuando éste nos contestó que se habían marchado también la tarde antes para Aparri!

Nos convidó á cenar, le dimos las gracias, diciendo que ya lo habíamos hecho, y que teníamos prisa por continuar el viaje y llegar á la madrugada á Lal-loc, y de allí á Aparri.

Nos metimos otra vez en el barangayán, y continuamos el viaje, llegando á las 6 de la mañana á Lal-loc. Desembarcamos, y fuimos á ver á Tirona; éste nos dice que teníamos que presentarnos al *Vicario General Castrense*, (que era el célebre Aglipay) y que éste en compañía del Sr. Obispo nos dirían lo que teníamos que hacer.

Nos desayunamos en casa de una colegiala, y volvimos á continuar el viaje. Cuando bajamos del convento de Lal-loc, donde Tirona tenía su jefatura, nos encontramos en el camino con los Padres; pero ¡cómo iban los pobrecitos! No se les conocía, por lo extenuados que iban: bajamos los ojos al suelo para no poder verlos, y para que nuestra emoción no nos vendiera, pues hubiéramos querido ir á besarles la mano, sino temiéramos que los pobres lo pagaran por nosotras: no quisimos hacerlo.

Llegamos á Aparri á las 10 de la mañana, encontramos á nuestras hermanas que nos estaban esperando, pero veníamos tan sucias, que dábamos lástima, porque el camino es-

taba tan malo y lleno de barro, que algunas se cayeron al bajar del barangay.

Aquí encontramos al célebre Aglipay con su traje de paisano, que creíamos que era un cualquiera. La primera cosa que nos preguntó fué donde queriamos ir; le contestamos que á Manila. Nos dijo que ya no había Sta. Catalina, le contestamos que en ese caso queríamos irnos á nuestras casas; pero á todo trance á Manila, y allí veremos lo que vamos á hacer.

Por la tarde, al anochecer, vino el Sr. Obispo acompañado de Aglipay; nos dejó á solas con el Sr. Obispo, y éste á todas nos habló en particular. Nos rogaba que nos quedáramos en Vigan, que al poco tiempo éllos irían allá, y que allí estarían todos los prisioneros; que nos quedáramos para salvar la vida de tantos ministros de Jesucristo como había prisioneros, y que de nosotras dependía el que los trataran más humanamente. Al oir esto, aunque indignas, y de ver que Dios se quería valer de nosotras para tan grande obra, contestamos que nos quedaríamos, con tal de salvarlos, y que si fuera necesaria la vida, hasta la vida daríamos, y con tal que estén bien, estaríamos hasta el fin del mundo en poder de aquella gente.

Pero ¿y si estos no cumplen lo prometido, qué haremos? Si todo lo que dicen lo hacen por engañar, como lo han hecho muchas veces, y si ustedes se marchan, ¿cómo vamos á quedar en poder de unos hombres sin religión, sin más norma de conducta que sus pasiones? A todo esto nos contestó el Sr. Obispo: si ustedes ven que no se cumple con lo prometido, entonces ustedes se marchan; pero si nosotros salimos primero, yo no salgo sin sacar antes á ustedes. Prometimos quedarnos, y contentas

de hacer algo por Dios, sólo por agradar á Dios y darle gloria.

Al otro día fuimos nosotras á ver al Sr. Obispo y demás Padres: los pobres todos rogando lo mismo, que nos quedáramos. Todavía les dijimos: no sea que nuestros Superiores, como ellos son los que nos llaman, nos tengan por inobedientes, y cuando queramos volver nos echen de la Orden. A esto nos contestaron: los Superiores, en cuanto sepan que ustedes se han quedado por caridad y por salvar la vida de tantos prisioneros como estamos, lejos de disgustarse, se alegraran. Además el señor Obispo queda encargado de escribir á Manila á vuestros Superiores. Todo esto nos decían algunos PP. Agustinos que nos rogaban hasta con lágrimas en los ojos; nosotras les decíamos que contentas nos íbamos á quedar, con tal de mejorar la situación de todos.

Allí estaba Aglipay con su teje maneje de firmas y escritos, diciendo que iba á hacer mucho, y nada hizo, como se vió después.

Nos marchamos á nuestra casa, y á la tarde volvió el Sr. Obispo para despedirse por última vez de nosotras; venía acompañado de Aglipay, y después llegó Tirona que, sin saludar al Sr. Obispo, le echó una mirada de fuego. A pesar de la gente que había, nos arrodillamos para besarle el anillo y pedir por última vez la bendición. Enseguida nos marchamos para el barangayán que nos había de conducir al vapor.

Cuando nos despedimos del P. Diez, en Tuguegarao, recorrimos el colegio; pero ¡cómo estaba! En los pisos bajos, en las clases y en el recibidor había caballos, y parte del embaldosado estaba levantado; de los escritorios hicieron pesebre para sus caballos; no estaban las mesas de mármol; la

mayor parte de las sillas estaban en casas particulares; los aparadores, los de las Madres, no estaba ninguno, ni las mesas tampoco; de los que tenía el Colegio para las niñas ya estaban arrancadas las puertas, hicieron leña de ellas. El Colegio puerco; más limpia estaba la calle; no parece que vivían personas, sino animales, de la suciedad que había.

IX.

LLEGADA Á VIGAN.

Llegamos el 26 de Noviembre, entre 5 y 6 de la tarde, y nos alojaron en la casa de Siquía, un rico de allí; porque el Colegio estaba ocupado por la tropa revolucionaria. Aquí había tranquilidad, pero mucho miedo á los revolucionarios; tanto que la gente del pueblo apenas se atrevía á salir.

En cuanto supieron las colegialas que residían en Vigan, que las Madres habían vuelto, enseguida fueron á vernos las que tenían las casas cerca de la en que vivíamos; muy contentas las pobres, y dicen que no hacían mas que rogar á Dios porque las Madres volvieran á ocupar el Colegio.

Al otro día por la mañana recibimos un volante de los Padres; pero, como había muchas visitas, no pudimos enterarnos de quien era, y de donde venía, y quien lo había traido; así que se desocupó algo aquello vimos de

quien era, y nos enteramos con gran placer que venía de nuestros Padres y hermanos. Preguntamos quien había traido aquello, nadie sabía darnos razón. En el volante nos suplicaban si podíamos darles la comida, porque, como ellos no eran de aquel Pueblo, nadie los conocía, y que ellos eran los únicos que no tenían quien les diera de comer. Pero no decían donde estaban.

Nosotras, al ver esto, procuramos indagar donde estaban los Padres, y nadie sabía darnos razón, pues la tarde antes habían llegado, casi igual que nosotras. Sin embargo dimos dinero á una familia, para que, por aquel dia, comprara algunas latas y se las mandara, entre tanto que hacíamos diligencias para ver de encargar á alguna persona piadosa de la comida de los Padres, pues nosotras, como estábamos de huéspedes, no nos estaba bien el molestar á una familia, que ni siquiera la conocíamos.

Al otro día volvimos otra vez á recibir otro volante. Entonces ya nos decían con más claridad donde estaban, y nos preguntaban si les podíamos dar la comida, y que aquello lo habían hecho sabiéndolo el Capitán. Nosotras, contentas al saber aquello, y de ver que Dios se valía de nosotras para tan grande obra, único fin porque nos quedamos, dijimos que sí; que de todo corazón, y no sólo á darles la comida, sino todo cuanto necesitaran, y que si bien estábamos pobres, pero pediríamos limosna, con tal de que á ellos no les faltase nada..

Encontramos una persona tan buena y piadosa, que se quiso encargar, mientras estuviésemos de huéspedes en aquella casa, donde estuvimos unos ocho ó diez días. El 27 de Noviembre, al otro dia de nuestra llegada, vinieron á vernos muchos oficiales revolucionarios: nos felicitaban por

nuestra llegada y nos preguntaban qué queríamos; nosotras, por toda respuesta, contestábamos que procuraran que cuanto antes se desalojara el Colegio.

Aglipay nos acompañó hasta Vigan, y después se marchó al vapor, para conducir á las otras Madres á Manila, y á dar lección de inhumanidad á Aguinaldo, como después se verá.

El domingo fuimos á misa, y enseguida quisimos ver el Colegio, cómo estaba. ¡Jesús! todo lo poco que en él había, como unos seis ó siete catres, estaban todos echados á perder; las ventanas estaban quitadas las barandillas de hierro; parte del quízame de algunas celdas, quitado; los escritorios deshechos, y parte de las mesas del comedor, lo mismo: se conoce que todo lo iban sacando para leña; porque todo tenían el gusto de destruirlo, como hicieron en todas partes: era un gobierno destructor.

Cuando nos volvíamos de la Iglesia, encontramos en el camino al presbítero don Enrique del Rosario: le dijimos que queríamos ver á los Padres; que nos enseñara donde estaban. No dijo ni sí ni nó; se encojió de hombros: nosotras, al ver esto, como no sabíamos ni siquiera por donde andábamos, ni donde estaba el Seminario, tampoco conocíamos que gente mandaba en él, no sea que en lugar de entrar en un sitio entremos en otro y vengamos á caer en manos de insurrectos, no nos atrevimos á pasar adelante: nos quedamos sólo con el deseo. Si hubiera sido como el Colegio de Tuguegarao, que sabíamos las andadas, nada nos detiene, ni buenas, ni malas caras de los clérigos. ¡Cuántos desengaños hemos tenido de éstos; creíamos que eran unas personas buenas, y nos encontramos con que eran los peores y más encarnizados enemigos de los Frailes, como los fuimos viendo despues con ¡dolor!

Nos volvimos á casa, siendo visitadas diariamente por las colegialas, que nos regalaban muchas cosas. Todavía en estas jóvenes veíamos el amor á sus curas Párrocos, y que se conservaban tímidas y recogidas, de suerte que apenas se atrevían á salir de casa. A los bailes, que había todas las noches, sino en una casa en otra de los principales ricos, estas jóvenes nunca querían ir; y bailar, menos: dicho por los mismos insurrectos. Pero no pasó así despues, como iremos diciendo.

El 29 de Noviembre recibíamos un volante del coronel Alejandrino, ordenando que se personara la Superiora en la Jefatura Militar, para darle una orden del Gobierno revolucionario en favor de las religiosas: fuimos para ver que orden era esa, pero no sin mucho sobresalto, temiendo siempre lo que son ellos. Nos leyó un telegrama de Aguinaldo en el que nos felicitaba, y mandaba que las Autoridades, tanto civiles como militares, respetaran á las religiosas en sus dichos y hechos, y que no se las molestara en nada. Gracias á esta orden, nadie se atrevió á propasarse; éramos respetadas; y pudimos, con el favor de Dios, hacer lo que hicimos por los Padres.

A D.ª Sixta, que fué la que sacó las Madres de Cagayán, por mandado de Aglipay se la obligó á desembarcar en Vigan, y, sin poder hablar con las Madres, se la obligó á quedar allí detenida, hasta recibir órdenes de Aguinaldo, segun decían. Todo era obra del primer revolucionario, Aglipay, el enemigo disfrazado y más encarnizado de la Religion y de los Frailes, que todo lo que se diga de él es poco, como lo fuimos conociendo despues.

Se la intimó la orden, al otro dia de nuestra llegada, de quedar en el cuartel detenida, hasta nueva orden. El Capitan que llevó esta orden no quería, en manera alguna,

dejarla con nosotras; pues, qué hacemos? Sabemos que Alejandrino es pampango: pues va la Madre pampanga con otra, y entre las dos ruegan que dejen á D.ª Sixta con nosotras, que allí sea su prision, que nosotras responderemos con nuestras cabezas por ella; le hicimos ver ¿qué sacaban ellos con aprisionar á una mujer? y que era una vergüenza para una nacion que sus mujeres estén presas; que eso lo hace sólo el gobierno filipino. Él, en vista de lo qué se decía, y de ver que las Madres se lo pedían, dijo que sí; y mandó un recado al Capitan que se volviera.

¡Pobre Sixta! élla por sacarnos, se quedó presa, y la hicieron ir por tierra hasta Malolos, como si fuera criminal! Todo obra y encarnizamiento de Aglipay! En la presencia de Dios nada estará perdido; todo allá se encontrará: ella encontrará su premio, y él y ellos su castigo merecido.

X.

El tres de Diciembre fuimos al Colegio, para quedarnos en él. El primer dia, ni luz teniamos; tuvimos que pedir prestado, por allí, un quinqué; y de comer y cena nos dió, de limosna, una familia, porque no teníamos siquiera donde hacer la comida. El Colegio sin ninguna llave para nuestro resguardo: asi es que mucho miedo teníamos ocho mujeres solas; pero Dios nos guardaba.

Nos pusieron guardias; pero éstos, en vez de defender la casa, por la noche subían, cuando estábamos cerradas en las celdas, y sacaban de la despensa lo que nos regalaban y se lo llevaban á sus casas: por eso procuramos buscar candados y ponerlos, y enseguida echamos á los guardias, porque eran los más ladrones. Estuvimos esperando, todo el dia cuatro, que nos fueran trayendo las cosas del Colegio, sobre todo alguna lámpara para la luz, y algunos sillas para sentarnos; lo mismo el dia cinco, pero nada traían.

Entonces ya el general Tinio estaba de vuelta: fuimos á verlo, y le dijimos nos mandara sillas y alguna lámpara, pues el Colegio estaba sin ninguna, y nosotras vivíamos á oscuras; él enseguida mandó que nos mandaran las sillas que había depositado, procedentes de los españoles, y dos lámparas: con esto ya tuvimos para ir pasando. También dió orden al Presidente Local que nos diera todo cuanto necesitáramos; nos mandaban arroz, carne, y todas las cosas para cocer y guisar; también le mandó que pusiera un bandillo ordenando que todos los que tenian algo del Colegio, lo devolvieran.

Fueron trayendo dos ó tres sillas rotas, los catres de las Madres, algunos aparadores de las mismas, la Virgen y los demás Santos para la capilla, la cual fuimos arreglando poco á poco, para no tener más que salir para oir misa. Todos los dias, mientras no teniamos arreglada la capilla, íbamos á misa á la Parroquia, nos confesábamos en ella con don Enrique, y comulgábamos: aqui todos los sacerdotes, enseguida que pediamos comunión enseguida nos la daban; no nos hacían esperar, así es que para antes de las siete ya estábamos de vuelta.

Desde que nos instalamos en el Colegio ya pudimos no-

sotras mismas encargarnos de la comida de nuestros Padres, y hermanos; y ¡con que gusto lo haciamos, habiendo sufrido ya tanto los pobres por Dios! y ¡que consuelo el nuestro el poder hacer algo en favor de ellos, también por Dios! Les mandábamos desayuno, comida y cena. El Seminario está á dos pasos del Colegio.

Después de ocho días quedó arreglada nuestra capilla, y puso el Santísimo don Enrique, y él mismo venía á decirnos misa todos los días, y también con él nos confesábamos. Desde este dia ya no salimos del Colegio. Rezábamos de comunidad, hacíamos oración y la misa la teníamos á las seis, antes el rezo y oración; comunión la teníamos tres veces á la semana: en fin todo como acostumbramos.

El dia 14 se nos presentó el Comisario de Guerra, hombre bueno y pacífico, que quería mucho á los Padres, y que á su costa les daba de comer. Nos propuso que si queríamos encargarnos de la comida de los 11 Padres agustinos, por que á él se lo habían prohibido, y le iban á quitar el mando, por tratar bien á los Padres, y aunqne sea ayudando él en algo, á escondidas, pero que nadie lo supiera. ¡Jesús! nosotras, que no deseábamos otra cosa que poder hacer bien á todos los ministros de Jesucristo, y que queríamos ir á favor de ellos, puesto que todos, por miedo unos, y otros por odio, nadie quería hacer por ellos é ir en su favor, contestamos que corría por nuestra cuente la manutención, no solo de 11, sinó de 60, si hubiera habido.

Lo que sólo sentíamos, era no tener dinero de que disponer, para proveerlos como se merecían, sino, como pobres que éramos, con pobreza y hasta con miseria; pero muy buena voluntad, queriendo que nos faltara á nosotras más que á ellos, porque los pobres pasaban muchas necesidades; espe-

rando sí mucho en Dios que no nos iba á faltar nada; como hemos visto su Providencia y el cuidado que tenía de nosotras. Desde este dia ya no eran 3, sinó 14 los Padres de quienes cuidábamos.

Algunas veces mandábamos al muchacho, para que fuera á ver al Comisario de Guerra, si tenía algo que dar; pero no pasaba por la puerta principal el muchacho, sino por la puerta falsa, y eso á las oraciones, teniendo que dar sus rodeos antes de llegar á casa: siempre traía algo. Así estuvimos mandándoles hasta el dia de Pascua, dia memorable para ellos y para nosotras.

El dia de la noche-buena hicimos una comida espléndida, pero de vigilia; había buen pescado, que nos regalaron, y, por variar, á los pobres les dimos; hicimos dulces, para que disfrutaran algo de la gran fiesta que la Iglesia celebraba, en la prisión. Nosotras procurando endulzarles lo que podíamos, para que no sintieran tanto la prisión. Pero había enemigos que procuraban, precisamente en dias tan alegres, amargarles todo lo que podían, y hacerles el sufrimiento más doloroso.

Aglipay ya estaba de vuelta de Malolos, y verán lo que hizo; porque sólo un corazón, como el suyo, es el que tuvo valor de dejar padecer á unos seres inocentes, á unos Ministros de Jesucristo y á unos religiosos que no tenían otro pecado, que ser religiosos.

El 21 los trasladaron al cuartel, y los pusieron en el piso bajo, que era una habitación pequeña, que apenas cabían de pies. Parte del suelo estaba embaldosado y parte era tierra húmeda: no todos podían acostarse, así es que se iban cambiando, unos se acostaban un dia, y otros otro: toda la noche y todo el dia los pasaban sentados ó de pié: en fin, era un verdadero ca-

labozo, y si hubieran aqui durado los Padres, se mueren todos.

Antes de esto ya había llegado á oidos de los clérigos que las Madres daban de comer á los Padres; algunos de ellos nos lo preguntaron á nosotras: contestamos que sí; y para qué íbamos á negar? nos dijeron si teníamos permiso: también dijimos que sí, y que lo teníamos de todas las Autoridades; así es que entre ellos se habló que teniamos permiso de Aguinaldo. Los dejamos que hablaran lo que quisieran, pero ya no nos gustó aquello; sin embargo continuamos mandándoles la comida á los Padres.

La víspera de Navidad por la noche hicieron pasar por las calles una procesion cívica, segun ellos decían: venía un fraile, ó mejor dicho, un *tao* disfrazado de fraile, el cual sobresalía mucho, y llevaba un letrero que decía:—«Felices Pascuas á todos, menos para mí.» Esto lo hicieron pasar muchas veces por donde los Padres estaban presos, para escarnecerlos más y reirse de ellos. ¡Infames!

El dia de Pascua por la mañana recibimos muchos regalos para el desayuno: todo lo mandamos á los Padres, sin saber nada de lo que les iba á pasar al medio dia. Las personas buenas y piadosas, viendo que ellas no les podían mandar directamente nada, nos mandaron para que nosotras seamos las que mandáramos á los Padres: mandaron buena comida, dulces, chocolate y un poco de dinero, medio peso para cada uno, no sea que dándoles más, se los quiten los guardias.

Todo estaba preparado, y cuando mandamos la comida, en seguida vuelven otra vez los criados diciendo que no les permiten la entrada; ¡que disgusto el nuestro! Suplicamos á los guardias; éstos nos contestan que tienen orden del Capitan; apelamos al Capitan, y él mismo

*

en persona viene á darnos satisfacción, haciéndonos saber que era una orden del Coronel Alejandrino, y que él no podía traspasarla: ya ven VV., nos dijo; hasta ahora yo fuí el que consentí que los Padres pudieran acudir á VV., y cuando me decían algo, á todos contestaban que, sí lo hacían VV., era porque tenían permiso de Aguinaldo. Escribimos al Coronel; éste nos dice que el Vicario Castrense era el que tenía que ver con los frailes, que él no se metía para nada.

Nosotras, viendo esto, lo tuvimos que dejar; pero mil tentaciones tuvimos de ir nosotras mismas á llevarles la comida, y que nos pegaran y pusieran presas, si querían; pero, acordándonos no sea que los pobres Padres lo pagaran y los llevaran á otra parte, donde no pudiéramos verlos más, ni saber más nada de ellos, nos contuvimos. De modo que los pobrecitos estuvieron más de 24 horas sin comer: gracias que para el desayuno les habíamos mandado todo lo que pudimos.

A la tarde se presentó Aglipay; nosotras, no creyéndole tan malo, ni que tuviera tan mal corazon, le contamos lo que pasó al mediodia, y además el porqué tenían á los Padres en aquella habitación tan reducida: á todo se escusó, diciendo que él no sabía nada, que la culpa de todo la tenía el Coronel Alejandrino. Nosotras le creimos con cucharon y cuchara: éramos todavía inocentes, no le conociamos bien, ni sabiamos la maldad ni el rencor que él guardaba en su corazón contra los frailes, como fuimos viéndolo despues, cuando se quitó la máscara. Ni por esas escusas que él hacía, culpando al otro, le dejábamos de rogar que quitara á los Padres de aquella habitación, y que los volviera al Seminario: lo pediamos, unas veces rogando, y otras llorando.

Al fin, la víspera del año nuevo, tenemos el gusto de saber que los trasladarían otra vez al Seminario; dimos mil gracias á Dios, y á él, por el favor que nos hacían. Una vez puestos aquí los Padres iban á estar mejor, como así fué, pues estaban encargados al P. Rector don Cosme Abaya, que era un sacerdote bueno. Aquí, sino mandábamos la comida, ellos podían comprar lo que querían y mandaban con un vale á que nosotras lo pagásemos. La lavada y medicinas también estaban á nuestro cargo.

XI.

Por las Pascuas recibimos muchos regalos, y las Hijas de María hicieron una suscripción, en la que tomaron parte hasta á las jóvenes de los pueblos, para que dieran una limosna á las Madres. Se llegó á reunir unos $ 250, que nos fueron dando, segun iban recibiendo, y servía para nuestros gastos.

El gobierno revolucionario cesó de darnos la comida; todo quedó á cargo nuestro, pero Dios tenía el cuidado de proveernos, enviándonos de varias casas lo que necesitábamos, aún sin pedirlo, sobre todo una familia, la de Arboleda, que todos los días nos mandaba una cosa ú otra; y muchas veces, cuando nos hacía falta algo, allí recurriamos. Las limosnas las recibiamos por medio de Aglipay.

Pedimos á don Enrique, que era el cura de la Catedral

de Vigan, lo que tuviera en su poder y fuera de nuestra pertenencia; pues fué él quien quedó encargado de todo lo del Colegio, cuando lo tuvieron que abandonar las Madres, y á él también le habían entregado éstas todas las telas, por valor de $ 500. A todo se negó, diciendo que no había visto nada, que las telas se las había comido el anay, y que sólo quedaban unas seis ó siete piezas, y esas mediadas. Eso fué lo único que nos mandó; pero supimos por el pueblo que su familia se estuvo haciendo ropa, y que también lo vendían á buen precio; pero nada se dió á nosotras. Hasta el camarin de maderas que había en el Colegio, toda se lo llevó él, y sirvió para arreglar su casa; el palay y demas comestibles también los llevaron. Ellos veían que nosotras estábamos en la mayor miseria, y no eran capaces de mandarnos nada.

Esto nos dolía, viendo que el que hacía estas cosas era un sacerdote, una persona que debía tener conciencia, una persona que debía ser afecta al Colegio; y se vió con dolor, que todo lo que él se llevó, todo quedó perdido para el Colegio; y lo que llevaron personas particulares, todo lo devolvieron sin faltar nada. Tanto se disgustó este sacerdote con nosotras, que hasta prohibió á su familia que fuera á vernos, sin duda porque le reclamábamos lo que era nuestro.

Despues de la fiesta de Reyes llegó don Rafael Estrada, para ser Vice-Rector del Seminario, y capellan del Colegio. Venía á decirnos misa, y nos confesamos semanalmente con él: en lo demás, pocas palabras y relaciones frías con él, y lo mismo con los demás sacerdotes seculares, porque nos dolía mucho ver lo mal que se portaban con nuestros Padres y hermanos, y que les daba en rostro lo poco que por éstos haciamos.

También las clases del Colegio se abrieron al otro dia de Reyes. Entraron 10 internas, y 12 externas. De las 10 internas, sólo pagaban cinco, las otras gratúitas. Muchas querían entrar, pero sin pagar; nosotros no podíamos hacer eso, porque ¿de dónde íbamos á sacar para comer? Ni siquiera para hacer labores se las podía admitir, porque nadie encargaba nada. Estuvimos así hasta Junio, que fueron examinadas del 2.° curso, y cerramos las clases, porque ya pensábamos salir, y además, aunque quisiéramos continuar el 3.er curso, no teníamos libros.

La clase de Moral é Historia Sagrada venían á explicarla don Rafael Estrada, mientras fué capellan, y después don Manuel Roxas, cuando lo fué; pero siempre estaban vigilados por una religiosa, como siempre acostumbramos en nuestras casas, y más con ellos, aunque no sea más que por que no hablen á las niñas lo que no deben.

Criadas no teníamos, sino dos chiquillas; criados tampoco, porque en Vigan, todos hasta los más pobres, estaban calzados y de saco, y nadie quería servir. Los que servían en las casas, hasta en las más pobres, eran españoles.

Nosotras también admitimos dos cazadores, siquiera para que nos limpiaran la casa y sacaran agua del pozo; pero, al poco tiempo, los clérigos trajeron dos muchachos de ellos, por mandado de Aglipay, y despachamos á los españoles. A estos dos muchachos les pagábamos $ 2 á cada uno, y todavia descontentos; no querían trabajar. Despues supimos el objeto que tuvieron, con ponernos estos dos muchachos, pues todas las noches, cuando estos se retiraban, les preguntaban quién entraba y salía del Colegio, qué visitas tenían las Madres, qué cosas mandaban á los Padres, y otras preguntas por el estilo. Gra-

cias á Dios, por más que ellos procuraban indagar nuestras vidas, no encontraban nada reprensible, y sí procuraban decir que nuestras acciones eran reprensibles, pero no podían decir en qué. Nosotras sí de ellos sabíamos y veíamos cosas que nada nos gustaban; y no queríamos que en el Colegio hicieran ellos lo que hacían fuera.

El clérigo Aglipay, como venía á vernos con frecuencia, dos ó tres veces por semana, y era bastante traviesillo, siempre quería estar hablando á solas con las niñas cosas que á ninguna de nosotras gustaba; y además, cuando él veía á alguna Madre en la celda, y que estuviera la puerta abierta, enseguida se colaba dentro. Nosotras le decíamos que en las celdas nadie entra; conque así afuera; V. no debe hacerlo; y cerrábamos enseguida la puerta. Procurábamos vigilarlo, no permitiendo, ni que las niñas le hablaran á solas; muchas veces, cuando estaba de visita, á lo mejor se levantaba y, sin decir nada, se metía en los rincones, donde las niñas estaban; nosotras le seguíamos sin dejarlo.

Muchas veces en estas visitas le preguntábamos cuándo traían al Sr. Obispo y demás Padres á Vigan; nos contestaba que pronto, péro que tuviéramos paciencia, porque con el Gobierno se tiene que ir poco á poco, para no echarlo á perder. Le decíamos que procurara hacer que fuera pronto, porque no sea que tengamos que esperar hasta el dia del juicio con esa tardanza.

Otras veces venía furioso, hablando contra los frailes y el Sr. Arzobispo: decía que los Provinciales de todas las Comunidades con el Sr. Arzobispo eran los que lo echaban á perder todo, escribiendo contra el Gobierno; que aquellos no se acordaban que tenían prisioneros con quienes poderse

vengar el Gobierno; que tanto los frailes como el Arzobispo se habían vuelto herejes, por ir á favor de los americanos; que á éstos les enseñaban cómo se les iba á atacar; que el Arzobispo, en lugar de hacer la entrega á los filipinos del Gobierno Eclesiástico, se lo entregaba á los americanos- «No deben VV. obedecerles, nos decía, porque son unos herejes.»

Nosotras le contestábamos: ¿Quién es V., para poner su lengua contra el ungido del Señor, y contra sus Ministros? ¿Quién es V., para calificarlos de herejes? Si la plaza se entregó á los americanos, fué porque éstos son los que entraron en Manila; y además, ni los frailes, ni el Arzobispo han tenido que ver con eso; en todo caso, el Capitan General sería el responsable. Además; ni el Arzobispo, ni nadie enseña á los americanos cómo han de atacar: eso no lo pueden VV. saber; pero ni siquiera se les ha pasado por la imaginación; ni ¿cómo han de querer la destrucción de unas provincias que tantos sudores les han costado? No; eso no es posible; no lo creemos, ni lo podemos creer, aunque queramos. ¡Que viles son VV. en vengarse de los prisioneros, gente indefensa que no les ha hecho más que bien, como VV. mismos lo dicen!

Obedecer, siempre obedeceremos á nuestros Superiores; porque ellos son nuestros legítimos Prelados. Concluíamos diciéndole: «mire V., no hable mal de los Padres, ni del Arzobispo, porque á todos los que pongan su lengua contra ellos, los odiamos.»

Otras veces, como siempre nos volvíamos hienas ó tigres cuando se decía algo contra los Padres, nos decía: «VV. también son muy fraileras, españolas y americanas». Sí señor, le contestábamos, somos españolas, porque todo lo debemos á España: por consiguiente ella es nuestra

Madre, y no queremos ser como VV., hijos desleales y desnaturalizados, que se han levantado contra su Madre. Somos fraileras, porque á los frailes debemos todo lo que somos; el ser de cristianos y, en fin, todo lo que somos espiritualmente. Eso de americanas ya es otra cosa; nada debemos á los americanos, ni tenemos porqué quererlos; pero si hubiéramos de quererlos, sería para que vayan contra VV. y que paguen su pecado; que les pongan yugo de hierro, ya que sacudieron el de España; que les hagan tirar de los carros y otras mil cosas, por ingratos y rebeldes contra su propia Madre. ¡Ay P. Aglipay! convénzase V. que VV. no ganarán: 1.° porque VV. van contra la Religión; á los ministros de Dios los han maltratado VV., y esto no lo reconocen; V. el primero, por este solo pecado, más que nadie merece un castigo, que el infierno solo es poco suficiente para castigarle; ¿y lo que V. habla contra ellos y contra el ungido del Señor, culpándoles pecados que nunca los han hecho, y esto diciendo en presencia de gente sencilla é ignorante escandalizándolos? ¿Qué no merecen VV. por todo esto? Acuérdese V. que tiene un Dios, á quien tiene V. que dar cuenta, y tal vez más pronto de lo que V. cree. Por todas estas cosas Dios les tiene que castigar, y no puede hacer que VV. ganen, porque Dios no protege lo malo.

XII.

Por más propósitos que hacíamos de no contestarle, acordándonos que era sacerdote y se le debía respeto, pero como su conversación favorita era el hablar contra los frailes y contra el Arzobispo, nosotras no podíamos sufrir que en nuestra presencia se dijera y se hablara de aquella manera: íbamos á favor de la verdad, para que se convencieran de una vez que nosotras no participábamos de sus sentimientos. ¡Cuántas veces tenía esto lugar en presencia de seglares! Tal vez lo hiciera para ver qué contestábamos; nosotras, sin poder aguantar, no tolerábamos nada, no guardábamos ya prudencia; pues él era tan descarado, pues nosotras, desvergonzadas, íbamos á favor de los Padres, y les decíamos: «si VV. creen que son tan malos los frailes como lo dicen, pues V. y todos son peores y pésimos; pues lo que vemos en VV. nunca hemos sabido de los frailes. Todos los defectos que VV. dicen de ellos son inventados y soñados por VV.»

Hasta nos dijo un dia que los Cánones estaban mal, porquè los Cánones los hicieron italianos y españoles, y no tuvieron cuenta de los filipinos; le contestábamos: ahora sí que es V. un hereje y excomulgado; calle por Dios, porque cuanto más hable, caerá en más errores; no se meta V. á enmendar la plana á nadie, porque es V. el más ignorante que hay; no atribuye V. pasión, como lo dice, á

los que los han hecho: V. es el apasionado; y no ve lo que conviene.

Un dia, entre todas, le cogimos, porque supimos que habían maltratado al Sr. Obispo. Empezamos á llorar y á decir que si no se cumple lo pactado, qne nos marcharíamos á Manila; ¿quiénes son VV. para maltratar al Sr. Obispo? ¡Fuego del cielo ha de bajar sobre ustedes! Si Dios se contiene, es porque sus Ministros están todavía allí, y porque hay todavía personas buenas que detienen su brazo; ¡y luego, con estas cosas, quieren que Dios vaya á favor de VV., quieren la independencia! ¡desdichados! Lo que VV. verán es el brazo de Dios vengador sobre VV.

Él se enfadó mucho, y nosotras peor; nos contestó que el Sr. Obispo le había encargado de nosotras; que él era nuestro Superior; y que, si él no quería, no podríamos salir. Le contestamos: no le queremos, ni puede V. ser nuestro Superior; V. es un excomulgado, un rebelde. Nosotras no estamos sujetas, sino á Superiores de nuestra misma orden: por consiguiente, ni al mismo Sr. Obispo estamos sujetas: saldremos el dia que queramos, y V. verá, si somos ó nó mugeres. No nos presten auxilios; pueden hacer lo que quieran: nosotras saldremos y llegaremos á Manila; sino se puede por mar, por tierra, y, aunque sea pasando por el mismo infierno, lo haremos: y todos verán el cómo cuida Dios de lo suyo. Este dia nō salió humilde, como otras veces; salió disgustado: parece que estaba borracho.

En una ocasión nos dijo que nos iba á mandar comisionadas á Roma, para que habláramos por el Clero filipino; le contestamos que sí. A esto nos dijo: VV. no han de decir más que lo que les digamos; nosotras les contestamos: eso no puede ser; allí se tiene que hablar en conciencia, y lo que la conciencia dicta; cuando nos pregunte

el Papa por el Clero filipinos, le diremos: «Beatísimo Padre: el Clero filipino es lo que está peor, comenzando por el Gobernador Eclesiástico y acabando por los demás; los clérigos asisten á bailes, y ellos también bailan con mugeres; siempre están de convites, y siempre donde hay jóvenes y solteras; juegan hasta las mil y quinientas, y al otro dia á decir misa, sin preparación ninguna; y, entre ellos, el primero que falta es el Gobernador Eclesiástico: conque, Santísimo Padre, este es el Clero filipino vea V. S. lo que es, y lo que con el tiempo será. Así vamos á hablar al Sto. Padre de ustedes: diremos nada más la verdad; no podemos decir otra cosa ni lo contrario, porque sería una mentira, é iríamos contra nuestra conciencia». A esto nos decía él: «entónces, si así van VV. á hablar, en lugar de arreglar la cosa, lo desarreglarían, y echarían por tierra todos nuestros planes».

No sabemos porqué todavía nos quería hablar; no había vez que no saliera él humillado, porque nosotras no le dejábamos pasar nada, sobre todo en lo referente al señor Arzobispo y frailes; y que nadie iba á favor de ellos, por miedo; nosotras, como no les teníamos miedo, y no queríamos que, callando nosotras, se creyesen que nosotras íbamos á favor de ellos; que se convenciesen que nosotras no éramos del partido de ellos; y que no nos hablaran nada, que así estábamos en paz; pero ellos comenzaban, y teníamos que seguir.

Aquí sí conocimos quién era Aglipay; y también vimos lo cobardes que eran los clérigos, los cuales, por temor que se les quitara de sus Parroquias desterrados, contemporizaban con los dichos y hechos de Aglipay. ¡Cúanto odio tenía reconcentrado el perverso en su corazón contra los frailes! ¿Qué no hubiera hecho, si es-

tuviera en su mano el hacer lo que quisiera! Pues, segun él hablaba, los quería ir haciendo morir de hambre, poco á poco, á los prisioneros. Por eso nosotras, interpretando sus palabras le dijimos un dia: «V. es un mentiroso, y un engañador; se mostraba V. amigo y defensor de los frailes, y ahora vemos que es V. su principal enemigo; porque V. no quiere que digan misa, los mata V. de hambre, no queriendo que las personas piadosas les den algo, toda vez que vuestro gobierno no puede dar nada, por estar pobre, segun dicen ustedes.»

«Para tratarlos de ese modo, sería más llevadero, para ellos, que V. los mandara fusilar á todos, que así no sufrían tanto.» ¡Jesús! hizo como que se escandalizó de esa palabra que los mandara *fusilar*; le contestamos: pues V. lo hace peor; porque, si no los mata, es porque Dios los conserva; pero, segun el trato que V. viene trayendo... No es posible contar las baterías tenidas con él; pero ni por esas entraba en sí mismo.

Cuando el Sr. Arzobispo le llamaba á Manila, para responder en la causa que se le estaba siguiendo por sus fechorías, vino diciéndonos que el Arzobispo no tenía jurisdicción, desde el momento que entraron los americanos; él quedaba prisionero, y por consiguiente, como prisionero, perdía el derecho á ser obedecido: le contestamos que en las cosas de la Iglesia no entraba eso; que el Arzobispo, como superior, debía ser obedecido, y por tanto V. debe obedecerle, respondiendo á su llamamiento; porque, si V. ha de hablar así, también podemos decir, y con más razon, de su Gobierno Eclesiástico, pues, cuando lo nombró á V. el Sr. Obispo, éste estaba prisionero, sin poder comunicarse con nadie, para preguntar sobre su conducta, y casi por fuerza se le nombró:

luego su nombramiento es nulo. A esto nos contestaba que no, que era canónico; nosotras callábamos, por no faltarle; pero nos decía tantas barbaridades, que, con un dedo de frente que uno tuviese, comprendería.

XIII.

Por Enero fué la fiesta, por su nombramiento de Gobernador Eclesiástico. Mandaron á las Hijas de María que fueran á buscarnos, y por más que nos excusamos, no nos pudimos evadir; fuimos sólo á la fiesta de iglesia. Hubo misa cantada, oficiandò de preste el mismo Aglipay; también hubo sermon en ilocano: despues se leyó su nombramiento Eclesiástico, y se cantó el *Te-Deum*.

Nosotras nos marchamos enseguida para el Colegio, á pesar de que nos llamaban, para continuar la fiesta en la Jefatura. Pero nos hicimos las desentendidas, previendo que íbamos á presenciar lo que no queríamos, como, en efecto, sucedió, pues bailaron allí, y un clérigo bailó con una jóven ¡qué escándado! y esto lo hicieron en presencia del Gobernador Ecclesiástico. ¡Cuánto no se habló de esto! Hasta los katipuneros, se burlaban de sus Curas ¡cuando hasta el General Tinio nos habló de este clérigo burlándose! Lo que es Aglipay ¡como desmoraliza á Vigan! Antes de su ida, las jóvenes solteras ¡qué vergonzosas y recogídas! mas al poco tiempo de su llegada, siempre se

las veía en tertulias y bailes: ya se vé; ¡si él era el que las convidaba! no podía ir á ninguna parte, sin estar con él dos ó tres solteras convidadas, y á bailar, jugar etc. etc.

El 25 de Enero hubo otra fiesta, por la Jura de la bandera y por su independencia soñada; se hicieron grandes fiestas; hubo misa solemne en la Parroquia, á la que asistieron todos los oficiales y soldados, y gente del pueblo (y eso, que para los dias de fiesta, ninguno de estos soldados y oficiales iban á misa, aunque tenían tocando la iglesia); músicas por las calles; bajaron hasta más de 2000 igorrotes desnudos, y á todos los hicieron jurar en el atrio de la Iglesia, frente á la Jefatura (el Palacio del Sr. Obispo). El Cura párroco, don Enrique del Rosario, subió á la Jefatura, y, desde una de las ventanas, empezó á predicar al Pueblo allí reunido, (desde el Colegio oíamos su voz): les decía que «besaran y juraran esa bandera que les había sacado de la esclavitud de su madrastra, la España; que juraran que antes perderían sus vidas, que abandonarla», y otras cosas por el estilo.

Desde este tiempo Aglipay reformó el traje del clero, haciendo que todos usaran, para visitas é ir por la calle, el traje de Capitan; sólo para decir misa iban á usar el traje de clérigos: él siempre iba vestido con su traje de General, con sable á la cintura, insignias de oro, como sus generales, y bastón de mando, gorra también de general. Esta órden se dió también á los Seminaristas: así es que, cuando salían á paseo, se les veía á todos de capitanes, incluso el Vice-Rector, don Rafael Estrada.

Se hicieron algunos sacerdotes unos trajes de seda, que ostentaban hasta con lujo; iban algunos á saludarnos con sus trajes, que no podíamos aguantar, sin decirles: «porqué se cambian de traje? Al sacerdote nunca le está bien, ni es

respetado con otro traje, que con el suyo; lo que hacen VV. con esto es que el pueblo les pierda el respeto, pues no les conoce; y, perdido el respeto, tampoco podrán VV. insinuarse en los corazones, porque no les tienen en la veneración y estimación que merecen, por su estado. Esto es, y más, lo que sacan con cambiar de traje: sólo el diablo es el que pudo sugerir esa idea, y VV. los primeros tontos en seguirla, con descrédito del sacerdocio.»

Uno sólo de tantos sacerdotes es el que se opuso, y contestó al que le dió la órden: «Yo nunca salgo á la calle á visitas; sólo salgo para confesar á algun enfermo que me llama, ó á la Iglesia, á visitar al Santísimo, por las tardes, y por la mañana á decir misa: luego esa órden no va conmigo; pero, si el Gobernador Eclesiástico insiste en que cambie de traje, pues entonces también, como Capitán, necesito de un sable y un revolver, para sentarme al confesonario».

No hizo caso de la órden; pero Agliplay tendrá cuidado de vengarse de él, como sucedió. Este sacerdote tan virtuoso es don Victoriano Aguila ancianito ya: es el único que siempre estaba sólo, por no comprometer su conciencia; porque, según él nos decía, para él, con lo que habían hecho al Sr. Obispo, todos estaban incursos; y que, hasta que el Santo Padre viera quiénes son los que se metieron, y quiénes nó, todos, por el pronto, quedaban excomulgados; así es que, desde el principio, renunció el cargo de la Parroquia, para no tener disgustos, pues no podía él, según conciencia, admitir mil cosas que viera; así es que estaba en su casa solo, retirado de todo el trato con las gentes.

XIV.

Por Marzo nos cambiaron el Capellán, quedando don Manuel Roxas, que hizo su entrada del modo siguiente. Tuvimos una plática en la que nos dijo que le reconociéramos como nuestro Vicario, que procuráramos tenerle confianza; que él, en aquellos momentos, quería revestirse del espíritu de N. P. Sto. Domingo, para hablarnos con el mismo fervor del Santo; que no nos confesáramos, sino con él, y, cuando alguna quisiera otro confesor, que le avisase; pero que no podía ser que vinieran otros, porque entonces habría necesidad de muchos confesores. Como todo fué en el oratorio, callamos, pero después le dijimos que eso de los confesores teníamos nuestras Leyes, dadas por el Papa á las religiosas claustrales, y que nosotras, en esta parte, obraríamos como se hace en nuestras casas religiosas. Lo de Vicario, empezamos á comentar, cuando estuvimos solas: nadie quería reconocerle por Vicario, ni mucho menos oirle nombrar; porque no era de nuestra órden.

Todos los domingos venía á predicarnos á las religiosas solamente; pero á decir misa venía don Victoriano Aguila, porque él no se levantaba hasta muy tarde, y solía decir la misa á las 7, hora que nos venía muy mal para las clases: así es que se redujo su capellanía á venir sólo á confesarnos, que casi lo haciamos por fuerza y

de mala gana, y algunas de nosotras no nos confesábamos, mas que cada 15 días, por suponer que él estaba excomulgado; pues, como él mismo nos lo contó, (se conoce que se le escapó, sin quererlo) venía huyendo del Sr. Arzobispo; pero, como á nosotras nada se nos escapaba, lo cogimos para nosatras, por más que disimulase.

Por este tiempo también sacaron á los Padres primero, y despues á los cazadores: decían que para llevarlos á Malolos, y á nosotros nos dijeron que para darles libertad; no los creimos, pues eso nos parecía imposible: ganas de hacerlos padecer, como después se vió; porque Aglipay y los clérigos los primeros, y despues todos sus secuaces, nunca se hartaban de verlos padecer; decimos los clérigos, y no sin razón, porque muchas veces Estrada, y después don Manuel Roxas nos decían que les faltaba sitio en el Seminario, para hacer sus arreglos, por los sitios que ocupaban los Padres; pero creemos que no era esa la verdadera razón, sino porque los Padres no fueran testigos de lo que ellos hacían, y de sus vidas; y por cubrir un poco el espediente, y que no hablaran, sobre todo nosotras, á quienes procuraban ocultar sus ideas maléficas. Llevaron á los cazadores, y decían que era por libertarlos; pero muchos cazadores ni siquiera llegaron á Malolos, sólo los tuvieron en Dagupan.

En Febrero, una noche á las 11, empezaron á repicar todas las campanas, y á hacer una gritería que no se entendía nada. Nos asomamos á la ventana y preguntamos qué era aquello; nos contestan que los filipinos habían llegado á entrar en Manila: por eso era toda aquella fiesta; nosotras les contestamos: ¡Mentira! y nos acostamos; no nos dejaron dormir, porque las campanas no cesaron de tocar hasta las dos de la mañana. Nosotras, sin embargo, está-

bamos un poco tristes, pensando en el Sr. Arzobispo y Corporaciones; porque, si los cogían, ¡Jesús qué guisados iban á hacer sus enemigos!

Por la mañana, viendo todo en silencio, comprendimos que aquello era una farsa inventada por Aglipay; porque parece que era muy justo que por el día continuaran las fiestas. Después de todo, siempre hay gentes tan fáciles en creer lo más extraño, y esto hasta personas, al parecer, ilustradas.

Vino Aglipay; le preguntamos qué repiques eran los de anoche, nos contestó lo mismo; le preguntamos porqué no continuaban las fiestas, nos contestó que, como los 17 que entraron en Manila estaban medio desnudos, se escaparon, porque tenían vergüenza de que se les viera así. Nosotras le contestamos: pero ¿cómo compone V. las mentiras? Si eso fuera verdad, siendo ellos dueños del territorio, no debían abandonarlo, aunque estuvieran en cueros; diga V. que nó: porque sufrieron una derrota; tal vez los Americanos hayan avanzado. Nos contestaba que éramos muy mal pensadas. Como que así fué, cuando se rompieron las hostilidades entre americanos y filipinos.

Por Marzo tuvimos ejercicios espirituales. Los concluimos el día de S. José. Los hicimos como Dios nos asistió; teniendo las dos horas de oración de costumbre, las lecturas etc. etc. y evitando visitas; hicímoslos en dos tandas, cinco en la 1.ª, y tres con las niñas en la 2.ª Pedimos á don Victoriano Aguila, para que viniera á confesarnos, por ser el sacerdote más regular; pero éste nos contestó que pidiéramos permiso á Aglipay, porque él estaba preso en el Seminario, por órden de Buencamino y Aglipay: pedimos á éste que dejara venir á don Victoriano Aguila, y nos contestó

que sí: nos confesó á todas, y á la otra semana á las niñas; pero el pobre confesor lo pagó bien caro.

Una de las veces que este sacerdote vino, nos suplicó que pidiéramos su libertad, pues ya hacía 17 días que estaba preso, sólo porque él contestó que no tenía $ 200 que se le pedían; porque le habían robado lo que él tenía, y sólo se mantenía de las misas que recibía, pues no era Cura, y no tenía estipendio ni otras cosas que reciben los Curas. Aglipay y Buencamino se ofendieron con este señor, y le apresaron; pues bien, éste nos rogó que hiciéramos algo por él; le contestamos que encomendara el negocio á S. José, y que se guardara de decir á nadie lo que nos había suplicado; que hiciera venir á sus sobrinas, para que ellas nos hablaran sobre este asunto, para poder decir nosotras, al pedir por él, que sus sobrinas nos lo habían rogado: así lo hizo el pobre.

Escribimos á Buencamino, rogándole por la libertad del pobre sacerdote, en atención á que sus sobrinas quedaban abandonadas, faltando él, pues eran unas pobres huérfanas. Buencamino se ablandó, y nos contestó mandando una carta para Aglipay, diciéndole que ponga en libertad á don Victoriano Aguila, porque así se lo habían pedido las Madres, y que, en atención á estas, se le daba la libertad.

Aglipay tardó todavía dos ó tres días en dejarle libre, y no le supo bueno que nosotras hubiéramos hecho aquello, segun nos lo dijo. Nos dijo porqué pedimos por la libertad de ese, porqué nos metiamos en eso; y que á ese no le estaba bien otra cosa, que dejarle morir en el Seminario, nosotras le contestamos: «pues qué, ¿no es projimo? ¿Porqué no se ha de hacer por él lo que quisiéramos que se nos hiciera? Vamos, déjese V. de ideas diabólicas». Al cabo de

pocos días fué llamado don Victoriano Aguila, le mando que le llevara las licencias de confesar, y se las quedó: en fin, hicieron muchas vejaciones al pobre anciano, que no es posible contar.

En los pueblos del Norte y S. Fernando, y parte del Sur, apenas hay Curas: se marchan aburridos los Curas, porque los Presidentes Locales se quieren meter, hasta en cosas de la iglesia: todo lo merecen éllos por lo que han hecho á sus Curas Párrocos.

XV.

A principios de Junio volvían los cazadores, para internarlos en los montes, porque los Americanos avanzaban. De los primeros que llegaron, uno fué á vernos; cuando le vió Aglipay, le preguntó qué hacía allí; él contestó que quería visitar á todas las Madres. Le dijo: «como otra vez te vea por aquí, ó á algún castila, os mato, os mando afusilar.» Cuando supimos esto. nos enfadamos.

Al poco tiempo se marchó á Tárlac, nos dijo que para tratar de la libertad de los frailes. Le dijimos que ¡él les mandará poner grillos y cadenas, y que los encerrará en mazmorras, porque esa era la libertad que él pensaba tratar, aprisionarlos más, y matarlos ya; porque de su odio no puede salir cosa buena. Nos contestó que pensábamos muy mal de él, y que ya veríamos algún día las ideas tan favorables que

él tenía hacia los frailes; le contestamos: lo que verémos un día es el odio tan encarnizado que V. pudo tener contra ellos, y lo que ese corazón forjó para exterminarlos: eso es lo que verémos, y nos extrañarémos de como pudimos vivir ni un momento, en contacto con V., sin morirnos de horror, ó sin pervertirnos: sí, sí, vaya V.; Dios cuidará de ellos, y de una vez más, se convencerán del cuidado que Dios tiene de los suyos; no los podrán tocar, sino aquello que Dios permita; pero ¡ay de aquel de quien Dios se valga! ¡les pasará lo que al pueblo deicida! Entre V. en sí mismo, y no quiera ser el instrumento, por sus mal_ dades, en hacer sufrir á los frailes.

No sabemos cómo todavía tenía ganas de presentarse delante de nosotras, pues no había vez que no le cantaramos la cartilla; pero se conoce que él quería ver si nosotras, al fin, flaqueábamos, y participábamos de sus sentimientos, como solían ellos hacer á las jóvenes solteras, que decían mil defectos de los frailes, por haber y no haber, y luego las decían si todavía querían ellas para Curas á los frailes; y estas, tímidas, contestaban que nó.

Nosotras todo lo contrario; cuando nos venían con esas músicas les decíamos: «más defectos vemos en VV., que nos escandalizamos, y da horror el que VV. digan misa de ese modo, y se atrevan á subir al púlpito, siendo VV. peores. V. dice la misa casi sin preparación y sin acción de gracias; en los frailes nunca hemos visto ni sabido las cosas que vemos y oímos de VV. Alguna miseria no hay que extrañar, somos miserables; pero VV. vivir en el pecado?»

Tuvimos noticia, después, que fué á llevar al Gobierno un empréstito de $ 10,000, que sacó á un rico de Vigan, obligando á los Curas Párrocos que mensualmente dieran cada uno $ 10, en ambos Ilocos, y en Pangasinan, y San

Fernando también: sacó lo que pudo; con la obligación que, si alguno se muriera, los otros de aquella provincia iban á pagar por él.

Nos encargó, antes de salir, que no admitiéramos á ningún español, pues habían de venir, dentro de pocos días, unos 5,000, entre cazadores, oficiales y frailes. Nosotras le dijimos que se fuera tranquilo, que procurariamos hacer lo que él quería. Pero no lo hacíamos, como se verá; porque los mandatos que son contra la ley de Dios, no se deben obedecer.

Se fué tranquilo, y dejó por Vicario del Gobierno Écleslástico al presbítero don Pio, tan cruel y sanguinario como él; malo y katipunero como él, y de ideas diabólicas; pues este Vicario prohibió que el Padre Jesús Delgado, agustino, dijera misa, siendo así que el General Tinio le había autorizado para que la dijera, como lo venía haciendo en todos los pueblos, donde había estado: luego es más malo que los mismos oficiales revolucionarios, este sacerdote, Vicario de Aglipay.

Después de una semana, fueron apareciendo los cazadores y oficiales que se esperaban. Aquello sí que no se podía mirar, sin llenarse el alma de tristeza: iban llegando doscientos ó trescientos, cada día; venían sucios, descalzos, medio desnudos, hambrientos, extenuados y muchos enfermos; se tendían en las calles, por no tener donde acogerse; no conocían á nadie; ni el terreno que pisaban,

Gracias que los de Vigan tienen mucha caridad, pues hubo ricos que diariamente daban de comer á trescientos ó cuatrocientos; ¡pero, como habia tantos, todo era poco; todo lo que se hiciera, parece que no se hacía nada, pues muchos se quedaban sin socorro.

Nuestro Colegio, como está en frente del edificio, donde

estaba instalada la Presidencia, era el primer asilo de los pobres cazadores. No había corazón para negar, pues hacía tres semanas que estaban andando por los montes, sin parar: en algunas partes encontraban que comer, en otras nó. Muchos venian que ya hacía tres días no probaban bocado. ¡Nunca hemos sentido estar tan pobres, y no tener nada, sino en esta ocasión! No hacíamos más que dar vueltas á nuestros baules, para encontrar algo: sacábamos sábanas, cortinas, y hasta nuestros hábitos, y les haciamos ropa, para que se cubrieran, por lo menos, su desnudez.

De comer, tampoco les podíamos dar cosa buena; lo único que les podíamos dar, era un poco de café con morisqueta; porque ni pan había, ó costaba tan caro, que era lo mismo que si no lo hubiera, pues no teníamos dinero para comprarlo. Aún el café con morisqueta, lo podíamos dar solamente, cuando teníamos arroz para hacerla; cuando el arroz se concluía, nada más que una taza de café para el desayuno, y un poco de verdura con morisqueta á los que venían á comer. A pesar de tanta miseria, los pobres lo agradecían tanto, que todos los días venían á comer doscientos ó trescientos. Parece que Dios multiplicaba lo poco que teníamos; y cuando no había, ni siquiera para nósotras, mandábamos á nuestras dos criadas chiquillas, que fueran á las casas de los amigos, á pedir limosna: siempre traían algo.

¡Pobres españoles! Se les veía, á bandadas, por las calles, con su palo, pidiendo el bocado para no morirse de hambre! Si España os viera en Filipinas, mendigando el pan ¿qué diría? ¡Cómo os ha tratado Filipinas! ¿Así os ha pagado todo lo que hicisteis por ellas?

A los enfermos se los mandaba al hospital, pero ¡que

hospital! sólo tenía el nombre de hospital; allí no había caridad: los que llevaban allí, era literalmente para matarlos. Porque los que estaban enfermos, era por la mala alimentación; pues bien, en el hospital la alimentación era peor: un poco de morisqueta con un dedito de carne y agua; pero hasta el agua andaba escasa, pues todos venían, dos veces al día, con sus botellas, á que les diéramos el agua de limosna. Por medicinas también venían al Colegio; así es que nuestros corazones estaban desgarrados, al ver tanta miseria, y no tener de donde sacar, para remediarla.

Nos contentábamos con aconsejarles que tuvieran paciencia; què ofrecieran á Dios aquellos trabajos; y que procuraran limpiar sus conciencias de pecado, porque ese era el mejor medio de aplacar á Dios, y para conseguir su libertad pronto.

Despues de unos 15 dias, los fueron llevando á los pueblos; sólo se quedaron los que tenían casas donde quedar. Pero á los pocos días, se volvieron á Vigan los que se habían marchado á los pueblos, porque no se les daba nada de comer; sólo permanecieron en aquellos pueblos, donde los Presidentes Locales los trataban bien.

De los que residían en Vigan, unos estaban de cocheros, otros de muchachos, y todos tenían que ganarse el bocado de pan: se les veía por las calles llevar sacos de arroz á cuestas, ir á buscar agua, etc., etc.

Los indios ya no servían: todos eran señores. Hasta Aglipay, el tiempo que estaba en Vigan, tenía españoles de muchachos, para que le sacudieran los zapatos, y le limpiaran el sable, el revolver y el fusil. Los sacristanes tambien eran españoles; porque á todos los jóvenes, incluso los criados de las casas, se les obligó á tomar las armas;

todos tenían un bolo largo y un puñal; y á todos se les llevaba á hacer el ejercicio.

Nuestros criados también se marcharon, y nos vimos reducidas á tenerlo que hacer todo: nosotras á la cocina; nosotras á sacar agua del pozo, ya para el uso de la cocina, ya para el baño, etc. Además teníamos que atender á las clases del Colegio. Los pobres soldados españoles, cuando ellos veían que hacíamos todas estas cosas, ellos se ofrecían para hacerlo; molian el café, ponían el agua en la cocina y en el baño, lavaban los platos que ellos usaban, y limpiaban la casa. Todo esto lo hacían unos cuantos que estaban tan agradecidos por la miserable comida que les dábamos.

XVI.

A estos soldados siempre les hablábamos de confesión, y les decíamos que lo mejor sería que se pusieran en gracia de Dios. Al principio se resistían un poco; pero luego conseguimos que se resolviesen ellos á confesarse. Para esto les expicábamos la doctrina cristiana, y les enseñábamos el rezo, porque muchos apenas se acordaban ya.

Despues de algunos dias llamamos al P. Jesús Delgado, agustino, para que los fuera preparando. Este Padre estaba, antes de la insurrección, de Cura en Tagudin (Ilocos Sur). Al entrar en el pueblo los insurrectos, él se quedó con el

destacamento, y allí le encontró el general Tinio, cuando entró con sus tropas. Lo apresó y lo hizo llevar á San Fernando, hasta su vuelta: en San Fernando le hicieron sufrir algo. A la vuelta de Tinio pasó por Tagudin, y preguntó á la gente del pueblo qué quejas tenian de su Cura; contestaron que ninguna: por lo que Tinio, en vista de esto, dió orden que lo soltaran, y lo dejaran andar libre por donde quisiera, pero sin salir de San Fernando. También le permitió que dijera misa.

Así es que este Padre siempre estuvo apartado de los otros Padres; porque, como se lo encontró sólo, y le fué simpático á Tinio, éste no permitió que le trataran mal. En todas partes por donde iban le dejaban decir misa, menos en Vigan, porque los clérigos no querian. Pasaba en todas partes como cazador: cuando fue á Vigan, fue con ellos, y vivía en una casa con algunos oficiales españoles. En esta casa confesaba á algunos cazadores: no los confesaba en la iglesia, porque les sabia mal á los clérigos. Como éstos tampoco le permitian decir misa, él iba los domingos y dias festivos á la Parroquia á oir misa, á confesarse y á comulgar.

Los clérigos, como veian que el P. Jesús era el único fraile que estaba en Vigan, le dijeron al General Tinio que lo mandara á Lepanto con los demás frailes que acababan de llegar á aquel punto; pero Tinio se hizo el desentendido. Viendo los clérigos que Tinio no les hacía caso, dan parte á Aguinaldo, y éste ordena á Tinio que á este fraile se le ponga con los demás. Recibió Tinio el telegrama, pero, como sabía de donde venia la cosa, lo rompió y no hizo nada. De todo esto era sabedor el P. Jesús, porque varias personas de Vigan lo apreciaban, y se lo decian todo. Un dia encontró este Padre á Tinio, y le preguntó cuándo le iba á mandar á Lepanto. Tinio le contestó que lo mandaría cuando quisiera,

y no cuando otros quieran, y añadió: «estése V. tranquilo, porque yo respondo por V.; paséese V. por las calles de Vigan, y vaya por donde quiera, que aquí estoy yo.»

En vista de esto, el P. Jesús, esperando en Dios y confiando en los designios que tuviera sobre él, hacía el bien, como le era permitido. En una casa muy católica, despues que administraron los Sacramentos á una enferma, lo llamaron á él para ayudarla á bien morir.

A este Padre le llamamos nosotras, para que enseñara á los cazadores y los preparara para hacer una buena confesión: venía todos los días, y los preparaba. Cuando ya estuvieron preparados, él los confesó, en varios días, en un corredor del Colegio, por donde no transitaban las niñas; porque hay que saber que todas estas cosas las hacíamos sin que las niñas se apercibieran, para no dar lugar á comentarios: de las niñas no había que temer, pero eran chiquillas, y se lo podían contar á otras personas que no les sabría bueno, y podría resultar algun mal para el Padre. Por esta razón, en lo posible, hacíamos de modo que las niñas no supieran nada.

Después que los confesó, los preparó para la Comunión. Antes les hizo una plática de cómo debían recibir á nuestro Señor Jesucristo. El les dijo la misa en nuestro Oratorio; nosotras revestimos el acto de la mayor solemnidad que nos era posible; hasta se tocó el armonium. ¡Qué misa, y qué Comunión! Nos conmovió á todas ver que el que decía la misa y los que la oian eran prisioneros, y que, para celebrar estas cosas, nos teníamos que esconder como en los tiempos primitivos de la Iglesia, que para celebrar los divinos misterios, tenían los cristianos que encerrarse en las catacumbas. Lo mismo nos pasaba ahora á nosotras, que para hacer el bien, teníamos que escon-

dernos de nuestros tiranos; mas aquéllos de los primitivos tiempos no conocían á Dios, pero éstos lo conocen, y algunos son sus ministros, y sin embargo estan más obcecados en el mal, que cualquier otro. A todas nos sacó lágrimas de los ojos este espectáculo: hacíamos cuenta que nuestro Colegio era una casa cristiana, donde se daban limosnas, y se celebraban los divinos misterios.

Después de comulgar les hizo una plática, enseñándoles cómo iban á dar gracias á Dios por el beneficio que les hacía viniendo á morar en su pecho; les dijo que no se olvidaran nunca de aquel día, ni de la casa que les había hecho bien, ni de las buenas Madres, á cuya piedad se debían las apreciables iniciativas en la grande empresa de ponerse en gracia de Dios, limpiando las almas de pecado, y recibir á Jesús Sacramentado.

Después que el Padre hubo dado gracias, cuando iba á desayunarse, nos felicitó también á nosotras, por la feliz idea que habíamos tenido, y nos dijo que á él también le conmovió sobremanera. Nosotras dimos gracia á Dios por el feliz resultado.

Pedimos también á este Padre que nos confesara: lo hizo en varios ratos y días, hasta que concluímos todas; pero después, á la semana siguiente, cuando le pedímos otra vez, nos dijo que, si era para pedirle consejos, iría, pero que tenía reparo de confesarnos. Cuando queríamos consultar las cosas de conciencia, se lo decíamos, y en nuestros apuros á él acudíamos: era, en estos últimos días nuestro paño de lágrimas, tanto que ya no nos queríamos confesar con ningún clérigo, porque nos repugnaba hacerlo con ellos. Para que don Manuel Roxas no conociese, le decíamos que, como estábamos preparando las cosas para salir, no estaban nuestras cabezas para confesar.

También venía á decirnos misa, aunque, al principio, ponía algunos reparos, por que creía que nuestra Capilla sería Oratorio privado. Nosotras oíamos su misa con mucha devoción, al considerar que era la única que sin recelo la podíamos oir, porque está dicha por un Padre que no estaba excomulgado. Para confesar y decir misa se ponía el hábito que nosotras teníamos de nuestros Padres, y después se lo quitaba.

Como el pobre vivía de limosna, pasaba muchas necesidades, pues con una libra de carne comían cuatro, y todavía tenían que guardar algo para la noche. Por eso, desde que le conocimos, le hacíamos que tomára el desayuno en el Colegio, y, si más tarde volvía, porque le mandábamos á llamar, no queríamos que se fuera, sin haber comido, para que sus compañeros tuvieran más ración.

Cuando salimos de Vigan, lo recomendamos á una persona muy buena, que tuviera cuidado de él, y que le mandára siquiera un pan y chocolate todos los dias. La buena mujer lo cumplió bien, como él nos lo contó, á su vuelta de la prisión.

¡Cuan de buena gana hubiéramos tenido el gusto de tener á nuestros hermanos cerca! Pero los infames katipuneros ni siquiera permitieron que los Padres pasáran á Vigan; sino que desde Narvacán los llevaron á Lepanto. Todos los días pasábamos el tiempo asomadas á las ventanas, por si los veíamos venir, como veíamos á los soldados cazadores; pero no tuvimos esa suerte; y todo lo hicieron por nosotras, pues demasiado sabían ellos que, á pesar de todas las maldades que ellos nos decían, atribuyéndolas á los frailes, ni un ápice perdieron los Padres en nuestra estimación, como ellos mismos lo veían.

El General Peña con su hijo estuvo á vernos varias

veces. La primera vez que fué á visitarnos, nos dió las gracias por lo bien que nos portábamos con sus soldados: «Lo que ustedes hacen con ellos, me lo hacen á mí; porque ¿qué sería de muchos de ellos, sino fuera por la caridad de ustedes? Ya había llegado á mis oídos, estando en San Fernando, que aquí había unas Madres dominicas que hacían el bien á todos los necesitados; y no me habían engañado, porque ahora lo veo por mí mismo».

Y era verdad, pues él muchas veces presenció cuando venían á pedir limosna, comida, medicina, etc. etc.

Este señor estuvo contento, en lo que cabe, de ver el comportamiento del pueblo y del General Tinio para con él; pues á pesar de que él vivía y comía de limosna, nunca le faltaban regalos de personas particulares, trayéndole unas veces gallinas, otras carne, otras pan, según sus necesidades; tanto, que él solía decir: «esto es gloria al lado del trato que me daban en otras provincias, donde he estado prisionero; porque ni siquiera querían que mis soldados me saludaran, y la gente de los pueblos, cuando me veían, me decían disparates; pero aquí, esta gente, cuando me vé, todos me saludan, me preguntan cómo estoy, cómo lo paso y qué es lo que me hace falta.»

Su hijo nos contó que en las provincias tagalas, hasta dieron á su padre de bofetadas; que le mandaban formar como á los demás soldados, y, cuando no respondía á tiempo, le daban bejucazos, y esto lo hacía cualquier simple soldado de ellos. Dijo que un día ya no se pudo contener, al ver cómo trataban á su padre, y al soldado tagalo, que le había dado la bofetada, lo cogió y lo tiró contra una pared. Su padre, cuando vió lo que él hacía, le dijo: «deja, hijo, que hagan lo que quieran»; pero él le contestó: «padre, que me traten á mí mal, y que me

peguen, pero no puedo consentir que te den ese trato». El caso es que, desde este día, le dejaron de pegar. El día que nosotras salimos de Vigan, también fué á despedirnos y nos entregó una cartita para su señora.

XVII.

Dos meses antes de marcharnos, ya dijimos á don Manuel Roxas que pensábamos marcharnos, para obedecer una orden de nuestra Superiora, pues, como hijas de obediencia, teníamos hecho voto de obedecerle. Nos dijo que él no nos podía detener, por razón del voto, pero que habláramos á las Autoridades: le contestamos que eso corría de nuestra cuenta; que todo lo que había que hacerlo haríamos. Se conoce que él no nos creyó, porque pasó todavía algunos días sin gestionar nada; así es que cuando las niñas le dijeron que nos íbamos á marchar, él les contestó que no podíamos salir: las niñas, contentas, nos lo dicen; y nosotras les contestamos: «ya verán VV., el día que nos propongamos salir, quién nos detiene, ni don Manuel Roxas, ni nadie nos detendrá, y si alguno se opusiera, bien caro le iba á costar, porque entonces tendrá el dolor de ver quiénes somos nosotras.»

Sin embargo de los seguridades que había dado á las niñas, fué hablando él á varias de nosotras, para que se quedaran, y que, si la Superiora quería marhar, se ma-

chara, ella sola. A esto le contestamos: es que todas nosotras queremos irnos, porque nos llaman. El nos volvió á decir que si eso era así, que se vayan primero cuatro, y después que las cuatro vuelvan, vayan las otras cuatro: le contestamos que todas queríamos ser las primeras en ir.

Por ninguna parte podía coger las ratas en la ratonera; teníamos más picardía que todos ellos juntos. Viendo él que no nos podía coger por ningún lado, lo dejó callado, á ver lo que íbamos á hacer.

Cuando ya estaba todo callado, y creían todos que ya no pensábamos en salir, escribimos á Tinio que hiciera el favor de pasarse por el Colegio, un rato que estuviese desocupado, porque le teníamos que hablar. Enseguida fué á vernos: nosotras le dijimos lo que deseábamos, y le pedimos que nos diera pase para salir, y al mismo tiempo le mostramos el pase que en Aparri nos habían dado Tirona y Aglipay, en el que constaba la orden de Aguinaldo, según la cual, en cualquer momento que nosotras nos quisiéramos marchar para cualquier punto del Archipiélago, ninguna Autoridad nos pondría obstáculo, sino que debían ayudarnos en lo que pudieran. En vista de todo esto, él tampoco puso obstáculos, pero nos dijo que, para salvar su responsabilidad, consultaría con Aguinaldo.

Los vapores iban y venían otra vez, y muchas personas venían de Manila á Vigan, y varios iban también de Vigan á Manila: por eso es que nos decidimos á ir por vapor. En el mes de Marzo pensábamos salir, pero estaban entonces en lo fuerte de la guerra, y no se acercaban vapores al puerto. Para nosotras era una temeridad el internarnos, y además nos parecía imposible el poder hacer el viaje á Manila por tierra: así es que lo habíamos ido difiriendo hasta este tiempo.

Después de una semana contestó Aguinaldo á Tinio con el siguiente telegrama. «No permitan por esos puertos embarcarse nadie, ni prisionero español, ni filipino. Mucha vigilancia». Este telegrama nos lo trajeron al Colegio, por mandado de Tinio. Nosotras contestamos: «¿acaso somos prisioneras? ¿qué tenemos que ver con ese telegrama?» El que nos lo trajo contestó: «esa es la contestación al telegrama que puso el general Tinio, hablando por VV.; y eso quiere decir que Aguinaldo no consiente que VV. se marchen». Entonces nosotras, hartas de gobierno fabuloso, y de clérigos, nos acogimos á la frase «*No permitan por esos puertos embarcarse nadie*» y deducimos: luego podemos ir por tierra. Encargamos al portador que dijera al General que nos diera el «pase por tierra»: enseguida nos lo mandó.

Todavía no nos movíamos, esperando algún vapor; pero ya no venían vapores á Vigan. Viendo que el tiempo se pasaba, y que las lluvias se nos venían encima, nos decidimos á macharnos. Empezamos á llamar á los padres de las niñas; para entregarles sus hijas, con el objeto de poder recoger nuestras cosas con quietud.

Supimos que muchos particulares y empleados civiles, que estaban prisioneros, en virtud de un decreto que les dába libertad, habían pedido pase para machar por tierra: les dijimos que nos esperasen hasta fin de mes, para marcharnos juntas con ellos; porque solas no nos atrevíamos á ir por esos mundos de Dios, sin saber los caminos, y no sea que en vez de llervarnos rectamente adelante, nos internasen más adentro, para no poder salir. Los pobres con mucho gusto nos esperaron.

Dos días antes de macharnos, se nos presenta don Manuel Rexas, y nos pregunta «con qué permiso vendemos

los pianos del Colegio; que él, como Vicario que es del Colegio, no podía permitir que, de lo qne es del Colegio, se dispusiera de aquel modo». Venía con su secretario, un hombre particular más tonto que un camote.

Nosotras le contestamos que todo lo del Colegio era de la Comunidad, y que, marchándose la Comunidad, era muy justo que dispusiera de lo suyo como quisiera: se vende porque así á la Comunidad viene bien, para atender á sus gastos. A esto nos contestó que la venta era ilegal, porque aquello no era de las Madres, sino que eran regalos del Sr. Obispo y de los curas Párrocos al Colegio: empezó á sacar allí varios textos; pero nosotras no dábamos más respuesta que esta: ¿quién puede asegurar de la legalidad? V. menos que nosotras, porque V. no sabe ni el principio, ni el fin del Colegio, pues acaba V. de llegar. El pueblo que diga si dió algo para la compra de los pianos, ó si había pianos antes de venir las Madres; pero no habiéndolos, como no los había, es más legal lo que decimos, que los pianos son nuestros, y, por consiguiente que, como nuestros, tenemos derecho á disponer de ellos, como queramos.

Pero al Secretario todavía se le ocurrió decir que, habiéndose incautado el Gobierno de los bienes de los religiosos, á nosotras, como religiosas, también se hacia. Nosotras contestamos: «nada de lo que VV. han hecho esta bien; pero, siquiera por ser filipinas, como somos, deben VV. respetar lo nuestro, pues si así no fuera ¡qué infelices sómos, por ser religiosas, que ni lo nuestro se respeta! porque, por ser religiosas, hasta lo que ganamos con nuestro sudor se nos va á quitar: luego es mucho mejor cualquier maestra ó maestro, que no sean religiosos; porque, además que les paga el Gobierno, todo lo

que una maestra haya comprado con su dinero para su escuela, cuando salga de ella ó deje el magisterio, tiene derecho de darlo ó venderlo, como quiera. Esto sí que es una injusticia; y VV. son injustos en proceder de este modo». Por toda contestación dijo que así lo había dispuesto el Gobierno.

También nos hizo cargos el Sr. Roxas, porque no le habíamos dicho que nos marchábamos: le contestamos que á él, antes que á nadie, se lo habíamos dicho. Nos contestó él que creía que aquello no pasaba de broma: pues V. se ha engañado, porque era verdad, le contestamos.

Y ¿porqué, y con qué derecho despachan ustedes á las niñas? Tengan entendido que el Colegio seguirá, aunque no estén ustedes; porque vendrán otras maestras. Le contestamos: «habiendo los padres de las niñas hecho la entrega de sus hijas á nosotras, porque nos tienen confianza, nada más justo que darles parte de que nos marchamos, y para que vengan por sus hijas; ahora, si estos quieren dejarlas después con las maestras, ellos son dueños de hacerlo. Pero á nosotras nos toca hacer lo que hacemos, para que no digan después que hemos abandonado á sus hijas.» Por toda respuesta nos dijo que no dejáramos más salir á las niñas, y que los pianos no se vendieran, sin su permiso: le contestamos que los pianos se venderían con conocimiento del General, para atender á nuestros gastos. Se marcharon disgustados.

Fuímos á ver al general Tinio, y á decirle lo que pasaba, el cual era ya sabedor, y nos dijo que habian ido á él con eso, y que les habia contestado que, si los pianos y lo que habia en el Colegio era de las Madres, nada más justo que el derecho que tenian á disponer de ello. El General empezó á hablarnos contra los clérigos de suerte, que cono-

cimos que tenia enfado de mucho tiempo contra éllos. Nos contó mil cosas de ellos, burlándose, como del clérigo, á quien, por probarle, le invitaron á bailar, y él, el muy tonto, como le dieron por la cuerda, bailó.

Nos contó, también, que se había peleado con Aglipay, y que le había dicho que delante de él, y mientras estuviera en Vigan, no tenía que usar sus insignias de General; porque él era solo el General de Vigan, y que no permitiría que mandase ningún otro. Nos dijo también que, como estaba prohibido el juego en Vigan, y sabía él que Aglipay jugaba todos los días, puso guardias secretas, para que le avisaran cuando Aglipay estuviera jugando, con el objeto de ponerlo preso, y hacer ver al pueblo que él podía más que Aglipay, pues éste decía á todos que él era el segundo después de Aguinaldo, y que él era más que el general Tinio. Naturalmente, el otro se ofendió, y se dijeron el uno al otro palabras ofensivas: Aglipay se marchó de Vigan al dia siguiente.

Telegrafiamos, por mandado del General, á Aguinaldo, y la contestación fué preguntar quién mantenía á las Madres? Roxas contestó que ellos las mantenian. Pues, si es así, contestó Aguinaldo, que no se extraiga cosa alguna del Colegio, sino que el Presidente Provincial hable á las Madres, para que se queden; pero, si insisten en salir, que el Gobierno provea á las Madres de todo lo que necesiten para el viaje. Cuando vinieron con este mensaje, nos preguntaron qué decíamos á eso. Les contestamos: «queremos salir, á toda costa, y, si fuera necesario pasar, aunque sea por el infierno, pasaríamos, con tal de salir cuanto antes de este lugar, y del poder de los clérigos. Estábamos hartas de tantas vejaciones, como nos hacían.

Por este tiempo supimos la excomunión de Aglipay.

El secretario de Aglipay, don Pío, ordenó que se recogieran todos los papeles y documentos en que se publicaba dicha excomunión, y que fueran quemados. Dijo también á los clérigos que era nula aquella excomunión, y muchos tontos de ellos se lo creyeron, entre los cuales estaban Roxas y Estrada, y otros más, que, por ir á favor de Aglipay, y por obtener de éste lo que querían, eran capaces de comprometer hasta sus conciencias.

En mil ocasiones creían cosas que eran absurdas, como don Rafael Estrada, que creía todo lo que, con un poco de reflexión, era imposible el creerlo: así nos decía que en los buques americanos habían visto frailes; y que de cada filipino que moría, morían diez americanos; y que todo iba á favor de los filipinos. Pero, ¿no vé V., le decíamos, que en esto mienten? ¿Quién pudo ver á los frailes en los buques? Para verlos, era necesario que con un anteojo los vieran, y en eso ustedes mismos dicen que no se ve gente; ó que alguno hubiera bajado del vapor, ó alguno hubiera subido, para poder decirlo con verdad. Es una cosa supuesta, y V. ya lo está celebrando y hablando de ello, como cosa cierta. Lo mismo eso de decir que por cada indio, mueren diez americanos; ello es que los americanos avanzan, á pesar de sus muertos. Para decir esa mentira tan gorda, era preciso que hubieran estado en el campo ó sitio donde está la guerra, y ver los muertos: si el campo es de los americanos, mal pudieron los indios ver los muertos que había, y esperar á sangre fría la muerte. ¿No vé V. que es un absurdo el creerlo? Por eso ya no nos quería decir nada, porque le desmentíamos.

La víspera de nuestra salida, por la mañana, se presentó el Presidente Local con un escribiente y otros testigos, por mandado de Roxas, á hacer inventario de las

cosas que había en el Colegio. Hicieron se pusiera en lista todo. Por la tarde se presenta el Secretario de Roxas con dos guardias, para llevarse la llave del aparador, donde estaban las alhajas de la Vírgen y las cosas de la Capilla. Los dos guardias se quedaron apostados en la puerta del Colegio, para que no sacáramos nada. Aquí si que nos disgustamos todas. Empezamos á enfadar al Secretario, preguntándole: «¿Somos, acaso, nosotras unas ladronas? Ustedes sí que lo son, porque ustedes se incautan de lo que es nuestro. Esto sí que es doloroso, que estando, como están, las dueñas en casa, nos han de sacar la llave de nuestras cosas, y nos han de poner guardias. ¡Afuera todos de aquí!!» El Secretario se avergonzó y se escusó, diciendo que don Manuel Roxas lo mandaba. «Pues diga usted á don Manuel Roxas todo lo que le hemos dicho; y dígale también que ahora, más que nunca, queremos salir, cuanto antes, de aquí, por él y por todos ellos, y por ustedes». Salió avergonzado, y al cabo de un rato buscamos á los guardias, y tampoco estaban.

A la una de la tarde sabemos que son llamados todos los españoles, que habían pedido pase, á la Jefatura militar; y allí quedaron detenidos todos menos uno, que, como vió que sus compañeros no volvían, se temió algo, y se escondió, Cuando lo buscaban, dijeron los que estaban detenidos que había días que se había marchado. Todo para ver si con eso insistíamos.

Por la tarde vinieron á despedirse de nosotras varias jóvenes, por mandado de Roxas; pero no nos dijeron esto, porque tenían vergüenza, sabiendo el modo como él nos había tratado; más se lo dijeron á las niñas que habían venido para despedirse también, con el objeto de que nos suplicaran que no nos fuéramos, y que ellos se en-

cargaban de mantenernos. Las jóvenes sólo nos preguntaban porqué queríamos marcharnos: contestábamos que nuestros superiores nos llamaban; pero que, ahora, más que nunca, deseábamos salir, por el trato que nos han dado Roxas y los Presidentes; y aunque pasáramos muchos trabajos, como nos decían, era más preferible pasarlos, que estar entre gente que no sabían tratar: las dificultades no importan, Dios nos ayudará y velará por nosotras.

Nos despedimos de todos, y más de aquellos de quienes habíamos recibidos favores. Todos lo sintieron, porque nos querían, y veían como se quedaban sus hijas, sin tener quien las instruyera.

XVIII.

EL VIAJE.

Salimos de Vigan el dia 31 de Julio, á las cuatro de la mañana, dejando todo empacado y cargados los carretones desde la noche anterior, para que, cuando se despertaran, vieran que ya no estábamos, y de este modo evitar contestaciones. Estábamos saliendo ya del pueblo, cuando tocaban á misa en la parroquia.

Llegamos á las seis al rio de Santa, y allí tuvimos que esperar á las balsas. Entre tanto, nos sentamos en la tierra, y nos descalzamos, porque ya nos mojábamos: nos

pusimos á tomar el desayuno, que consistió en un poco de carne y pan que nos prepararon en Vigan nuestros amigos. Llegaron las balsas, pero había mucha gente para pasar y se ponían delante de nosotras. Los balseros no querían pasar nuestro equipaje, y nosotras tampoco queriamos abandonarlo; así es que tuvimos que esperar hasta que les dió la gana, y ya era la una de la tarde, cuando pasamos á la otra banda del rio. Aquí encontramos á aquel español, de quien dijimos que se había escondido, cuando los llamaron á la Jefatura Militar. Este español se ofreció á tener cuidado de nuestras cosas y nos mandó que nos fuéramos á poner á la sombra.

Lo primero que hicimos fué ir á la Iglesia, y encontramos á los sacristanes acostados y durmiendo en la misma Iglesia. Como vimos que había luz encendida, preguntamos si estaba el Santísimo; nos dijeron que sí. Despertamos á los sacristanes y les preguntamos porqué dormían allí, sobre todo estando el Santísimo; se levantaron y se fueron.

Enseguida vinieron dos colegialas, que habían estado en nuestro Colegio, y nos invitaron á ir á comer en sus casas: lo hicimos, porque ya teniamos necesidad.

Continuamos nuestro viaje, metiéndonos en los carretones hasta las dos, que los vacunos no podían ya más andar. Descansaron y comieron los carretoneros y dieron de comer á los animales. Nosotras nos metimos en una choza, para tomar la sombra y descansar: aquella pobre gente enseguida nos dió petates y almohadas.

A las tres volvimos á continuar el viaje para Solvet, barrio de Narvacán, donde una colegiala, que venía en nuestra compañía, tenía sus padres, en una casa-hacienda, en la que nosotras íbamos á hacer noche. Llegamos á este

barrio á las seis de la tarde. Estábamos tan cansadas despues de esta primera estación, que nos parecía imposible poder continuar el viaje; pero no por eso nos desanimamos, esperando que Dios nos daría fuerzas, para poder superar todas las dificultades y los imposibles de los hombres.

Cenamos y descansamos divinamente; porque había apetito, y, con el cansancio, mucho sueño: así es que enseguida que cenamos, nos dormimos, y aquella gente no nos molestó nada, pues nos consideraban cansadas: no nos despertamos hasta las seis. Estaba tan fresca aquella casita, y todo rodeado de montes, que daba gusto de estar en ella; pero teníamos prisa de hacer pronto el viaje, por causa de las aguas que se nos venían encima, como que esta misma noche llovió, y se puso el camino perdido.

Así que nos despertamos, tomamos el desayuno, y nos fuímos preparando para salir. Nos descalzamos, porque ya veíamos aquello de muy mal aspecto. Nos despedimos de aquella familia y nos fuimos á los carretones á devolver, como el dia anterior, todo lo que habíamos comido, por causa del mareo.

Estuvimos andando, como un cuarto de hora, con las ruedas de los carretones enterradas en el barro, costando mucho á los vacunos tirar de ellos. Nos dicen los carretoneros que sería mejor que nos apeásemos, porque nos podíamos caer, y que el camino estaría terrible más adelante.

Nos bajamos de los carretones y comenzamos á andar, llegándonos el lodo hasta sobre las rodillas; teníamos que darnos las manos unas á otras, para no caer; aquel pobre español tiraba de nosotras, con lo que pudimos salir de aquel atolladero, despues de habernos lastimado mucho

los piés, Caminamos un largo trecho con el camino bueno, pero no nos metimos en los carretones, porque estábamos sucias y mojadas.

Por entre aguas en unas partes, y lodazales en otras, tanto que creímos quedar ya enterradas, porque nuestros piés no tenían ya fuerza para levantarse de aquellos lodos, estuvimos andando hasta la una de la tarde, á pié y descalzas, pasando dos pueblos, Sta. María y San Esteban. Nuestros carretones lejos muy lejos todavía estaban. Estábamos cansadas y con mucha hambre; descansamos en una tienda y allí pedimos que nos dieran de limosna, comida; pero nos dijeron que no había más que morisqueta, pues el poco pescado que había se lo habían comido ya: este pueblo es muy pobre.

Al poco tiempo, sin saber de donde venían, se llenó aquel sitio de gente, chiquillos y grandes; casi todos iban desnudos, hasta las mujeres; no hacían otra cosa que mirarnos de piés á cabeza, pero nadie nos daba de comer. Pedimos que nos dieran, aunque no sean más que cocos, porque teníamos mucha sed; pero nos contestaron que no había quien sacara: nos tuvimos que resignar á que vinieran los carretones, porque no había medio de poder comer. Queríamos pasar adelante, á casa del Presidente, pero nuestros piés ya no querían andar, pues no hicimos poca caminata desde las seis hasta la una, sin parar ni descansar un rato, porque queríamos llegar aquel dia á Candòn.

Llegaron, por fin, los carretones; sacamos de lo que traíamos para comer, y nos subimos á una casita, donde comimos, y descansamos un par de horas. También los carretoneros comieron, y los animales hicieron lo mismo, y descansaron. Serían las tres, cuando volvimos á emprender la marcha, metidas en los carretones, porque ya no

podíamos andar, y el sol abrasaba mucho. A las cinco nos apeamos, para andar más aprisa, hasta que fué anocheciendo, que nos volvimos á subir, por miedo á los malhechores, pues donde estábamos era un desierto, y por montes, y cerca estaba el lugar donde mataron á tres Padres agustinos. Sin embargo, como pasaban unos cazadores, les dijimos que no anduvieran tan aprisa; que nos esperaran, por si nos pasaba algo. Los pobres así lo hicieron: se repartieron al lado de todos nuestros carretones; éllos hablaban y reían, pero nosotras, calladitas y con bastante miedo, seguimos vadeando rios, sin apearnos.

XIX.

Llegamos á las diez de la noche á Candón, y enseguida nos dirigieron á casa del Presidente Local, el cual, al vernos, nos salió á recibir con su familia, y mandó prepararnos cena, que estuvo arreglada al cabo de media hora. Cenamos con bastante apetito, y enseguida nos llevó á una casa, á dos pasos de allí, que era bastante espaciosa, y pertenecía á un sobrino suyo. Esto lo hizo, porque en su casa no cabíamos, pues eran mucha familia.

Este Presidente era un hombre muy bueno; que á to-

dos los prisioneros los trató muy bien, y daba á todos de comer, y bien, de su propio bolsillo. Al otro dia por la mañana, despues del desayuno, fuimos á otra casa, para la que teníamos carta de recomendación: allí se empeñaron que no saliéramos hasta el otro dia; nosotras, como estábamos cansadas, accedimos, y tambien para que el Presidente pudiera preparar los carretones que necesitábamos, y que diera aviso á los pueblos inmediatos, para que lo tuvieran preparado, cuando llegáramos.

Despedímos á los carretoneros que nos habían conducido hasta allí, y se habían portado bastante bien. Les pagamos $ 2 á cada uno, y eran trece. En Vigan, el Presidente no nos dió más que $ 25; no nos buscó carretones, todo lo tuvimos que hacer nosotras, porque si habíamos de confiar en el Presidente Provincial, que es un memo, ni el dia del juicio por la tarde salimos de allí.

Ya no teníamos dinero; gracias que pudimos vender algo, y de esto sacábamos para comprar la comida para nosotras y para los animales. Muchas veces teníamos que comer debajo de los árboles, porque ni casa encontrábamos, ni gente tampoco, sino es algun igorrote, andando entre los montes.

Salimos de Candón el dia 3 de Agosto, á las 7 de la mañana. Para nosotras pusieron quiles tirados por tres caballos cada uno. Nuestro pobre conductor (el español de quien hablamos) iba á caballo, pues aqui se lo proporcionaron. Los carretones salieron una hora antes que nosotras.

Llegamos á Santa Cruz á las 10 de la mañana. Los carretones se dirigieron á casa del Presidente, que ya estaba avisado, y tenía preparados otros, para nuestro equipaje y para nosotras: allí se dirigió también nuestro guia, para

mandar cargar los carretones. Nosotras nos fuimos á una casa muy buena y muy cristiana, para la que traíamos carta de recomendación: no querían que saliéramos aquel día; pero teníamos prisa, así es que sólo horas nos detuvimos. Aquí comimos y descansamos un rato, y, á las dos de la tarde, ya pudimos salir, porque estaba todo listo.

En esta casa se habían hospedado casi todos los Padres prisioneros, cuando venían de Malolos. El amo de la casa llevaba una gran lista de los nombres de los Padres y de los cazadores que pasaron por su casa, para tener memoria de éllos: tambien á nosotras nos pidió nuestros nombres.

A las dos nos despedimos de la familia, y nos metimos en unos quiles sin puertas, y tirados por vacunos. Queríamos llegar á Tagudin, para hacer allí noche; pero se conoce que los vacunos, que nos dieron, estaban cansados, pues no querían andar, y siempre se acostaban. Nosotras, cansadas y fastidiadas, nos apeamos; pero lejos veíamos que amenazaba tormenta. Por más que apurábamos el paso, nos alcanzó la lluvia, pues empezó á llover á las siete de la noche, y el pueblo estaba todavía una hora de lejos, sin casa donde meternos, entre montes y malezas: así es que, aunque nos metimos en los quiles, nos calamos de piés á cabeza. Una lluvia torrencial caía sobre nosotras, acompañada de truenos y relámpagos; la noche oscura, sin faroles los quiles: así es que no sabíamos por donde andábamos; y á todo esto teníamos que atravesar rios y lodazales.

Al fin llegamos á la Presidencia, á las ocho pasadas; pero el inhumano Presidente tuvo el valor de dejarnos en la calle, recibiendo sobre nosotras y sobre nuestro equi-

paje aquel torrente de agua; y, cuando bajó, dijo que no había lugar ni para nosotras, ni para nuestro equipaje; porque había también llegado la tropa, que iba para Tárlac.

Nosotras, como traíamos carta de recomendación para una familia, procuramos buscar la casa, para no quedar aquella noche en la calle. Al fin se encontró más atrás, bastante lejos, y estaban de boda. Con aquel aguacero que caía llamamos á la puerta y entregamos la carta: enseguida todo el mundo abajo, para recibir á las Madres, pero encontraron almas en pena, mojadas de piés á cabeza, y algunas, que se habían caido en una zanja, al bajar del quilez, estaban llenas de lodo. Ensuciamos la casa, y turbamos el baile; pero los pobres dueños nos atendían, mandando á buscar nuestra ropa, y nos metieron en un cuarto, que apenas cabíamos de pié, donde nos cambiamos de ropa. Al poco rato nos llamaron á cenar, y cenamos con todos los convidados. Después, los pobres, considerándonos cansadas, nos dejaron en el cuarto, y ellos se fueron á continuar el baile, que fué interrumpido por nuestra llegada; pero fueron tan atentos, que sólo hasta las diez duró, pues se retiraron todos, y pudimos descansar, lo que hicimos bien, porque estábamos cansadas.

Estuvo lloviendo tres dias, y no pudimos continuar el viaje, por más prisa que nos dábamos, pues queríamos pasar cuanto antes el terrible rio Amburayan, antes que las aguas vinieran encima. Estuvimos bien agasajadas de esta familia. Al Presidente le pasamos recado que preparase carretones, siquiera para nuestro equipaje; porque, para nosotras, teníamos nuestros piés, para andar. Toda nuestra ropa se mojó: la tuvimos que sacar, siquiera para que no se pudra.

Después de tres dias, que estuvimos en Tagudin, el

tiempo mejoró. Mandamos aviso al Presidente que lo tuviera todo listo, para salir al dia siguiente. Sea que el Presidente, en unión de un teniente, que dicen era sobrino de Roxas, no siquiera preparar, ó nos quisiera probar la paciencia; ó bien, y esto es lo más probable, para ver si nos podía vencer, poniendo mil dificultades, ello es que, cuando llegamos al río, nos dicen que faltan carretones para nuestro equipaje, y que para nosotras tampoco había.

El Teniente, sobrino de Roxas, se nos presentó y nos dijo que no podíamos salir, sin permiso del Presidente Local. Contestamos: «¿Qué tenemos que ver con el Presidente? Nosotras llevamos los pases competentes, y en ellos se dice que nadie nos detenga en el camino, y que todos los Presidentes Locales y Autoridades militares nos ayuden y nos den todos los medios de locomoción y sustento; y ustedes, no sólo no nos ayudan, sino que se oponen á nuestro paso: no nos dan los medios que el Presidente de la República manda se nos den. Lo que sí haremos es, en cuanto lleguemos á Tárlac, dar aviso á Aguinaldo de los Presidentes que se han portado mal con nosotras, uno de estos el de Tagudin.»

Al oir esto, se conoce que dieron aviso al Presidente, porque nosotras, despues de decir esto, á pesar de los muchos inconvenientes que nos ponían, nos pusimos en la bañquilla, y, sin mandarlo nadie, dimos orden que nos trasladaran á la orilla opuesta. Cuando ya estábamos para pasar, recibimos un recado del presidente que nos esperáramos, porque nos habían de traer carretones para nosotras. Contestamos que eso ya debía estar aquí; y, sin hacerles caso, atravesamos el río á pié y descalzas, porque era de poca profundidad y con muchas piedras.

Pero este es ¡un rio que se tiene que atravesar tres veces: cuando llegamos al segundo vado, estaba el rio muy alborotado y con bastante corriente; la balsa era pequeña, al otro lado el mar, personas no podían ir más que una y el balsero; así es que íbamos, cada una cuando nos tocaba, bien asidas á las cañas, y encomendándonos á todos los santos de la Corte celestial, para que no nos suceda ninguna desgracia. Al llegar la balsa á donde había poca profundidad, no podía continuar, y nosotras teníamos que andar lo restante con nuestros propios piés, con agua hasta más de la rodilla.

Una vez puestas todas en la orilla opuesta, esperamos el equipaje, y continuamos el camino por agua, hasta llegar al tercer vado, donde tuvimos que hacer las mismas operaciones que en el anterior.

Ya eran más de las doce: descansamos y comimos debajo de un arbol, y lo que nos sobró, dimos á los carretoneros: estuvimos descansando un rato sentadas á la sombra. ¡Cuantas veces, cuando nos veíamos así pasando tantos trabajos, pensábamos que si nos vieran los Padres y las Madres de Santa Catalina, andando por estos desiertos, con un palo para no caernos, sin más protección y guía que Dios, qué dirían! unas veces llorábamos, y otras reíamos, para no desanimarnos, pues todavía nos faltaba mucho que andar, y si no tuviéramos ánimo, nos habíamos de quedar en mitad del camino: así es que procurábamos alegrarnos; porque en todas partes encontrábamos dificultades, en los hombres y en los caminos, y había que ser en estas ocasiones de un ánimo de bronce para no doblegarnos.

XX.

Llegamos á Bangar á las cuatro de la tarde; descansamos un rato en una casa, y continuamos el camino hasta la casa, para la que traíamos recomendación, á donde llegamos á las cinco: aquí hicimos noche. El otro dia, por la mañana, estuvimos esperando el equipaje; viendo que no llegaba, y ya eran las doce, se adelantaron varias de nosotras, quedándose dos para esparar el equipaje, que llegó á la una. Pudimos continuar el viaje para llegar al pueblo inmediato, á las cuatro de la tarde.

Fuímos á casa del Presidente de Namacpacan, este es el nombre del pueblo, y nos hospedamos para pasar la noche: cenamos y dijimos que nos prepararan carretones, para salir el dia siguiente, á primera hora. A las siete, después de desayunarnos, salimos; vadeamos muchos rios, y llegamos á Bacnotan á las cinco de la tarde.

Cuando llegamos estaban repicando las campanas: preguntamos por el Cura, pero nos contestaron que no estaba, siendo así que se repicaba por un bautizo: comprendimos que no quería se le molestara; y nos fuímos á la Presiden-

cia (todas las casas Conventos son presidencias). Preguntamos por el Presidente; después de tanto esperar, al fin llegó: ni siquiera nos saludó, ni se quitó el sombrero, y estaba con unas polainas puestas; así es que le llamamos el Presidente de las polainas, porque nos chocó mucho su recibimiento y lo que nos pasó.

Preguntamos si podíamos quedarnos, por aquella noche, en la Presidencia, y nos dijo que no había inconveniente. Le dijimos que tenía que darnos cena, luz y agua para beber y lavarnos; se marchó, y nosotras nos subimos al Convento, y, como estaba desocupado, elejimos la pieza que nos pareció bien; esta era la sala, donde había un piano, y, aunque cansadas, la profesora empezó á tocar. Extendimos nuestros petates, á pesar de que todo estaba tan sucio, y nos acostamos. Al cabo de un rato, todo quedó en silencio: teníamos hambre, pero el sueño era mayor y nos venció.

Dan las ocho, las nueve, las diez, las once y las doce: ya decíamos que nos quedaríamos sin cenar; al fin, allá tarde, nos llaman para cenar, y nos levantamos: por luz, para alumbrar, tenían una caña que de cuando en cuando atizaban en un ahujero que tenía la tabla, y venía á caer precisamente donde teníamos el equipaje. Nosotras, al ver aquella cena cruda, chamuscada, y nada más que pellejo y cocida con agua pura; y el cerdo vimos que lo cogieron del escusado, más flaco que la muerte, y estaba tísico, no quisimos cenar, ni la tocamos; y nos volvimos con las tripas vacías á dormir. Por la mañana, viendo que ya eran las siete y no había preparación para darnos el desayuno, cocimos, buscando leña por allí, un poco de chocolate, y nos marchamos más que de prisa de aquel miserable pueblo, y más que miserable Presidente.

Salimos de Bacnotan casi á las ocho de la mañana y llegamos á las once á San Juan. Estuvimos esperando al Presidente que se presentara; y eso que estaba á dos pasos de allí, no se dignó presentarse su bella persona. Viendo que ya iba á dar la una, nos fuimos á casa del Cura, y éste mandó hacer un poco de comida: comimos y descansamos un rato. Se cambiaron algunos carros, y á las tres pudimos continuar el camino para Carlatán, á donde llegamos á las seis de la tarde.

Llovía mucho; nos apeamos, y en la casa de la Compañía Tabacalera fuímos á buscar asilo. Preguntamos por el Jefe, y le suplicamos si nos podía hospedar por aquella noche. La respuesta fué mandar á los otros señores, que allí había, que el equipaje lo llevaran á uno de los camarines de la Compañía, y que los Madres subieran á la casa, dando orden qne nadie nos molestara, y sí que nos cuidaran, y dieran á las Madres todo cuanto les hiciera falta.

A poco rato suben petates del almacen, y nos instalaron en un cuarto: descansamos, y al cabo de media hora nos llaman para cenar: Nunca nos podremos olvidar de estos buenos señores, del hospedaje que nos dieron, y cómo se desvivieron, con tal de que nosotras estuviéramos bien. Comímos antes que ellos, y estaban viendo lo que comíamos y sirviéndonos: daban de todo cuenta al Jefe. Si veían que no comíamos de algo, enseguida para la noche ya cambiaban la comida: nos daban pescado, ú otra cosa, y eso que los pobres no estaban sobrados, pues comían parcamente: lo que sentían era que hubiéramos llegado en tiempo de tanta miseria.

Todo lo que al Jefe, ó á cualquiera de ellos regalaban, todo lo mandaban á nuestro cuarto, para que lo comiéramos. A ellos les debemos los carretones hasta Dagupan,

pues ellos nos los buscaron y los pagaron. A nosotras también nos dieron limosna, para poder continuar el viaje, y además cartas de recomendación para los otros puntos, para que tuviéramos donde quedarnos. Estuvimos en esta casa doce dias bien agasajadas; no pudimos salir antes, porque estaban bombardeando á San Fernando de la Unión.

Salimos, al fin, acompañadas de dichos señores hasta la bajada del puente, qne ya era camino seguro, con los quiles y caballos de la Compañía. Pensábamos llegar á Agoó aquel mismo dia; pero, á causa de los malos caminos, no pudimos más que hasta Aringay.

No estaban los puentes: así es que, trepando y subiendo cuestas, que muchas veces en lugar de subir caíamos para atrás, teníamos que ayudarnos, hasta de las manos, para ir adelante. Había un lodo que nos subía hasta más de la rodilla, y así atravesando corrales, tuvimos que pasar este camino, á pié, porque los caballos se quedaban enterrados, y no podían andar.

Llegamos, á las doce, á una casita, y, como ya teníamos hambre, suplicamos á aquel prójimo que nos dejara subir á su casa, para descansar un poco, y comer la comida que traíamos. No sólo nos dejaron subir, sino que nos dieron también la comida de ellos. Salimos de aquí á la una, y llegamos á las cinco á Aringay: ya no quisimos más continuar el viaje, para que no nos cogiera la noche en el camino. Nos quedamos en un camarin con una familia; entregamos la carta de recomendación que nos dieron los señores de la Compañía Tabacalera para el empleado de aquí. Cenamos y dormimos, y el otro dia, después del desayuno, á eso de las siete, nos marchamos para Agoó, á donde llegamos á las diez de la mañana.

Fuímos á casa del Presidente, que también es empleado

de la Compañía, y, como ya estábamos recomendadas, nos recibieron bien. Nos proveyeron á seguida de carretones, nos dieron la comida, y, como teníamos una hambre atroz, no usamos de política, todo lo que nos dieron lo comimos, sin dejar ningún residuo.

Salimos á las dos de la tarde, y llegamos á Sto. Tomás, á las cinco. Fuimos á casa del Presidente; pero, como vimos que en esta casa había mucha gente, hasta soldados, tenientes, etc., y no había más que una habitación, dijimos al Presidente que nos buscara una casita, que no importaba que estuviéramos solas: nos dieron una pequeñita, que dicen era donde se quedaba el Cura: éste se había marchado á Tárlac para secretario de Aglipay, y para asistir á la Asamblea que allí tuvieron el dia antes de nuestra llegada á Dagupan. Pero ¡qué casita! ¡Choza era, mejor dicho! Si llovía, entraba el agua; si hacía sol, también; si luna, lo mismo: por compañeros, unos Santos, que todos parece que habían venido de la guerra; porque á unos faltaba un brazo, á otros los piés, á otros los ojos, en fin, aquello era un hospital. Para poner la luz, cuando queríamos rezar, un caracolito muy pequeño, que apenas cabía en él una cucharada de aceite, y esto lo teníamos que comprar, porque allí nadie da limosna.

Está el pueblo todo quemado, hasta el convento y la Iglesia, que la quemaron los insurrectos, cuando entraron. Aquí tuvimos que estarnos tres días, porque el equipaje no llegaba. Para mayor penitencia, ni petates, ni almohadas teníamos; así que todos los nudos de las cañas se metían en nuestras espaldas. Teníamos que salir todos los dias á comprar el desayuno descalzas, porque las calles estaban intransitables. Suplicamos á la familia del Presidente que hiciera el favor de guisar la comida, aunque pagán-

dolo nosotras; pero no quiso hacerlo, se negó: gracias que encontramos á un factor que quisiera hacer esa obra de caridad, pagando lo que costaba la comida; así es que estos tres dias gastamos más de $ 10, sin contar el desayuno y merienda; y no se diga que fuera una comida espléndida, era más miserable que otra cosa, sólo para no morir de hambre. Nosotras hubiéramos podido bacerla, que así nos saldría más barata, pero no teníamos donde guisar, ni con qué, así es que mas preferimos que nos trajeran la comida hecha.

Despues de tres dias llegaron nuestras cosas; dijimos que preparara carretones sólo para nosotras. Desde las siete hasta las doce todavía no había encontrado ni uno: el pobre factor todo el dia tocando el bombo, y hasta se rompió, y nadie respondía á su llamamiento. Nosotras, cansadas de esperar, nos decidimos á ir á pié. El equipaje ya estaba andando por delante desde las siete de la mañana.

Salimos á las dos de la tarde á pié: á la mitad del camino llegamos á los carretones, y nos metimos en ellos, y llegamos, á las cinco, á Rabon; allí cambiamos nuestros carretones, y continuamos el camino, llegando á las ocho de la noche á San Fabian.

XXI.

El camino que vá á San Fabian estaba terrible, así es que tuvimos que hacer todo lo que podía en la orilla de la playa; y cuando ya se tenía que entrar por el pueblo, el río tuvimos que vadearlo; pero como era de noche, á pesar de lo peligroso que era el hacerlo dentro de los carretones, no nos quisimos bajar: si habíamos de morir, que fuera todas juntas: lo mismo aquellas cuestas, que sólo el carreton bastaba. Por ambos lados maleza y montes, que temíamos que á cada paso nos salieran al encuentro malhechores.

Llegamos al Convento convertido en Presidencia; estuvimos llamando bastante rato, pero nadie contestaba; hasta que, al fin, llegaron cazadores españoles: preguntamos por el Presidente, y nos enseñaron la casa. Fuimos á su casa, y, despues de estar bastante rato esperando, nos dicen que no está: sólo una mujer apareció que no sabía hablar, ni tagalo, ni castellano, ni ilocano. Como vimos el mal continente de aquella mujer, que ni siquiera nos ofreció su casa, nos marchamos.

Preguntamos á los cazadores quién estaba en el Convento; nos dijeron que sólo tres ó cuatro cazadores enfermos, y un teniente katipunero, que acababa de llegar de Tárlac. Nos subimos, sin más permiso que el nuestro; fuímos á un cuarto, que estaba desocupado, y nos pareció bien, y allí nos metimos. No cenamos; tuvimos que resignarnos á dormir con la tripa vacía; pero, como estábamos cansadas, el sueño cerró pronto nuestros párpados.

Al otro dia, cuando nos levantamos eran las seis. Dan las siete y las ocho, y, como veíamos que nadie venía á preguntar por nosotras, y teníamos una hambre que ya nos dolía la cabeza, pues desde las doce del dia anterior no habíamos probado bocado, nos lanzamos á la calle, preguntando por las colegialas que estuvíeron en Lingayén: nos contestaron qne estaban en la sementera. Ya estábamos resueltas á ir á la tienda, y comprar cualquier cosa, pero topamos con una casa y preguntamos si había alguna colegiala que hubíera estado en el Colegio de Lingayén: precisamente la persona, á quien preguntamos, había estado; le suplicamos si quería darnos, de limosna, cualquier cosa para desayunarnos: nos invitó á que subiéramos, y nos dió lo que la pobre tenía. Estando allí recibimos recado de una colegiala, que acababa de llegar, que fuéramos á su casa: lo hicimos, después de despedirnos y dar las gracias á la otra.

Se empeñó que nos quedáramos á comer. Al poco rato aparece el Cura, invitándonos para su casa; le dijimos que estábamos compremetidas en aquella casa, y él lo aplazó para la noche. Nos suplicó que no nos marcháramos al otro día, como pensábamos, sino hasta después de tres dias, pues pensaba prepararnos bancas, para poder ir directamente á Dagupan. Estuvimos aquí un dia comiendo

en casa del Cura, y otro en casa de la colegiala; fuera de esto, el desayuno ésta nos lo mandaba todos los días al Convento, donde residíamos.

Este pueblo es el único que no permitió que la Iglesia se le echara á perder; todas las cosas están en su mismo lugar; la misma limpieza y la misma reverencia se observa en la gente; el Convento también está en su mismo estado.

Salimos después de tres días, á las dos de la tarde, acompañándonos el Cura hasta el río, no dejándonos hasta que las bancas echaron á andar. Nos despedimos de él, dándole las gracias por tanta bondad. Pero lo mismo fué echar á andar las bancas que caer una lluvia torrencial; y, como las bancas eran pequeñas, no nos podíamos guarecer debajo de la cubierta, así es que algunas tuvimos que recibir la lluvia encima, dejándonos caladas de piés á cabeza.

Venía uno de Dagupan acompañándonos y nos ofreció su casa; nosotras íbamos en dirección allí, pero los banqueros, á pesar de la prísa que se daban, tuvieron que desistir; porque ya no se veía, la lluvia no cesaba y ya eran más de las ocho de la noche. Sin saber donde estábamos, el primero que saltó á tierra fué el vecino de Dagupan, para ver si se veía alguna casa, y se podía pedir posada. La casa la habíamos dejado bastante atrás; asi es que tuvimos que andar descalzas, pisando espinas, dándonos en la cara los cañaverales, resbalando y cayendo, sin luz y á tientas encontramos una casa, y pedimos posada.

Lo primero que hicimos fué lavarnos los piés, mandar por nuestros petates y por nuestra ropa, para mudarnos, y después nos acostamos. Cenamos de lo que nos dieron en San Fabian; pero ¡qué disgusto tuvimos al ver que

la casa no tenía más que sala y caida! No había más habitación. ¿Cómo íbamos á quedarnos entre ellos, habiéndo hombres y nosotras? No era aquella hora de buscar otra casa, ni el tiempo lo permitía: pues de nuestras sábanas, y con las cuerdas con que venían atados los petates, hacemos una cortina, para que estuviéramos aisladas: así descansamos, hasta que la luz hirió nuestros ojos, que nos despertamos. A seguida, después de desayunarnos, á la calle á buscar casa más decente. La casa del vecino aquél también era muy pequeña, y mucha familia; así es que nosotras mismas fuímos á buscar. El puente del río estaba roto, y tuvimos que atravesarlo en una banquilla: al fin, encontramos una casita bastante suficiente para nosotras; sobre todo no había tantos hombres.

Estuvimos aquí tres dias, porque la via del tren estaba mal, y, además, teníamos que cambiar de pase. No queríamos ir al Convento, donde vivía el General Gregorio del Pilar; sino que esperamos que fuera á casa de Nable José: allí lo saludamos y le hablamos sobre el pase, que nos lo prometió dár al dia siguiente, como lo hizo. Saludamos á Nable, pero nos recibió friamente, y ni tampoco nos pagó la visita. Habló mucho contra los españoles.

Salimos de Dagupan, después de tres dias, en el tren, gratis, como lo mandaba el General en el pase. Eran las siete de la mañana, cuando salimos. El tren lo hacían andar con leña: así es que en todos los pueblos se tienen que parar media hora ó una, para proveerse de leña. Llegamos á Bayamban cerca de las diez: aquí tuvimos que apearnos, porque la via estaba mal y el tren ya no podia andar.

Arreglaron con cañas dos plataformas, la una para nosotras y la otra para el equipaje: nos ponemos todas en

la primera que estaba sin ninguna cubierta, á pesar del sol abrasador que hacía. Después de andar un par de horas, se rompe una de las cañas y nos bajamos á prisa; estuvimos andando como medio kilómetro, hasta alcanzar siquiera el tren de trasportar tierra. Al cabo de un rato que íbamos andando, sentimos un ruido detrás de nosotras, volvimos la vista y vimos que nuestro equipaje se había caido todo al suelo.

Descansamos un rato á la sombra, junto á donde estaban trabajando algunos hombres: allí comimos de lo que traíamos; todos nos miraban, pero nosotras no hacíamos caso de nadie, más que á satisfacer nuestra necesidad. Concluida la comida, continuamos nuestro camino, y, al fin, llegamos al tren de conducir tierra. Hablamos al conductor que por caridad nos condujera en aquel tren hasta Panique: nos metimos en un vagón de mercancías, esperamos más de tres horas á que llegara nuestro equipaje, y, al fin, el tren echó á andar.

XXII.

Llegamos á las nueve de la noche á Panique. En la estación dejamos nuestro equipaje al cuidado del jefe de la misma, y mandamos nuestros petates y nuestra ropa para la casa donde ibamos à quedar.

Llegamos, al fin, á la casa á las diez de la noche. Todo ya estaba cerrado: tuvimos que llamar varias veces. Lo mismo estaban ya las otras casas: ya nadie transitaba por las calles, mas que nosotras. Nos tuvieron que hacer un poco de cena, y luego nos dormimos. Al otro dia era domingo: fuimos á misa, y luego nos marchamos, para no dar lugar á que la gente nos viera, ni mucho menos el Cura. Pensábamos marcharnos al otro dia, como que lo hacíamos, para no encontrarnos con Aglipay.

Pero el mismo dia, lúnes por la mañana, apenas nos levantamos, recibe la maestra un volante de Aglipay, preguntándole si las Madres estaban aquí. No le contestó, porque no quisimos nosotras, hasta que ya estuvieramos en el tren; pero el portador, sin esperar contestación, se mar-

chó, seguramente para decirle que estábamos: algunas, sin esperar al desayuno, se marcharon á buscar el desayuno en otra casa, y para marchar enseguida á la estación. Aglipay se fué también para allí, y nos encontró á todas, y comenzó á hablarnos pidiéndonos mil perdones, porque supo que nos habían tratado male n Vigan.

Nos rogó que nos quedáramos, siquiera hasta el miércoles; su objeto no sabemos cúal era, pero accedimos, porque estaba malo el tiempo, y las casas, donde vivíamos aquí, eran buenas casas, que no podríamos esperar otro tanto en Tarlac. Sólo le contestamos: «toda vez que el tiempo está malo, nos quedaremos, pero el miércoles, sin falta, nos marcharémos, aún cuando V. no venga, porque ya sabemos el camino; nos falta sólo muy poco, y no queremos que V. nos haga otra jugada».

Nos volvimos á las casas, y después de un par de horas aparece un secretario de Aguinaldo, era un Coronel. Pregunta por la Superiora, diciendo que tiene que hablarle una cosa de parte del Presidente: ésta se presenta á ver lo que quiere. El Secretario dijo: «El honorable Presidente de la República la saluda á V. y á las demás: soy comisionado para decirle a V. un encargo suyo; pero antes dígame V. si el P. Aglipay no le ha dicho nada, porque él se quedó en decirle á V.» Se le contestó que nada había dicho Aglipay. Continuó él: «Bien, el Presidente me manda diga á V. que se queden las Madres, para los hospitales, con sueldo, el que V. quieran, para su manutención.»

—Se le contestó: «No es nuestro instituto eso de cuidar enfermos; nosotras somos para la enseñanza.»

—El Secretario insistió diciendo: «Si D, Emilio se lo dice á V. ¿qué le contestará?

—«Lo mismo que se le ha contestado á V.» fué nuestra respuesta.

—«Entonces ¿para que es el voto de obediencia que Vdes. profesan, si Vdes. no quieren obedecer á las Autoridades? Vdes. no tienen patriotismo ni amor á la Patria.»

—«El voto de obediencia que nosotras hacemos, es para obedecer á nuestros legítimos superiores eclesiásticos; fuera de éstos, no tenemos obligación para con ninguno, ni estamos obligadas á obedecer á cualquiera: les podemos hasta decir que no nos dá la gana. En cuantó á patriotismo ténganlo ustedes, como quieran; nosotras, como religiosas, no nos debemos meter en nada de estas cosas.»

—«Si D. Emilio la manda á V., como autoridad que es, ¿qué dirá V.?

—«Lo mismo que á V. digo: que no tenemos obligacion de obedecer más que á nuestros legítimos Prelados, y á nadie más; fuera de éstos, les podemos mandar á todos á paseo.»

En todas partes que nos parábamos, y había esos marisabidillos, enseguida hablaban de patriotismo, de Patria, de voto de obediencia etc.: lo que hacíamos muchas veces era levantarnos disgustadas, y marcharnos de la casa, aún en medio de todas las visitas, dándoles, con esto, á entender que no nos gustaban esas conversaciones, y no queríamos que con el pretexto de ser libres éllos, se opusieran á nuestros propósitos y nos subyugaran. Esto lo hemos dado á entender en varias ocasiones, unas veces callándonos, otras marchándonos y otras diciéndoles claramente que ellos no eran nadie para oponerse á nuestra salida, puesto que queríamos que nos dejaran libres. Si nos decían que no teníamos amor á la patria; por toda contestación, les decíamos que la persona religiosa no tiene patria

en este mundo; su patria es el cielo, á donde debe dirigirse siempre, y para eso ha profesado, renunciando al mundo. Por eso fué un dicho, ya general, de los katipuneros, lo mismo de los clérigos, y especialmente de Aglipay, «que con la Superiora no se puede chancear, porque da unas contestaciones...., cuando las dá, y cuando no las dá, los deja á todos *in albis:* tiene muy mal genio.»

Suponemos que por esto nos detuvo Aglipay, con el pretexto de buscar carretones para que no hiciéramos el viaje con tanta incomodidad, que al fin nada hizo; su objeto era que este Coronel nos hablara en nombre de Aguinaldo, para ver qué respondíamos. Se conoce que todavía él no nos conocía, ni sabía que, aunque sea al hijo del sol, íbamos á oponernos, y á contestarle un nó redondo, como tratara de impedir nuestros intentos. Creía él que, al ver los galones, las estrellas y el sable, temeríamos; pero ya no nos importaba morir; estábamos cansadas de vivir entre ellos, todos á cual más mentirosos, sin poder encontrar la verdad: cuanto más galones, cuanto más altos, más empleaban el arte de engañar y mentir.

El miércoles, como lo dijimos, lo hicimos: nos fuímos á la estación y allí esperamos la llegada del tren; llegó, por fin, y nos metimos en él. Vimos que Aglipay era uno de los que bajaban: enseguida nos saludó y nos preguntó si nos marchábamos ya; le contestamos que sí: se calló, porque no podía hacer otra cosa, pues, aunque nos hablara, no le íbamos á oír, y nos habíamos de levantar contra él, cansadas de tantas majaderías como nos había hecho, y habíamos de armar un escándalo, si insistía: por eso tomamos el partido de meternos todas en el tren, sin esperar á nadie, ni siquiera á que metieran el equipaje.

Este dia nos dijeron que no se podía meter el equipaje, porque, según decían, no habíamos avisado, siendo así que el lúnes habíamos dicho en la estación que el miércoles en el primer tren iríamos. Pero ni por esas nos quedamos; encargamos á la maestra que, al otro viaje, nos mandara las cosas, y que las íbamos á esperar en Gerona.

Llegamos á Gerona, y cuatro de nosotras continuaron el viaje hasta Tárlac, con orden de trabajar todo lo que pudieran para sacar el pase, con el objeto de que, cuando llegasen las que se habían quedado esperando el equipaje, pudieran todas ya seguir el camino. Además una de las que iban tenía un hermano por allí, emparentado con uno de los Consejeros, y creíamos que este trabajaría, pero, por desgracia, no fué así: precisamente fué una casa donde se pusieron las mayores dificultades. No importa: era la última estación de nuestro calvario, desde que las baterías fueron más fuertes: siempre habíamos de salir como salimos las otras veces: bien, con el favor de Dios.

Las que se habían quedado, llegaron el día siguiente.

XXIII.

En Tárlac tuvimos que parar en un barrio, para coger ó buscar carretones, porque estaba todo anegado en agua. Bajamos en éste barrio, sacamos el equipaje, buscamos de un lado á otro carretones, y por fin, los encontramos, á dos pesos y medio cada uno: ocho necesitábamos; porque estaban tan caros, aunque estuvieramos un poco incómodas, no importaba. Se nos iban acabando los cuartos, y no queríamos que en Tárlac nos faltara el dinero, no sea que esto fuera causa para detenernos, viendo que les debiamos favores.

Comimos en una tienda, y continuamos el viaje por matorrales y ríos, hasta que llegamos á la corte de Aguinaldo. Fuimos en busca de las compañeras, á ver qué habían hecho; éstas nos dicen que Aguinaldo no se quiere dejar ver, porque no era hora de audiencia; que la señora y la madre de Aguinaldo salieron, pero que esta última preguntó por la Superiora, y ellas contestaron que todavía no había llegado; que les había hablado también sobre quedarnos para los hospitales: éllas le contestaron que no

era nuestro instituto eso de cuidar de los enfermos. En fin, aquella cara tan amable se cambió en adusta y severa, y ya no habló. Ellas se despidieron, sin poder hacer nada, y sin esperanzas de nada.

Las cuatro últimas, viendo que la casa era pequeña, fueron á pedir posada al Cura, y allí se llevó todo el equipaje: este sacerdote es hombre bueno, é iba á nuestro favor. Estuvímos cuatro en una casa, y las otras cuatro en otra, trabajando todo lo que podíamos para conseguir el pase. A casa del Cura iba mucho Macabulos, y por las conversaciones que tenían, comprendimos que no era amigo de Aglipay: por consiguiente lo mejor era suplicarle que trabajara con Aguinaldo, para que nos diera el pase; pues los otros Consejeros, como eran amigos de este general tan celebrado, no querían disgustarlo.

Todos nos contestaban que Aglipay cuidado: si él queria, bien; y si no, nó. Nos quemábamos al oir eso, y mil veces hubiéramos perdido la paciencia. ¿Porqué nos querían retener en su poder? ¿Para qué nos querían? ¿Eramos, acaso, sus prisioneras? Por lo visto, sí; por mas que ellos decían que nó. Pues el viaje tan molesto y tan incomódo que nos hicieron hacer, y las vejaciones que nos hicieron sufrir eso demostraban.

No teníamos paciencia para oirlos, callando; sino que les contestábamos, porque no sea que nuestro silencio les hiciera creér que nosotras participamos de sus ideas, ó que el temor y la cobardía nos hacían callar; y, como no había ni lo uno ni lo otro, así es que no les callábamos nada. Ellos son los que debían callar y avergonzarse de lo que hacían, pues todo esto no era otra cosa que tratarnos como prisioneras.

Un dia que Macabulos fué á ver al Cura, y comió con nosotras, le suplicamos que empleara toda su influencia, para conseguir de Aguinaldo el pase para nosotras: él nos lo prometió, y nos dijo que nos daria la contestación. Al otro dia nos escribe en tagalo, diciéndonos que Aguinaldo le había dicho que daría el pase; pero que todas, y cada una de por sí, hicieran la instancia, expresando en ella el porqué quieren marcharse, para que él pueda responder, cuando le hagan algún cargo, presentando las instancias.

Todo aquel día lo empleamos en hacer cada una su instancia, diciendo que como hemos hecho voto de obediencia, y nuestra Superiora nos llamaba, teníamos que obedecerle; pero que después que nos intimase sus órdenes, volveríamos otra vez á ayudarles en sus trabajos. Todo lo hicimos, sin que Aglipay tuviera conocimiento, para que no se opusiera, ó no dijera á Aguinaldo que no nos diera el pase.

Cuando ya las instancias nuestras las tenía Aguinaldo en su poder, entonces fué cuando llegó Aglipay á Tarlac. Nosotras no le hablamos una palabra sobre el particular. Trabajábamos sin que nadie lo supiera, ni los medios de que nos habíamos valido: así es que los de la otra casa, donde eran tantos enemigos de nuestra marcha como sujetos habia, creían que no nos movíamos para nada, y confiaban retenernos para sí.

Al día siguiente de introducir las instancias fuímos dos, para saber la contestación de Aguinaldo; porque si lo dejábamos, podían pensar otra cosa y deshacerlo hecho. En el camino nos encontró un hombre de los de la otra casa, donde estaba la que tenía parientes, y nos preguntó á donde íbamos:—A ver al Honorable Presidente, le contes-

tamos.—El nos dijo: no vayan ustedes.—¿Por qué?—Porque con esa idea dán VV. á entender que no están contentas con el Gobierno, y las pueden detener, y á saber hasta cuando. Mejor será que VV. se vuelvan á casa, y allí esperen la decisión del Presidente.

No hicieron caso de semejantes advertencias. Antes de las ocho de la mañana ya se presentó allí la Superiora con otra religiosa, pués á las ocho era la hora de las audiencias, y estaba mandado que no fueran más de dos. En cuanto se abrió, fuímos las primeras en sér admitidas á la presencia del Presidente. Le saludamos, y después de los saludos de costumbre, le preguntamos si había recibido nuestras instancias, y qué resolución se había tomado sobre ellas. Nos contestó que ya estaban resueltas y aprobadas por el Consejo á favor nuestro; que él las había firmado y las había mandado al Consejo de Guerra para que nos dieran el pase. Preguntamos á quién se iba á pedir este pase, nos contestó que á Paterno, Presidente del Consejo de Guerra.

Nos despedimos dándole las gracias, y fuímos inmediatamente á casa del mencionado Presidente, sin aguardar otra hora; todavía estaba descansando: esperamos y al cabo de un rato se nos presentó. Le pedimos el pase, y él mandó un volante á casa del otro Presidente: éste le manda el pase, y lo firma y enseguida nos marchamos.

Eran cerca de las diez y todavía estábamos en ayunas; porque con ésta gente no había que perder el tiempo, porque después todo eran escusas. Cuando veníamos de vuelta, pasamos por la casa de las dificultades, nos invitaron á que subiéramos y subimos, para decir también á las otras Hermanas que se prepararan para el día siguiente, que saldríamos en el segundo tren, pues en el primero

ya no podía ser, porque nuestras cosas iban á llegar tarde, pues teníamos que buscar todavía carretones.

En esta casa nos preguntaron si ya teníamos pase, les contestaron que ya nos lo habían dado. Aquí empezó otra vez otra batería: el viejo, aquel Presidente, nos dijo que tentábamos á Dios, porque íbamos á meternos nada menos que entre dos fuegos, pues esperaban que los americanos atacaran el día 15, y nosotras íbamos á salir el día 14 de Setiembre; que eso Dios no lo quería: siguió diciendo tantas teologías, que nosotras, por toda contestación, le dijimos: «VV. saben que los americanos van á atacar ese día? Será una suposición, y sino es esta quincena, sino en la otra, ¿no fuera mejor que nosotras nos adelantáramos? Además siempre se sabrá si están atacando, y en este caso nos escondemos en algún pueblo: no somos tan tontas que bayamos á buscar la muerte». Ellos hablaban todo lo que querían; pero no les hacíamos caso, y hacíamos lo que mejor nos parecía.

XXIV.

Salimos, al fin, el dia 14 de Septiembre, á las dos de la tarde, de Tárlac, y llegamos á las cinco de la tarde del mismo dia á Bamban. Nos presentamos al General Concepción, el cual mandó buscar casa donde hospedarnos, y encargó al Coronel, que era un peninsular, que cuidara de nosotras, y que no nos faltara nada. Hasta la cena nos la mandó él. Antes de dormir nos mandó á preguntar á qué hora queríamos salir, para tener avisado al otro lado, para que prepararan el tren especial, porque el puente estaba caido y el tren no funcionaba en la otra banda, sino mandaban aviso. Dijimos que queríamos salir á las ocho de la mañana; pero que buscaran carretones para el equipaje.

A las ocho ya estaba todo listo: el equipaje en los carretones, y á nosotras en el tren nos condujeron hasta el puente, acompañándonos unos cuantos españoles, por mandado del General. Al llegar al puente, nos apeamos y

bajamos poco á poco el puente, y volvimos á subir la cuesta hasta encontrar el otro tren. Nos despedimos de los que nos acompañaban, y echó á andar el tren en dirección á Mabalacat, á donde llegamos á las diez de la mañana.

Mandamos aviso de nuestra llegada al General S. Miguel, el cual ordenó que nos pusieran en buena casa. Aquí ya no había más que soldados, pués la gente del pueblo toda se había ido á los montes. Estuvímos aquí hasta el día siguiente, esperando el equipaje. Al día siguiente, sobre las ocho de la mañana, nos despedimos del General S. Miguel, que tan bién se portó con nosotras, pues también éste nos dió lo que nesesitábamos, como la comida, cena y guardias para que no tuviéramos miedo.

Estuvímos andando en dirección á Porac por entre montes, sin ver casa alguna, hasta la una de la tarde. Aquí paramos, y nos subimos á una casa para comer; pagamos la comida, y continuamos el viaje, llegando á las seis de la tarde á un barrio de Porac, llamado Dolores, donde residía el General Mascardo, el cual salió á recibirnos con el sacerdote Sr. Lupo: este último nos ofreció su casa. Aquí descansamos, y al otro día, que era domingo, oímos misa en la capilla: queríamos continuar el viaje, pero el sacerdote nos dijo que lo aplazáramos para el día siguiente.

El lúnes continuamos nuestro viaje. El General Mascardo y el Sr. Lupo nos dieron cartas de recomendación para unos vecinos que tenían sus casas en la comprensión de los americanos, con el objeto de qne estos areglasen el cómo se podían volver los carretones. Llegamos á la primera casa á las dos de la tarde, y ya no quiso el dueño de ella que saliéramos de allí, hasta el otro día. Al día siguiente salimos, serían las ocho de la mañana, y llega-

mos á las diez á Potrero, donde residía el otro vecino, el cual no paró hasta que bajamos y nos hizo comer.

Luego mandó á un criado suyo de confianza, á quien conocían ya los americanos, para que fuera delante de nosotras, pues muy pronto íbamos á entrar en Bacolor, donde ya estaban los americanos. Los americanos, al vernos, y que llevábamos muchos carretones, todos se pusieron de pié; pero aquel hombre que nos acompañaba habló con el jefe del destacamento, y nos dieron paso; sólo nos preguntaron de dónde veníamos, cuánto tiempo de viaje, de dónde eran los carretones y dónde estaban los prisioneros: les contestamos á todo, y nos dejaron pasar.

Llegamos á Guagua cerca de las cinco de la tarde. Desocupamos los carretones para que se volvieran á Porac, pués los pobres carretoneros tenían miedo que los americanos cojieran sus carretones y sus carabaos.

Dimos gracias á Dios, que sin percance ninguno, apesar de tantas dificultades como nos pusieron, pudimos emprender un camino tan largo, en tiempo tan malo, y sin que nadie nos ayudase, sino sólo su protección y ayuda. Si oíamos algo, era para atemorizarnos y hacernos caer de ánimo; pero Dios, que velaba por nosotras, nos dió fuerzas. Ninguna enfermó en tan largo viaje, y tan lleno de sufrimientos; sólo en esta última jornada, cuando ya no había dificultades que temer, enfermaron cuatro de calenturas, á causa del camino.

Mandamos á llamar un médico americano, el cual nos visitó gratis, y además nos dió las medicinas. Con lo que recetó estuvieron pronto buenas; pero el médico encargó que no hicieran el viaje tan pronto, hasta que estuvieran enteramente buenas. Viendo esto, mandamos que lavaran nuestra ropa, y nos estuvimos aquí diez dias, recibiendo

de limosna la comida. Las colegialas, así que supieron que estaban allí las Madres de Santa Catalina, vinieron á vernos, y nos convidaron á comer en sus casas.

El dia 29 de Noviembre nos embarcamos en el vapor «Covadonga» para Manila.

Mil gracias sean dadas á Dios, por la protección especial que usó con nosotras en todo el tiempo que estuvimos prisioneras, y en el viaje.

A Dios sólo debemos el que nos diera valor para responder á las mil tonterías y sandeces como nos decían, y para oponernos abiertamente á todo cuanto ellos hacían y decian, yendo nosotras á favor de la verdad y de los religiosos, no temiéndoles nada. Y en el viaje ¿qué dificultades no nos pusieron? Sin embargo nosotras firmes adelante, adelante, y, al fin, llegamos al término deseado.

Alabado sea Dios por todo.



NOMBRES DE LAS RELIGIOSAS

Á QUIENES SE REFIEREN LAS ANTERIORES MEMORIAS.

Del Colegio Escuela Normal de Vigan.

Sor María de la Purificación, Directora.
Sor Magdalena de la Encarnación.
Sor Mercedes de la Ascención.
Sor Concepción de Jesús.
Sor María de la Encarnación.
Sor María Socorro de los Mártires.
Sor Josefa de Jesús y María.
Sor Tomasa del Corazón de María.

Del Colegio de Tuguegarao (Cagayán)

Sor Margarita de la Resurrección, Directora.
Sor María de la Coronación.
Sor Rosario de la Cruz á Cuestas.
Sor María de la Cruz.
Sor Antonia del Rosario.
Sor Inocencia de los Angeles.
Sor Dolores de S. José.
Sor Petra de Sta. Catalina.

SUMARIO.



Pág.

RELACIÓN PRIMERA.



DE LO QUE HAN PASADO LAS RELIGIOSAS DOMINICAS DE LA ESCUELA NORMAL DE VIGAN DURANTE LOS MESES QUE FUERON CAUTIVAS DEL GOBIERNO REVOLUCIONARIO DEL KATIPUNAN.

—

I.

II.

III.

Pág.

IV.

V.

VI.

VII.

VIII.

Pág.

SEGUNDA RELACION.

DE TODO LO QUE NOS ACONTECIÓ DESDE QUE ABANDONAMOS NUESTRO COLEGIO DE TUGUEGARAO HASTA NUESTRA LLEGADA Á MAMILA.

I.

DESDE TUGUEGARAO A VIGAN.

II.

III.

IV.

V.

Pág.

XI.

XII.

XIII.

XIV.

XV.

XVI.

Pág.

XVII.

XVIII.

DE VIGAN A MANILA.

XIX.

XX.

